

UN MUNDO PRETERITO



Domingo Santos

CIVILIZACIÓN



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Domingo Santos

CIVILIZACIÓN

Domingo Santos, 1964

I

Cualquiera, en lugar de Roni, se hubiera sentido enormemente satisfecho. No es fácil llegar a la categoría Épsilon a los treinta años, y mucho menos ser destinado a Mundos Exteriores. A partir de aquel momento, muchos envidiaron su suerte.

Sin embargo, Roni no se sintió plenamente satisfecho de ello. Entrevió algo más de lo que decía el documento azul del nombramiento. Cuando a una persona se la eleva de categoría tan bruscamente, sin que nunca haya hecho nada especial para merecerlo, quiere decir que hay algo oculto tras todo ello. Y que el salto traería con ello, más que honores, preocupaciones.

Roni, R-N-233, ciudadano del Gran Imperio Galáctico, Explorador distinguido, era un hombre de mediana estatura, corpulento, sin llegar a ser grueso, de rasgos firmes y acusados, y mirada al mismo tiempo suave y autoritaria. Era inteligente, y por ello su carrera había sido una de las más rápidas de la academia de Plutón. Después, los ascensos en el escalafón se habían producido a ritmo acelerado; cadete a los veintitrés años, titular a los veinticinco. Técnico a los veintisiete, y experto lingüista a los veintinueve. Y ahora, el nuevo nombramiento, ofreciéndole el destino de Mundos Exteriores, junto con la categoría Épsilon. Un destino que muchos, en su lugar, hubieran ambicionado.

Roni dudó unos instantes entre aceptar o no el nombramiento. Sabía que aquello le crearía muchas enemistades en todo el ámbito Solar, muchos odios manifiestos. Sin embargo, sabía también que aquel nombramiento iría acompañado inmediatamente por una Misión a algún planeta recientemente explorado, en algún sistema distante. Y que tal vez tuviera que permanecer muchos años allí, hasta llegar a su civilización completa.

Fue una nueva comunicación oficial, firmada por el propio D-Uta, E-V-614, delegado general de Mundos Exteriores en el seno del mismo Consejo del Imperio, quien lo decidió. Y entonces comprendió que no se le había buscado una misión para un nombramiento, sino un nombramiento para una misión. Y supo que, a pesar de todo lo que pudiera decir, él tenía ya su destino asignado.

D-Uta le recibió personalmente, en su despacho particular. Estaba sentado tras su mesa de despacho, reproducción exacta, a escala reducida, del primer modelo de nave interestelar que se había fabricado en la Tierra. Era un hombre viejo, de más de ochenta años, que ostentaba en su sigla de identificación los dos máximos valores

que puede ostentar un hombre: la E de Épsilon, y la V de Vectorial. Al penetrar Roni se levantó, tendiéndole una mano.

—¿Qué tal, E-E-812? —le saludó usando sus nuevas siglas de identificación—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, señor; gracias.

Se sentó en uno de los sillones anatómicos destinados a las visitas, y tomó uno de los cigarros venusinos que le ofrecía el Vectorial. Se encontraba algo incómodo, debido en gran parte al rango oficial de su interlocutor. No sabía lo que iba a salir de aquella entrevista, pero imaginaba que no iba a ser nada demasiado satisfactorio.

—Sin duda le habrá sorprendido el que haya sido llamado hasta aquí —dijo D-Uta, frotando Io parte de encendido automático de su cigarro contra el contacto de su pitillera—, y los motivos de este desusado ascenso en su escalafón, ¿no es cierto?

—Por completo, señor —dijo Roni.

El Vectorial sonrió.

—Como comprenderá —dijo—, si lo hemos hecho así, ha sido porque liemos tenido nuestros motivos. No podíamos arriesgarnos a nombrarle Épsilon, con todas las consecuencias que ello habría indudablemente de traer entre sus compañeros, sin buscarle al mismo tiempo un destino que le alejara algo de cualquier mala interpretación del mismo. Por esto decidimos nombrarle Estelar, y destinarle inmediatamente a Mundos Exteriores.

Roni no respondió. Sabía claramente por donde iba su interlocutor.

—En realidad —prosiguió D-Uta—, su nombramiento no fue un origen, sino una consecuencia. Teníamos una misión que cubrir, y buscamos al hombre ideal para ella. Entre lodos, le escogimos a usted.

—¿Puedo preguntar cuál es esta misión, señor? —inquirió Roni.

—Por supuesto —dijo el Vectorial—. Como habrá podido suponer, se trata de un planeta recientemente descubierto y explorado. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Carno?

Roni meditó brevemente. Los asuntos de exploración de Mundos Exteriores no Sollan traspasar las barreras de los organismos oficiales hasta que la fase previa de civilización y adaptación estaba terminada, y empezaba la colonización. Negó con la cabeza.

—En absoluto, señor.

—Bien. Como usted indudablemente sabrá, nuestras patrullas de Exploradores recorren los mundos de los Sistemas más próximos a nosotros, y aún de algunos relativamente lejanos, buscando alguna clase de vida inteligente en sus planetas. En algunos sistemas sufren un fracaso, pero en otros tienen éxito, y encuentran vestigios de

alguna humanidad extraterrena, la mayor parte de las veces aún existente, y en todas ellas en un estado de evolución aún muy rudimentario.

—Sí, señor.

—Pues bien, en una de estas expediciones, fue registrado el planeta Carno, del sistema de Proción, como habitado.

Roni no respondió. En realidad, aquella frase no le decía nada nuevo. D-Uta pareció aguardar algún comentario, pero al ver que no había ninguno, decidió hacer una aclaración.

—Como usted sabe —dijo—, la misión de los Exploradores es, aparte la de investigar las condiciones de vida de un planeta y buscar en él síntomas de civilización, y caso de encontrar alguna humanidad extraterrestre, estudiar brevemente sus condiciones de vida y su grado de cultura, aprender su lenguaje, y ver sus posibilidades de evolución. Con ello redactan un informe, y según él nosotros enviamos un núcleo civilizador, que es el encargado de enseñarles todo lo que no saben, intentando equiparar su nivel cultural, en todo lo posible, con el nuestro.

Hizo una pausa, que Roni no rompió. El Vectorial tomó de sobre su mesa un rollo de plastopergamino, y fijó sus ojos en él. Roni reconoció uno de los informes de los Exploradores.

—En Carno ha sucedido, sin embargo, algo extraordinario —dijo D-Uta—. Hasta este momento no nos habíamos encontrado con nada parecido, y por esto mismo debemos proceder, en este asunto, con un cierto tacto. Visto el informe, debemos reconocer que Carno no es un caso normal.

—¿Por qué, señor? —se vio en la obligación de preguntar Roni.

El Vectorial se encogió de hombros.

—No podría explicárselo con claridad; en realidad, no lo sabemos todavía. Simplemente, diría yo que parece que los habitantes de Carno no tienen civilización.

Roni frunció el ceño.

—*¿No tienen civilización*?

—Bueno, esto al menos parece ser que se desprende por el informe. Es el modo más exacto como podemos llamarlo. No es que su civilización se encuentre muy atrasada, o que prácticamente acaben de nacer a la historia. Sencillamente, parece que no tienen civilización. Y lo que es más extraño, parece que no tengan ningún interés en poseerla. En pocas palabras, no quieren aprender.

—No comprendo —murmuró Roni.

—Yo tampoco —suspiró D-Uta—. Pero es así, o al menos esto es lo

que afirman los Exploradores. Según ellos, los nativos del planeta (hay que consignar que forman una sola tribu, de no mucho más de cinco mil individuos) se encuentran en un período tal de atraso que no conocen todavía la rueda. Su único descubrimiento es el fuego, y con solo ello parece que ya se sienten satisfechos. No ambicionan nada más.

—Parece un absurdo —murmuró Roni.

—Lo es. Pero está en el informe, y debemos aceptarlo. No queda otro remedio.

—¿Y cuál es mi misión aquí?

—Verá. Como en todos los casos, los Exploradores hicieron una prueba de inteligencia, para saber su grado de asimilación a los nuevos conocimientos. Intentaron enseñarles el uso de la rueda y la canalización del agua, cosas tan útiles y tan simples que cualquier salvaje hubiera aullado de alegría al conocerlas.

—¿Y…?

D-Uta suspiró.

—Hasta aquel momento, los salvajes habían adoptado una actitud amistosa para con nuestros Exploradores. Pero en cuanto intentaron hacer algo útil por ellos, parecieron cambiar súbitamente de actitud. Se mostraron hostiles, y el jefe de la tribu ordenó al jefe de nuestros hombres que abandonaran su poblado inmediatamente. Así, sin alegar ningún motivo. El jefe de los Exploradores comprendió que la cosa iba en serio, y decidió abandonar el planeta. Con aquello creyó que su misión estaba terminada. Redactó el informe, y regresó.

—¿Y cuál es mi misión aquí? —repitió Roni.

—Es sencillo de comprender —dijo D-Uta—. Nos encontramos con un caso extraordinario, que nunca se nos había presentado hasta ahora. No podemos enviar una simple expedición civilizadora. Hay un nuevo factor que entra, y que es quizás el más importante: los habitantes del planeta son reacios a asimilar nuestros conocimientos. Es preciso hacer que los acepten. Como ve, es un problema de sociología.

—Comprendo —dijo Roni.

—Ahí es donde entra usted. Enviaremos una expedición civilizadora normal, adecuada a su grado de conocimiento. Pero también debemos enviar un elemento aparte, que trate de investigar los motivos de esta reacción contraria a la asimilación de conocimientos que parecen demostrar estos… estos hombres, y los suprima, para que los demás puedan actuar.

—Y este elemento soy yo.

—Exacto. Yo mismo hice la elección, y creo que es el más indicado. Su carrera en Plutón fue de las más brillantes, y sus trabajos posteriores, aparte sus ascensos, no desmerecen en nada sus calificaciones. Su labor social en Ganimedes, por ejemplo, fue de verdadero mérito. Además, sus especialidades de Explorador y Experto lingüista le colocan en un plano de excepción. Creo que la elección está bien hecha.

Roni se sintió halagado por aquellas palabras. Dichas en boca del propio delegado de Mundos Exteriores, eran, más que un elogio, una sentencia favorable irrebatible.

—Por eso mismo —prosiguió D-Uta—, ha sido ascendido a la categoría de Épsilon Estelar. Estelar, para poder formar parte de la expedición. Y Épsilon, a fin de que no hubiera rivalidades entre usted y el resto de la misma. Todos los demás expedicionarios son E, excepto el comandante, que por supuesto es Omega. La llegada de un simple Beta como usted, para ocupar un puesto como el que le ha sido asignado, hubiera sido mal acogida, ¿comprende?

Roni asintió con la cabeza. Sí, comprendía.

D-Uta se levantó.

—Por todo esto, he querido verlo yo mismo, y entrevistarme personalmente con usted. Como comprenderá, la situación es algo delicada, y se sale un poco de los Reglamentos de nombramiento de Categoría. Pero —sonrió—, creo que el caso lo merece.

Roni también se levantó. El Vectorial le tendió el rollo de plastopergamino.

—Esta es una copia del informe de los Exploradores, relativo al planeta Carno —dijo—. El se lo explicará todo mucho mejor de lo que pudiera hacerlo yo. No quiero presionarle, aunque sé que no dejará escapar una ocasión como ésta; aceptar o no este destino y esta misión, es cosa voluntaria. Si decide aceptar, puede presentarse dentro de treinta días en el crucero *Besta,* que se encuentra en Plutón. Allí encontrará al resto de la expedición, y podrá ponerse a las órdenes del comandante.

—No se preocupe —dijo Roni—. Dentro de treinta días estaré en el crucero *Besta*.

D-Uta sonrió.

—Buena suerte entonces. No crea que va a encontrarse con una misión fácil. Deberá ganarse esta E que lleva en su identificación. Es una verdadera papeleta.

Roni saludó militarmente.

—Lo sé, señor —respondió—. Gracias.

Dio media vuelta, y salió de la habitación dando un taconazo.

II

El crucero *Besta* se encontraba anclado en la base orbital de Plutón, dispuesto para su marcha. Roni tuvo primero que ir a la Delegación de Asuntos Estelares en la Tierra, y allá ponerse a las órdenes del delegado de Organización. Realizó las prácticas necesarias, fue sometido a las pruebas de rutina, pasó la cuarentena obligatoria, y puso pie al fin en la nave que lo transportaría hasta Plutón.

El viaje era largo y tedioso. Se realizaba mediante una de las más anticuadas naves de transporte, y su duración era de catorce días. Durante todos ellos, Roni tuvo tiempo sobrado de estudiar a fondo el informe de los Exploradores, y sacar sus consecuencias.

En realidad, no había mucha cosa que examinar en el informe. Como todos los informes de los Exploradores, era parco en palabras superfluas. Se informaba la llegada al planeta, el descubrimiento de un núcleo de vida en uno de sus continentes —núcleo que, por otra parte, era el único—, el estudio de su civilización, las pruebas realizadas, su fracaso…

Para un sociólogo como Roni, era sin embargo interesante un párrafo del informe, que incluso había subrayado con su estilete. Decía:

«Lo más curioso es su aparente indiferencia por todo lo que pueda representar civilización o progreso. Es incomprensible. Viven en una especie de cuevas excavadas en las rocas, que forman como unas cúpulas al estilo de los iglús esquimales. Los instrumentos de que se valen para auxiliarse en sus labores diarias son más rudimentarios que los más rudimentarios de la prehistoria terrestre. Cazan los animales de los que se alimentan con lanzas de madera, a las que han aguzado la punta por frotamiento con piedras. Pescan con las mismas lanzas, a modo de arpón. Y fuera de procurarse su sustento, no se preocupan de nada más. Son indolentes, apáticos. No se preocupan por nada ni por nadie. No viven. Apenas vegetan.»

Aquello parecía indicar algo respecto al carácter de los habitantes del planeta. Sin embargo, un párrafo posterior daba la contrapartida:

«En cambio —decía el nuevo párrafo—, saben irritarse cuando ocurre a su alrededor algo que no les gusta. Si bien nos acogieron con simpatía, incluso con agrado, se apartaron de nosotros cuando vieron que éramos *civilizados* —unaii, lo llamaron ellos, en su tosco idioma—, y nos rechazaron cuando intentamos ayudarles. No conocen la rueda, y cuando intentamos mostrarles su utilidad, se encogieron de hombros. «No la necesitamos», dijeron. Intentamos también enseñarles

a canalizar el agua, y entonces se irritaron. «No necesitamos vuestros conocimientos», nos dijo el jefe; «marchaos». Intentamos convencerles, pero pronto vimos que era inútil. Los habitantes del poblado nos rodeaban, y estoy seguro de que, si nos hubiéramos negado a irnos, hubieran terminado echándonos por la fuerza.»

Era verdaderamente, como había dicho D-Uta, un problema sociológico. Y Roni entreveía que tendría trabajo en encontrar una solución, una vez llegaran allí.

En la base orbital de Plutón se encontraban ya los demás componentes de la expedición. Eran doce en total, incluyéndole a él y al comandante. Parecían pocos, pero en realidad bastaban. Los Exploradores y los Colonizadores nunca eran muy numerosos, al menos los que llegaban al principio a un planeta. Luego, cuando la educación de los habitantes del planeta explotado iba avanzando, se iban enviando nuevos contingentes de Civilizadores, que constituían ya los primeros Colonizadores, ya que su misión era también aprovechar las riquezas naturales del planeta e instalarse definitivamente en él. Era una escala gradual, que siempre empezaba por poco, pero que terminaba también siempre con mucho.

Roni fue presentado a sus futuros compañeros. Faltaba tan solo el comandante, que se encontraba aún en la Tierra, recibiendo las últimas instrucciones. Eran todos hombres maduros, algunos incluso ya viejos. Él era el más joven del grupo, lo cual le hizo concebir el temor, por la misión que le traía allí, de ser visto con malos ojos por los demás.

Fue recibido con chanzas y bromas, aunque sin malicia. En realidad, a sus diez compañeros les impresionaba un poco su reciente nombramiento, y el hecho de haber sido escogido como sociólogo del grupo, en una expedición en la que esta especialidad iba a ser la más importante.

Transcurrieron tres días de completa inactividad, salvo visitar la nave, repasar todos los datos que poseían sobre el planeta que iban a visitar, estudiar, y ver los programas especiales de televisión de la Tierra para Plutón. Al final, tras cuatro días de espera, llegó el comandante.

Tan solo uno de los once expedicionarios, Bar1., E-E-29, especialista en lenguas, conocía al comandante. Era un hombre alto, de dos metros de estatura, que había pasado una buena parle de su vida en Marte. Tenía el pelo rojo como el planeta, y una barba rala, también roja, recortada en forma de cuadro. Un bigote espeso, una mirada penetrante, y un genio arisco, eran sus principales

características. Apenas penetró en el compartimiento donde se encontraban los once hombres, los miró uno por uno, con el ceño fruncido. Murmuró:

—Hola a todos.

Y sus ojos se fijaron en Roni. Se encaró con él.

—Usted es el sociólogo, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, comandante.

—Está bien. Sígame a mi camarote. Los demás esperen aquí.

Roni miró unos instantes a los demás, no menos sorprendido que ellos. El comandante —de nombre Usta, O-E-C-43— seguía ya hacia adelante, y se lanzó tras él, a fin de no perderlo de vista.

Llegaron al camarote del comandante, y éste penetró en él como un torbellino. Se sentó en el borde de la litera, e indicó a Roni una silla.

—Cierre la puerta —pidió.

Cuando Roni hubo tomado asiento, le escrutó atentamente, como si buscara en él algo, algún defecto, alguna imperfección. Tras el detenido examen, inquirió:

—Usted es B-N-233, ¿verdad? —tenía la costumbre de llamar a sus subordinados por el número de identificación, en vez de por él nombre.

—E-E-812 —corrigió suavemente Roni—. Recibí el nombramiento hace treinta y siete días.

—Por supuesto; ahora es Épsilon. Está bien. Usted es el sociólogo de la expedición.

—Ya me ha preguntado esto antes.

—¡Sé lo que le he preguntado! Lo sé todo con respecto a usted. Acaba de ser nombrado Épsilon, y todos se han alegrado de que lo enviaran inmediatamente a Proción. Carreras como la suya.dan que pensar.

—Creo que está equivocado, comandante. Fui nombrado Épsilon a resultas de haber sido escogido para esta expedición.

—¡Sé esto también! Limítese a responder a mis preguntas cuando se las haga. Yo soy quien manda aquí, no lo olvide.

Roni empezó a sentir animadversión hacia aquel hombre. Asintió con la cabeza.

—Lo sé, comandante.

—Bien, entonces procure no olvidarlo. Hemos quedado en que usted es el sociólogo en la expedición. Supongo que conocerá cuáles son las características especiales que concurren en ella.

—Sí.

—Y que estas características le colocan en una situación privilegiada con respecto a los demás.

—En cierto modo tan solo.

—De acuerdo, en cierto modo tan solo. Pero quiero advertirle una cosa. Aunque haya sido elegido por sus méritos, aunque sea el mejor sociólogo de todo el Imperio Estelar, ello no quita el que usted sea aquí un subordinado. Quiero advertírselo. No toleraré en ningún momento que intente tener opiniones propias, fuera de las consultas que se le hagan. Quien lleva el mando aquí soy yo. ¿ha entendido?

—Perfectamente, comandante. Aunque creo que no era necesario que intentara hacérmelo comprender ahora. Hace tiempo que lo he comprendido ya.

—No siga. He dicho que no quiero que tenga opiniones propias. Guárdese lo que crea conveniente hacer o no hacer para usted solo. Estamos en una expedición regular Civilizadora, y en ella está subordinado a la autoridad del jefe de la misma. Y el jefe aquí soy yo. Nada más.

—Bien, comandante.

—Puede retirarse. Y no olvide lo que le he dicho. Partiremos dentro de tres días. Adiós.

Roni hizo el saludo militar, y salió de la estancia.

Apenas fuera, dejó escapar un suspiro. Su primera impresión respecto al comandante había sido de desagrado. Ahora, esta impresión se reafirmaba. El comandante le desagradaba mucho más que antes.

Proción. Veintiocho años luz de la Tierra, y un viaje de noventa y dos días; setenta y cuatro a través del hiperespacio, y el resto en viaje normal.

Roni contempló a través del visor del salón de la nave la doble estrella, brillante como nunca frente a él. Proción tenía a su alrededor un cortejo de dieciocho planetas, de los cuales Carno era el quinto. Las características climáticas del planeta eran similares a las de la Tierra, aunque su temperatura era bastante más elevada, llegando a alcanzar los setenta grados en épocas, extremas, bajo el sol. El oxígeno era algo más abundante que en la Tierra, y abundaba también el ozono, aunque no en cantidades que hicieran peligrosa su inhalación. El planeta era algo mayor que la Tierra, pero tenía más superficie invadida por el agua, por lo que las extensiones de tierra firme quedaban niveladas. Una vegetación exuberante, una fauna del orden del terciario terrestre... Y una civilización que merecía todos los nombres menos éste: civilización. Esto era Carno.

Ross, el bioquímico —E-E-414—, se acercó a Roni y fue a sentarse en un sillón a su lado, junto al visor.

—¿Qué le parece nuestro nuevo destino? —murmuró.

Roni se encogió de hombros.

—Prefiero no opinar hasta que haya visto algo de él con mis propios ojos.

—Desconfiado, ¿eh?

—No exactamente. No me gusta dar opiniones a priori. Prefiero primero ver. Así tengo más seguridad de no equivocarme.

—Bueno. Claro que todo son puntos de vista. Pero yo no opino así. Esta es una misión que me gusta.

—¿Por qué?

—¡Oh, siempre me ha gustado civilizar a la gente! Si hubiera nacido unos siglos atrás, hubiera sido misionero. Lástima que ahora ya no quedan personas que civilizar en la Tierra. Por esto me dediqué a los planetas.

—Pero usted es bioquímico. Su misión civilizadora con respecto a las personas es muy relativa.

—Por supuesto. Pero siempre se puede echar una mano a los demás. Me gusta catequizar.

—Siempre que los salvajes a los que deba catequizar estén conformes en ser catequizados.

—¿Lo dice por el informe de los Exploradores? ¡Oh, yo no creo mucho en ello! Mi opinión es que se dejaron llevar un poco por... digamos por la fantasía. No creo que nuestra misión sea tan difícil como parecieron querer pintarlo ellos.

—Tal vez. Espero que tenga razón.

—¿Y qué duda cabe? Oiga, la anterior expedición la formaban tan sólo seis hombres. Y con sinceridad, no eran un equipo muy eficiente. Empezando por su comandante. ¿Recuerda el asunto de Pollux? Pues él estaba metido allí hasta el cuello. Y un hombre que se deja pisotear como lo pisotearon a él, en un asunto como éste…

—¿Qué opina de nuestro comandante?

Ross arrugó la nariz.

—No lo sé. Lo encuentro demasiado autoritario para mi gusto. Pero creo que vale lo que pesa en oro. Al menos, esto es lo que dice su fama.

—Tal vez. Sí, tal vez tenga razón.

Roni se levantó, y contempló la estrella todavía unos instantes. Murmuró:

—Voy a mi camarote. Creo que debo recuperar fuerzas para

cuando lleguemos a nuestro destino.

Carno se encontraba ya a la vista. Desde la distancia a la que lo contemplaban, tenía una cierta similitud de imagen con la Tierra. Nubes blancas sobre un fondo azul-verdoso. Y una aureola de luz —la atmósfera— a su alrededor. El informe de los Exploradores advertía: a partir de los cinco kilómetros de altura, la atmósfera contiene gases venenosos. Entre los tres y los cinco, se respira con dificultad. Solamente dentro de los tres primeros kilómetros puede vivirse sin aparatos de oxígeno.

Lo cual quería decir que solamente podrían emplear las lanchas aéreas hasta una altura máxima de tres mil metros. Pasados aquellos, deberían usar las naves herméticas de desembarco.

—¿Qué le parece, comandante? —había preguntado Soll, E-E-586, el arqueólogo, a Usta.

—Un mundo como cualquier otro —gruñó el aludido, contemplándolo a través del visor delantero—. Espero que no tan asqueroso como otros.

Soll quedó desconcertado. Miró a los que tenía a sus espaldas, como buscando una respuesta. Luego, terminó encogiéndose de hombros, y se alejó sin decir palabra.

III

Dejaron la nave de crucero en una órbita elíptica en torno al planeta, y prepararon las cuatro naves de desembarco con las que deberían llegar hasta el planeta. Usta distribuyó los hombres en las cuatro naves, y ocupó la almirante. Habían trazado ya la ruta a seguir: el destino estaba marcado sobre el mapa. Los doce hombres subieron a sus respectivas naves, y poco después las cuatro eran expulsadas del crucero, y descendían planeando en órbita cerrada hacia el planeta. El crucero quedó allá arriba, siguiendo la trayectoria eterna de su órbita elíptica, hasta el momento en que los doce hombres regresaran.

El planeta estaba dividido en tres grandes continentes. Dos de ellos estaban completamente deshabitados. Tan sólo el tercero, de una extensión algo menor que la de Africa, / de forma ligeramente triangular, estaba habitado.

Los *hombres azules*, como los habían bautizado los Exploradores, constituían una especie de tribu. Eran tan sólo unos cinco mil individuos, un número muy pequeño de habitantes para un planeta tan grande. Estaban todos reunidos en una especie de gran valle, cuyo fondo formaba una llanura de unos doscientos kilómetros cuadrados de extensión. Los lados quedaban cerrados por altas montañas, excepto en la parte Este, en la que la planicie del valle se elevaba, formando una meseta de unos doscientos metros de altitud, cuyas paredes, cortadas casi a pico, formaban unos farallones de impresionante grandiosidad.

Allí, sobre aquella meseta, fue donde decidió aterrizar Usta, e instalar el campamento provisional. Las cuatro naves descendieron lentamente, examinando el terreno, hasta encontrar un lugar apropiado para tomar tierra. Arto, el geólogo, contempló el verde panorama que se extendía bajo el vientre de las naves y murmuró:

—Quizás nos hayan descubierto ya.

Nadie le respondió. Todos contemplaban atentamente el paisaje que se deslizaba bajo sus pies, empapándose de aquella paz verde, virgen, sin la adulteración de las ciudades, de los campos artificiales, de las carreteras rodantes y de los astródromos. Era un paisaje que recordaba la Tierra, así, pero la Tierra Antigua, aquella Tierra de la que el hombre sólo ocupaba una pequeña parte, cuando todavía no habían desaparecido los campos libres, ni los bosques, ni la naturaleza.

—Es maravilloso —murmuró Ross, pensando quizá en que podría empezar a analizar inmediatamente plantas naturales en vez de

cultivos subterráneos—. Sencillamente maravilloso. ¡Y pensar que sólo cinco mil hombres son los dueños de e te paraíso...!

—Estas ideas no son legales, Ross —murmuró su compañero, Soll, sin apartar la vista de la superficie del planeta—. PU planeta pertenece siempre a sus habitantes. Artículo 24 del código de Derecho Estelar, párrafo segundo. Nuestra única misión aquí es ayudarles.

Ross gruñó por lo bajo.

—Ya lo sé, demonios. Pero que me condenen si no es una injusticia. ¿Por qué diablos no podemos disfrutar también de este paraíso, en vez de apretujarnos en la Tierra?

—Ya podremos hacerlo, no se preocupe. En cuanto los habitantes estén civilizados, y nos den su consentimiento. Antes no.

Ross no contestó. Pero en el fondo, consideraba que el Derecho Estelar tenía demasiados artículos pasados de moda.

Las cuatro naves aterrizaron en la explanada, formando un cuadro en el suelo. Los doce hombres, tres en cada nave, descendieron al suelo, respirando a pleno pulmón el aire del planeta.

—Es un aire saludable —murmuró Ross, que se jactaba de entender mucho en aquellos aspectos.

—Sí —gruñó Roni—. Un aire que todavía no está viciado por los humos de la civilización que venimos a traer.

—No sea retrógrado —saltó Soll—. ¿Acaso hace causa común con los salvajes?

—Cállense —interrumpió Usta la conversación—. Hemos venido a trabajar, no a charlar. Debemos tenerlo todo dispuesto antes de la noche, y enviar de regreso las naves por control remoto al crucero. Nos queda todavía mucho trabajo por hacer. De modo que... ¡a lo dicho!

Todos aceptaron a regañadientes las palabras del comandante. Cuando se llega a un planeta, lo primero que se desea es pasar los primeros minutos disfrutando de él.

Pero Usta era el comandante, y debían obedecer. No les quedaba otro remedio. De modo que, con un suspiro de resignación, se aplicaron a prepararlo todo para pasar la primera noche en el planeta.

Tardaron ocho horas en descargar todo el equipo, con solo un breve paréntesis de una hora para comer y descansar. El ciclo diario del planeta era de treinta y dos horas, de las cuales quince eran de noche. Según los cálculos de Woos, el astrofísico, les quedaban todavía unas cinco horas de luz. Cuando quedó todo preparado, el comandante ordenó regresar a las naves. Quedaron solos sobre la superficie del planeta, con una nave de desembarco tan solo, y cinco

lanchas aéreas.

Instalaron las tiendas prefabricadas en un tiempo récord de cuarenta y cinco minutos. En la mayor metieron todo el equipo, cerrándola después herméticamente, y en la menor prepararon su albergue nocturno. Cuando hubieron terminado, tan solo el sol menor de Proción iluminaba el cielo. Faltaba tan solo una hora para que, después de un rápido crepúsculo del último sol, llegara la noche.

—Mañana iremos al poblado salvaje —indicó Usta—. Por hoy hemos hecho ya bastante. Pueden retirarse a descansar.

Así lo hicieron todos, rendidos por el día de fatiga. El comandante se retiró a su tienda personal, y los demás acudieron a sus petates. Un breve sorteo decidió el primer turno de guardia para Van-D, el Historiador-Investigador de la expedición. Era un venusino, el único del grupo, alto, delgado, de rostro fino, nariz aguileña y ojos rasgados. Luego, fueron sorteados todos los demás, por orden de número.

La noche transcurrió en calma. Los petates climáticos ayudaron a soportar la temperatura nocturna, y ningún ruido importante vino a turbar su descanso.

A la mañana siguiente empezó la actividad.

Se levantaron apenas despuntar el alba de Proción Mayor, y el comandante decidió que inmediatamente una delegación acudiera a visitar a los salvajes. El formaría parte de la misma, naturalmente. Y junto a él, Bart, Roni, Van-D, y Los ti, el médico experimentador.

—Usted, E-E-119 —le dijo a este último—, se encargará de analizar las condiciones higiénicas en. que viven. Usted, E-E-98 —a Van. D—, sus costumbres. Usted, Bart, tendrá de momento una misión muy relativa: perfeccionar nuestro conocimiento de su lenguaje. En cuanto a usted, 812 —se dirigió a Boni—, su actuación será un poco inconcreta. Limítese a observar todo lo que pueda. ¿Han comprendido?

Todos asintieron. Usta decidió que usaran dos lanchas aéreas —cada lancha tenía capacidad para cuatro personas—. Roni insinuó:

—Creo que sería más conveniente ir a pie. Ellos han demostrado que no les gustan los aparatos mecánicos. Hasta que no conozcamos mejor sus costumbres, es mi parecer…

—Sé cuál es su parecer —le interrumpió acremente Usta—. Pero también sé quién decide aquí lo que debe hacerse y lo que no. Limítese a obedecer.

—De acuerdo. Pero si ocurre algún percance…

—Si ocurre algún percance yo asumiré toda la responsabilidad. Nada más. No tengo intención de discutir.

Roni asintió con la cabeza.

—Muy bien, comandante —dijo—. Lo tendré presente.

El viaje hasta el poblado se efectuó con toda regularidad. Recorrieron por encima un tupido bosque de altos árboles, que llegaba hasta él pie de la meseta. Luego, cruzaron sobre un serpenteante río, de más de quinientos metros de anchura en su cauce. Una extensión herbosa que ocupaba una gran llanura, y al fondo, hacia la derecha...

—Allí está —indicó Losti, que iba en la misma lancha que Roni—. Tal como lo mostraban las fotografías de los Exploradores.

Roni se inclinó sobre el visor lateral, contemplando el poblado. Las fotos y documentales de los Exploradores lo pintaban con todo lujo de detalles, pero nunca podían superar lo que era la realidad. Frente a ellos se extendía una amplia porción de terreno desnudo, en el cual se encontraban los habitáculos de los salvajes. Éstos recordaban vagamente, en su forma, las cúpulas climáticas que empleaban los terrestres en sus investigaciones en otros planetas, aunque estaban construidas en piedra y su forma, aunque generalmente cupular, no era simétrica. El informe de la anterior expedición hacía mención de ellas indicando que su origen parecía ser artificial, aunque no comprendían cómo un pueblo tan atrasado históricamente como aquel hubiera podido tallar aquellas piedras, trasladarlas de lugar y habilitarlas una junto a la otra para su uso actual. Por eso, sustentaban la teoría de que se trataba de un curioso fenómeno de origen natural, y que su habitabilidad se debía a simple accidente. Una teoría muy sofisticada, sin la menor base cierta en que pudiera ser fundada, pero la única que parecía responder a lo que se conocía de la civilización —o ausencia de ella— de los salvajes.

—Esperemos que nos reciban bien —murmuró Losti—. Si nos asocian con nuestros antecesores, tal vez nos reciban con recelo. Nuestro mejor escudo es quizá que nos crean otros visitantes.

—Ya lo veremos —replicó Roni—. Ellos llamaban a los miembros de los Exploradores visitantes de arriba, refiriéndose quizás a que habían venido del cielo. Todo depende de cómo nos llamen a nosotros.

Las dos lanchas se iban acercando al poblado. Se podían divisar ya las diminutas formas negras de sus habitantes, algunos de los cuales parecían mirar hacia arriba, hacia ellos. Roni pensaba en Usta, y en la tontería que cometían yendo hasta el poblado con las naves. El, en su lugar, las hubiera dejado a una cierta distancia, y hubiera llegado al poblado a pie, sin hacer ostentación de elementos mecánicos. Así hubiera tenido la certeza de que iban a ser bien recibidos. O al menos, mejor de lo que iban a ser recibidos ahora.

Las dos lanchas se situaron sobre la explanada central del poblado, y descendieron lentamente, en vertical, sobre él. Cuando al fin tomaron tierra, una multitud de hombres y mujeres, todos ellos salvajes, se reunieron en torno a los dos aparatos. Roni abrió la escotilla de acceso del suyo, y safio al suelo, siendo imitado por los demás. Paseó la vista a su alrededor.

Los salvajes les observaban atentamente. Estaría reunido allí casi todo el poblado. Roni pensó que iban a encontrarse en una situación apurada, si eran acogidos con malas intenciones. Usta avanzó unos pasos, situándose frente al grupo. Habló con voz fuerte, autoritaria. Como todos los demás expedicionarios, conocía el idioma de los hombres azules. Dijo en su lengua, alzando su mano por encima de su cabeza:

—Os saludamos, hombres azules. Nuestras intenciones son pacíficas. Venimos a ser vuestros amigos.

Hubo un largo silencio entre ambos bandos. Luego, del grupo de salvajes se destacó un hombre. Era alto, fuerte, musculoso. Aunque de avanzada edad, se le apreciaba un vigor nada común. Se detuvo a pocos pasos del comandante, y sus intensos ojos azules se posaron en él. Durante unos instantes lo examinó de pies a cabeza, como analizándole. Luego, respondiendo a su saludo, en una voz que no era alta, pero que resonó fuertemente en todos los oídos, contestó:

—Bienvenidos, *visitantes de arriba*.

IV

Estaban sentados en la explanada central del poblado, con sendos cuencos de comida en la mano. Esta última consistía en unos trozos de carne cocida, de agradable sabor. Al verla, Van-D había murmurado:

—Bueno, al menos conocen el fuego.

—Es la única transición que parecen haberle hecho al progreso —murmuró Boni . Esta, las pieles para vestirse, las armas para cazar, y las cuevas para cobijarse.

Efectivamente, los salvajes seguían usando pieles para vestirse, y se cobijaban en rústicas cuevas excavadas en la roca. No conocían la tela, o si la conocían no querían usarla. Los hombres usaban una especie de taparrabos, casi una corta falda, de piel, y las mujeres una especie de traje que, arrollado a su cuerpo, a modo de los sarongs polinésicos terrestres, les llegaban desde los hombros hasta los muslos. Los sujetaban mediante una serié de agujeros hechos en la piel, que unían entre sí mediante unas lianas trenzadas.

—Parecen pacíficos —observó Losti, mirando al jefe de la tribu que, sin entender lo que decían, les sonreía.

—Sí; por ahora nos han acogido bien.

—Hasta que vean que les traemos la civilización y el progreso.

—Cállense —gruñó el comandante, dejando el cuenco de comida ante él, en el suelo. Inmediatamente, una muchacha se le acercó, cambiándoselo por otro cuenco lleno—. Hemos venido aquí precisamente a esto, a civilizarlos.

—¿Y cómo piensa hacerlo, comandante? —insinuó Roni suavemente—. ¿Mostrándoles los magníficos aparatos que les traemos para que vivan mejor?

El jefe de la tribu, el hombre alto y musculoso, a pesar de su edad, que había sido el primero en dirigirles la palabra, le hacía señas de que siguiera comiendo. Usta rechazó amablemente el ofrecimiento, indicando que ya estaba satisfecho. Murmuró, dirigiéndose a Roni:

—Esto ya lo veremos sobre la marcha. De momento sabemos ya una cosa; los indígenas nos han acogido bien, a pesar de lo que puedan recordar de la anterior expedición. Es un buen síntoma para nosotros. Lo único que debemos hacer es proceder con más tacto, intentando no herir sus posibles creencias.

—¿Qué opina usted al respecto, Roni? —indagó Bart.

El aludido miró brevemente al comandante.

—No opino —dijo con intención.

Dejó el cuenco ante él, y rechazó uno nuevo con un gesto.

Dirigiéndose al jefe de la tribu, hizo una inclinación de cabeza.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad —dijo.

El jefe correspondió a la inclinación.

—Es una obligación de nuestro pueblo. Recibe bien al extranjero, rezan nuestras costumbres.

—¿Aunque el extranjero os quiera mal?

El jefe abrió los brazos.

—¿Qué mal puede haber para nosotros en el universo?

El comandante se inclinó hacia adelante.

—Tenemos entendido que, antes de que nosotros llegáramos, vinieron otros hombres, otros *visitantes de arriba*. Ellos os querían mal.

El jefe volvió a abrir los brazos.

—El mal sólo existe para quien busca el mal.

—Entonces, ¿por qué los expulsasteis de vuestro lado?

El rostro del salvaje se ensombreció.

—Nosotros no los expulsamos a ellos —murmuró—. Expulsamos su mal. Pero ellos no sabían vivir sin él. Iba dentro de sus cuerpos, y tuvieron que irse con él. El mal estaba dentro de ellos mismos. Y no pudieron abandonarlo cuando lo expulsamos de nuestro lado.

El comandante calló. No entendía bien aquellas palabras. Miró a Roni, como si le pidiera ayuda.

—¿Qué es para vosotros el mal? —intervino Roni.

El jefe no contestó. Se levantó lentamente, y miró a su alrededor antes de hablar.

—Nuestro pueblo se sentirá muy honrado si pasáis esta noche como huéspedes nuestros —dijo—. Podéis dejar vuestros pájaros aquí. Nuestros hombres les darán de comer, si nos indicáis la comida que prefieren.

Van-D rió suavemente. Roni intervino con rapidez.

—Nuestros pájaros no necesitad alimento ninguno —dijo—. Ellos comen muy poco. Y el alimento que toman no se encuentra en vuestro planeta.

—Muy bien entonces. Venid. Os mostraré vuestro alojamiento.

Los cinco hombres se levantaron. El comandante retuvo al salvaje.

—Un momento, jefe. Allí, en la meseta, hay algunos compañeros nuestros. Ellos también desearían ser huéspedes vuestros, si creéis que son dignos de ello.

El jefe inclinó la cabeza.

—Acoge bien al extranjero, rezan nuestras costumbres. Pueden venir; serán bien recibidos.

Usta se volvió hacia Bart.

—Llame a los demás por radio —le dijo en Solar—. Dígales que vengan hacia el poblado, con todo su equipo. Y con sus pájaros.

Bart se dirigió hacia una de las lanchas aéreas, para establecer la comunicación. El jefe de los salvajes hizo una seña a los restantes hombres:

—Si queréis seguirme…

La caverna era espaciosa, y el túnel central desembocaba en tres grandes cavidades, alumbradas por sendas fogatas. Van-D se acercó a una de las paredes, y la examinó.

—Arto tendrá trabajo aquí —dijo—. Será muy interesante analizar si estas cavernas son naturales o están hechas por manos humanas.

—No sea suspicaz, Van-D —musitó Roni—. Concédales un margen de confianza.

Lo intentaremos.

El jefe de los salvajes les señaló las tres estancias.

—Aquí podéis pasar la noche —les dijo. Y luego, volviéndose, hizo una seña a una muchacha que se encontraba a su espalda—. Esta será vuestra sirviente. Permanecerá siempre a vuestro lado. Siempre que necesitéis algo, pedídselo. Ella os complacerá.

Van-D hizo ademán de decir algo, pero Roni le interrumpió.

—Os damos las gracias, jefe —dijo—. Sabremos agradecer todas las bondades de tu pueblo.

—¡Pero esto es una tontería! —murmuró Van-D en Solar—. ¿Para qué necesitamos criados? Nos bastamos nosotros mismos.

—Cierto. Pero recuerde lo que dice el informe de los Exploradores. Las muchachas de la tribu atienden a todo el servicio. Es una costumbre. Y nosotros debemos aceptar sus costumbres, al menos por el momento, si queremos ganarnos su simpatía. No nos costará nada hacerlo.

—Creo que esta vez tiene razón, 812 —dijo Usta—. Pero preferiría que no fuera tan impetuoso. Generalmente es norma que el comandante tome las decisiones.

—Lo sé —dijo Roni, no sin cierta intención en la voz.

—Bien, pues procure no olvidarlo en el futuro. Usted, Van-D, vaya al exterior a recibir a los demás. De momento nos quedaremos aquí, y pasaremos la noche en esta… en esta cueva. Mañana ya decidiremos lo que debemos hacer.

El resto de la tarde transcurrió entre recibir a los demás, y trasladar las lanchas aéreas. El comandante decidió que lo mejor era dejarlas fuera del poblado, en un punto donde estuvieran seguras. Por

el informe de los Exploradores sabían que no había animales de gran alzada en aquella región. Por lo tanto, las dejaron en una especie de pequeña hondonada, a medio kilómetro de distancia del pueblo. Allí supusieron que estarían seguras.

En la cueva, prepararon las estancias para pasar la noche en ella. La muchacha que les había sido asignada como sirviente les trajo mantas de pieles para abrigarse, pues allí las noches Sollan ser frías. Usta las rechazó, diciendo que ya disponían de abrigos propios. Su contestación, hecha en tono seco, pareció herir a la muchacha, que se alejó a un rincón, sentándose en el suelo.

Roni se acercó a ella, y después de breve vacilación se sentó a su lado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, intentando dar a su voz inflexiones amables.

Ella contemplaba un punto indeterminado del espacio. Apenas desvió la vista para responder.

—¿Llamarme? ¿Para qué?

Roni recordaba algo de lo que decía el informe de la anterior expedición respecto a los salvajes: parecían no tener nombre. Pero no llegaba a comprenderlo. Por esto preguntó:

—Cuando necesitáis llamaros entre vosotros, ¿cómo lo hacéis??

La muchacha quedó silenciosa unos instantes, como pensando. Luego musitó:

—Es muy fácil.

Y no dijo más. Roni comprendió que no sacaría nada más de ella, al menos por el momento, con respecto a aquel asunto. Cambió el tema de la conversación.

—Te han asignado a nuestro servicio —dijo—. ¿Te gusta?

Ella miró en dirección al comandante, y no respondió. Roni comprendió lo que debía pensar.

—No le hagas demasiado caso —dijo—. Es muy brusco, pero es un gran hombre. Cuando se le conoce bien, se le quiere.

Ella pronunció un breve:

—No me gusta.

Roni calló. Pensaba en que aquellos salvajes parecían extraños; extraños en todos los aspectos. Aunque parecían buenos en el fondo, tenían un algo que no acababa de captar, que los hacía, no malos, sino diferentes. Se dijo que no sería tan sencillo comprenderlos como parecía a simple vista.

—Cuando te tengamos que llamar —le dijo—, ¿cómo deberemos hacerlo?

Ella dudó nuevamente unos momentos. Luego, sus labios se entreabrieron en una casi imperceptible sonrisa.

—Podéis llamarme Doa —dijo.

Y Roni no dijo nada más. Se retiró pensativamente, y se dirigió al lugar donde se encontraban los demás. Durante algún tiempo estuvo abstraído, ensimismado, pensando en lo que le había dicho la muchacha, y en el significado que ello pudiera tener.

Porque en el tosco idioma de los hombres azules, Doa, el nombre de la muchacha, significaba, sencillamente, *mujer*.

Los doce hombres se encontraban sentados en torno a un pequeño emisor de fuego sintético, contemplando con aire abstraído las altas llamas que iluminaban la rocosa estancia. La muchacha, sentada en un rincón, les contemplaba con aire abstraído, ausente.

—Doa —musitaba suavemente Bart, como si pensara en aquel nombre—. No, no encuentro más posible significado que el de *mujer*. Tal vez Renga algún otro, pero yo no lo conozco.

—No lo entiendo —repitió Bestar, E-E-605, sicólogo, con los ojos fijos en el fuego—. Es algo al parecer incomprensible. Evidentemente han de tener un nombre para llamarse entre sí; incluso los pueblos menos civilizados los tienen. ¿Por qué ellos no? Evidentemente, ha de existir algo que lo explique todo. Pero no lo liemos encontrado todavía.

—Por desgracia —murmuró Ross—, el objetivo de los Exploradores es recoger informes, no hallar motivos. Esto deberemos hacerlo nosotros.

—Creo que estamos hablando por hablar —cortó el comandante, encendiendo un cigarro venusino—. Nuestra presencia aquí no es para discutir el porqué los salvajes tengan o no nombre y cosas parecidas. Formamos una expedición Civilizadora. Nuestro trabajo es enseñarles algo, y no averiguar el porqué no lo han aprendido todavía.

—Creo que esto no es enteramente exacto —objetó Roni, aún a sabiendas de que aquello no le iba a gustar a Usta—. Las especiales circunstancias que concurren en este caso hacen que procedamos con cuidado. Antes de sacar conclusiones, es preciso que conozcamos los motivos. En caso contrario, nos exponemos a un fracaso idéntico al de los Exploradores.

Usta dejó escapar una risita seca.

—Creo que el fracaso de los Exploradores fue mucho ruido y pocas nueces. En resumidas cuentas, ¿qué pasó? Los salvajes parecieron mostrarse hostiles para con ellos. ¿Es esto motivo para que nos

preocupemos? Creo que hay sólo un hecho incuestionable: los hombres azules son seres incivilizados, susceptibles a recoger nuestras enseñanzas. Nada más.

Roni hubiera podido anteponer muchas cosas a aquel juicio, pero prefirió callar. Se encogió de hombros.

—Además —dijo el comandante, levantándose—, creo que estamos hablando demasiado. Lo mejor será retirarnos a descansar. Mañana empezaremos nuestro trabajo.

—¿Cuál trabajo? —inquirió Roni.

Usta le miró aviesamente, pero no respondió.

Duarno señaló hacia la mujer que estaba sentada en un rincón.

—¿Y qué hacemos con ella?

El comandante se encogió de hombros. Indudablemente no sabía qué hacer, y prefería inhibirse. Roni observó:

—Indudablemente, al decir que estaba permanentemente a nuestro servicio, el jefe quiso indicar que lo estaba a todas las horas del día. Por lo tanto, creo que lo mejor será habilitarle una de las tres estancias para ella, y quedarnos nosotros con las otras dos. ¿Está conforme con ello?

El comandante dudó unos instantes, como si no supiera si negarse o acceder a lo que Roni decía. Al final terminó encogiéndose de hombros.

—Si tanto le gusta organizar las cosas— dijo—, hágalo. Yo no me opondré. Lo dejo todo en sus manos.

Roni no respondió. Al fin y al cabo, Usta era su superior jerárquico, y tenía derecho a hacer lo que se le antojara. Además, ¿para qué?

V

A la mañana siguiente empezó el verdadero trabajo de los doce hombres. En primer lugar, debían encontrar un pretexto para prolongar su estancia con los salvajes. Usta se dirigió al jefe de la tribu.

—Nuestros pájaros se encuentran cansados —le dijo—. Necesitan reponerse. Desearíamos quedarnos unos días con vosotros. Si no os entorpecemos, naturalmente.

El jefe se inclinó obsequiosamente, luciendo una sonrisa que Roni no supo si era servicial o irónica.

—Vuestros deseos serán siempre de nuestro agrado —le dijo—. Quedaos todo el tiempo que deseéis con nosotros. Nuestro pueblo os acogerá siempre como a hermanos.

El comandante creyó haber solucionado así aquel asunto. Reunió a los doce hombres en la caverna. Miró unos instantes a la muchacha indígena, que permanecía a un lado, sentada en el suelo, observándoles, pero aparentemente sin prestarles demasiada atención, y luego se encaró con ellos.

—Nuestra misión es civilizar a estos salvajes —dijo—. Pero no sabemos cómo reaccionarán en principio a nuestros intentos. Por lo tanto, antes de empezar a realizar algo concreto, llevaremos a cabo algunos sondeos. Es preciso hallar su punto flaco, por donde podamos introducirnos nosotros. Y esto sólo lo conseguiremos si nos mezclamos con ellos y lo observamos todo a nuestro alrededor. ¿Comprenden lo que quiero decir?

Todos asintieron. Salieron de la cueva, se diseminaron por el poblado, dispuestos observar todo lo que sucediera a su alrededor.

Los indígenas los acogieron con amabilidad, aunque con indiferencia. Parecía como si, para ellos, su presencia fuera una cosa normal, propia de todos los días. No existía la expectación, esta expectación que hay en todos los pueblos atrasados cuando se encuentran ante algo que no comprenden o que es superior a su nivel cultural. En todos los planetas extraños en que el hombre había puesto su planta, había causado las más dispares sensaciones: entusiasmo, asombro, expectación, hostilidad... Pero nunca, absolutamente nunca, indiferencia.

Lo que más separaba a los terrestres de los salvajes eran sus atuendos. Ante las pieles de los hombres azules, los terrestres anteponían sus ajustados trajes de malla metálica, de vivo color rojo.

Su cinturón, del que pendía en un extremo la funda con la pistola lumínica, y del otro el pequeño aparato localizador transmisor para comunicarse entre si...

Los salvajes, en cambio, se bastaban con su taparrabos de piel, sujeto a la cintura por una liana. Dentro de su clase, eran hermosos, casi bellos. Sus torsos bronceados, musculosos, iluminados por los rayos del doble sol, resaltaban con una fuerza hercúlea. Y sobre todo sus cabellos, sus extraordinarios cabellos azules, que caían en cascada sobre sus hombros en los hombres, y hasta su cintura en las mujeres.

El poblado entraba en actividad por la mañana. Sentados ante sus casas de roca, en las que habitaban dos, tres y hasta cuatro familias, los hombres pulían sus lanzas de madera, única ocupación, junto con la de cuidar el fuego de los hogares, a la que parecían dedicar atención. Iban descalzos, y sus únicas defensas consistían en sus lanzas de madera, que tanto les servían para cazar como para pescar. Algunos indígenas se encontraban sentados contra la pared recalentada por el sol, con la cara expuesta a los rayos del doble astro y los ojos cerrados. Roni se inclinó sobre uno de ellos y le preguntó en una ocasión:

—¿Qué haces?

El salvaje se limitó a abrir levemente los ojos y mirarle por una fracción de segundo. En sus labios apareció el asomo de una borrosa sonrisa. Respondió con una sola palabra:

—Nada.

Y quedó silencioso, como ausente. Como si estuviera dormido... o muerto.

Los doce hombres, excepto el comandante, se esparcieron por el poblado. Nadie les decía nada, nadie les prohibía hacer nada o ir a ningún sitio. Pero nadie tampoco se interesaba por ellos. Caminaban libremente en medio de la indiferencia general. Lo cual es a veces peor que andar entre la hostilidad de todo un pueblo.

Grupos de hombres tomaron sus lanzas de madera, y se fueron hacia el bosque o hacia el río, a cazar o a pescar. Los demás les vieron marchar tranquilamente. Luego, al cabo de unas horas, empezaron a regresar. Traían peces ensartados en sus lanzas, o algunos animales, especie de venados, entre cuatro hombres. Llegaban al pueblo, lo depositaban todo en el suelo de la plaza central, y volvían indolentemente a sus sitios, a sus viviendas, a sus cuevas.

Cerca del mediodía, el jefe del poblado apareció en medio de la plazoleta, junto al lugar donde había sido depositada toda la caza y toda la pesca. A su alrededor acudieron un grupo numeroso de

hombres, quizás una centena. El jefe los miró a todos, uno por uno, con rapidez pero detenidamente. Miró la caza y la pesca que tenía a sus pies. Y, auxiliado por varios hombres armados de trozos de madera afilados, fue repartiendo lo conseguido. Cortaba grandes trozos de venado, cogía algunos peces, y los entregaba sucesivamente a cada uno de los hombres que aguardaban a su alrededor. Este lo tomaba entre sus manos, y se iba sin pronunciar ninguna palabra. La operación se fue repitiendo con todos los hombres reunidos allí.

Alna, el técnico en mecánica de la expedición, que en aquellos momentos se encontraba deambulando por los alrededores, se acercó a contemplar el singular reparto. El jefe le observó brevemente. Tomó un trozo grande de venado, unos cinco peces, y se lo tendió.

—¿Para mí? —preguntó el hombre, desconcertado.

—Para vosotros —respondió el jefe, rompiendo el ritual silencio de lo que parecía ser casi una ceremonia—. Doa os lo preparará. Aquí hay también para ella.

Alna fue a decir que ellos ya traían consigo su propia comida, pero pensó que era mejor aceptar el obsequio. Tomó la sangrante carne y los peces entre sus manos, y lo llevó a la cúpula rocosa que constituía su vivienda.

Poco después del mediodía —el mediodía del planeta—, los expedicionarios regresaron a la cueva que constituía su vivienda. Quien más y quien menos, todos habían visto algo digno de ser contado. Alna reía ó lo correspondiente a la repartición de comida, recordando que el informe de los Exploradores bahía mencionado ya algo respecto a aquella ceremonia. Losti, el médico investigador, afirmó que las condiciones higiénicas del poblado eran buenas, casi excelentes. No había ninguna clase de miasmas ni parásitos, ni ninguna de las enfermedades Hípicas de los pueblos incivilizados. Soll, el arqueólogo, estableció diferencias notables entre aquellos salvajes y los hombres primitivos de la Tierra. No tenían el menor punto de comparación con respecto a las razas jóvenes de ningún planeta explorado anteriormente. Físicamente, eran una raza adulta, completamente formada. Perfecta.

—Entre todos ellos no he podido ver ningún ser deforme, ningún hombre o mujer con defectos físicos apreciables.

—También en Esparta, en la Antigua Tierra, no habían hombres ni mujeres deformes o tarados físicamente —señaló Van-D.

Pero la principal noticia la dio Arto, el geólogo. Desde un principio se bahía interesado por las construcciones rocosas que servían de

vivienda a los hombres azules. Desde un principio las había señalado también como construcciones muy sorprendentes para ser de origen natural. Y entonces dio su opinión concreta: aquellas viviendas, estaba seguro, habían sido construidas artificialmente.

Los once hombres que le escuchaban quedaron desconcertados al oír su rotunda afirmación. Usta inquirió:

—¿Ha dicho que han sido consumidas por manos humanas?

Arto asintió con la cabeza.

—Poco más o menos. No quiero decir que los salvajes las hayan construido con sus propias manos, pero sí puedo afirmar, sin lugar a dudas, que estas construcciones no son en absoluto naturales.

—¿En qué se funda para hacer esta afirmación? —inquirió el comandante.

—En algo muy sencillo: en que estas enormes piedras, estas cúpulas, formadas por una sola pieza que debe pesar varias toneladas, no están aquí por obra de la naturaleza. El estudio del terreno sobre la que están asentadas me ha demostrado que aquí no tienen razón de estar. Han sido transportadas, desde otro lugar cualquiera, hasta aquí.

Se produjo un silencio, que nadie supo quebrar. Arito prosiguió:

—Y hay más todavía. Las estancias en las que nosotros nos encontramos ahora, las de todas las cúpulas que hay en el poblado, han sido excavadas por manos humanas. Excavadas, y pulimentadas sus paredes.

Todos escuchaban atentamente las palabras del geólogo. Bestar murmuró:

—Esto sí que es bueno. Al fin de todo, resultará que la cultura de estos salvajes se encuentra más avanzada aún que la nuestra. Díganos, Arto: ¿cómo diablos han podido unos salvajes como éstos, que no tienen la menor idea de dispositivos tan fundamentales como la rueda, transportar estas moles hasta aquí y excavarlas para construir sus viviendas? ¿No cree que todo ello representa demasiado esfuerzo, como para terminar construyéndose algo menos que unas simples cuevas?

Arito dudó brevemente. Se apreciaba que vacilaba en sus propias ideas. Terminó por encogerse de hombros.

—Respecto a esto me abstengo de opinar —dijo—. Mi misión aquí es presentar hechos, no plantear hipótesis. Esto pertenece a otra especialidad —y sus ojos se posaron en Roni.

—¿Qué opina usted, E-E-812? —interrogó el comandante.

Roni hizo un gesto ambiguo.

—No sé qué opinar por el momento. Encuentro absurdo que

alguien se tome tantas molestias para construir unas viviendas tan rústicas como éstas.

—Sin embargo, no me negarán que están hechas bajo un cierto método —señaló Arto—. El pueblo se encuentra formando una especie de polígono, en cuya parte central hay una amplia plaza capaz para todas las reuniones. Su situación, por otra parte, es magnífica. A poca distancia de un río que les puede suministrar pesca; a poca distancia del bosque que les puede suministrar la caza. Y erigido en una planicie idónea, donde no hay enclavado otro paraje rocoso que éste, *precisamente éste*. Son muchas casualidades para pensar en un capricho de la naturaleza. Observen el suelo: no es rocoso, sino constituido por tierra. Y sin embargo, las paredes de la cueva ce hunden en él. Y en todas las cuevas la situación es la misma.

Doa, que hasta aquel momento había permanecido apartada de ellos, en la tercera cueva, preparando la comida, se les acercó, entregándoles unos cuencos de madera con trozos de carne y pescado distribuidos en ellos. Usta observó la comida sin demasiada afición.

—Creo que será mejor que usemos nuestras pastillas —dijo en Solar, dirigiéndose a los demás—. No me acaba de convencer la comida de este planeta.

—Un momento —intervino Roni—. Quisiera hacer una prueba. Acepten su comida.

—¿Qué pretende hacer? —inquirió Usta.

Roni hizo un gesto de que aguardara. Indicó a la muchacha un sitio a su lado, y le entregó uno de los cuencos.

—Siéntate aquí, y come con nosotros —le propuso en su idioma.

Ella aceptó inmediatamente, como si lo considerara lo más normal del universo. Se sentó al lado de Roni, aceptando el cuenco que éste le ofrecía. Roni sacó, una caja de su cinturón, en la que llevaba su provisión de concentrados alimenticios. La abrió, tomó una de las pastillas, y se la metió en la boca. Luego tendió la caja a la muchacha.

—¿Quieres?

Ella había empezado a comer en su cuenco. Se interrumpió, mirando unos momentos la caja que le tendía el hombre. Vaciló unos instantes. Preguntó:

—¿Qué es?

—Comida —dijo Roni—. Nuestra comida.

Ella seguía contemplando la caja. Dijo:

—Vuestra comida es extraña. Prefiero la nuestra.

—Nosotros queríamos hacerte un obsequio —dijo Roni, dolido—. Lamento que no lo aceptes como tal. Has herido un poco nuestros

sentimientos.

Ella levantó su vista hacia Roni. Sus ojos, azul oscuro, como sus largos cabellos, miraron unos instantes los ojos del hombre. Por unos instantes pareció desconcertada. Luego, como si hubiera leído algo en la mente del hombre, sonrió levemente.

Pronunció la frase lentamente, como queriéndole dar toda la importancia que consideraba que tenía. Dijo simplemente, más como un reproche que como una acusación:

—¿Por qué mientes?

Se levantó, dejando el cuenco en el suelo, y se dirigió hacia un extremo de la caverna. Roni se levantó de un salto, y fue tras ella.

—¡Un momento! —la cogió por un brazo, obligándola a detenerse —. ¿Por qué afirmas que he mentido?

Ella se volvió. Sus ojos seguían expresando un claro reproche.

—No dices lo que sientes —murmuró—. Ninguno de vosotros dice lo que siente. Me has ofrecido vuestra comida no como un obsequio, sino como una prueba. Sencillamente, querías saber algo.

Roni se sintió aturdido unos momentos. ¿Cómo podía saber ella...?

—¿Qué es lo que pretendía demostrar, según tú?

—Eso, tú lo sabes mejor que yo. Lleváis el mal dentro de vosotros. Pero no pretendáis inculcarlo en nosotros también. Sólo vosotros podéis ser víctimas de él. Id con cuidado, no se agarre demasiado fuertemente en vuestros corazones. Porque entonces ya no habrá salvación para vosotros.

Dio media vuelta, y se dirigió hacia la salida. Roni sintió deseos de seguirla, de detenerla y preguntarle lo que había querido decir con aquellas palabras. Pero no lo hizo. La actitud de la muchacha, más que sorprenderlo, lo había aturdido. Indicaba unas ideas, unos sentimientos, una vida interior, que no era propia de un miembro de una tribu de salvajes, sumergida en el principio de su prehistoria.

—¿Qué, ha conseguido saber con esto, E-E-812? —oyó la voz de Usta a sus espaldas.

Volvió lentamente a su sitio, y se sentó. Tomó el cuenco de comida entre sus manos, y sus ojos, como ausentes, se posaron sobre los trozos de carne y pescado que contenían. Maquinalmente, tomó uno con los dedos, y se lo llevó a la boca.

—No lo sé —dijo—. Pero creo que los Exploradores no supieron ver claramente lo que se escondía tras la realidad de un pueblo de apariencia semisalvaje. Aquí hay algo más de lo que aparece a simple vista. Mucho más que ello.

Los demás le miraban fijamente, sin decir palabra. Nadie comentó

lo sucedido, y todos, uno tras otro, empezaron a comer en silencio. Pero en todas las mentes apareció la misma idea: algo había en los hombres azules que los hacía distingos. Algo que no sabían qué era, que no acertaban a descubrir, pero que era mucho más importante que todo lo que hubieran podido imaginar a simple vista.

VI

La tarde transcurrió con lentitud.

Usta era un civilizador típico, y por ello creía que debía hacerse todo sobre la marcha, y rectificar según las reacciones que advirtieran en los salvajes. Su mente concebía su misión como una trayectoria rectilínea; llegar y civilizar.

Roni, en cambio, miraba el asunto bajo otro punto de vista. Cada planeta habitado que se descubría, cada nueva humanidad, era un caso concreto e independiente. No podía empezarse a trabajar sin conocer antes la pasta que debía moldearse. Era preciso antes estudiar los caracteres que debían civilizar.

Usta no comprendía exactamente la ideología de los hombres azules. Por esto era partidario de empezar ya a trabajar sobre ellos, de acuerdo con su misión concreta de civilizadores. Luego, los mismos hombres azules, con sus reacciones, marcarían la pauta a seguir.

—Es absurdo perder el tiempo estudiando algo que sólo podemos estudiar sobre la práctica —dijo—. ¿De qué nos servirá ahora observar a estos salvajes, estudiar sus costumbres y su modo de vivir? Nuestra misión es civilizarlos. ¿A qué perder tiempo en otras cosas?

Roni opuso su propio punto de vista a aquel modo de ver las cosas. El propio Departamento de Mundos Exteriores de la Tierra había sido el primero en reconocer que las características que concurrían en aquel planeta no eran las normales que hubieran podido observar en cualquier otro mundo habitado.

—¡Absurdo! —gruñó el comandante—. ¿Acaso debemos guiarnos únicamente por el hipotético informe de unos Exploradores?

Roni citó lo que hasta aquel momento habían observado de los salvajes. Al leerlo en el informe, habían aparecido aquellos detalles como cosas curiosas, pero que no revestían la menor importancia; eran meros detalles. Ahora, sin embargo, podían apreciarse en su verdadera magnitud. ¿Qué significaban aquellas viviendas construidas por manos humanas? ¿Y la ceremonia de la repartición de comida? ¿Y aquellos hombres sin nombre, sin voz casi, pero que se entendían entre sí? Hacía sólo un día que habían llegado al planeta. ¿Podían juzgar tan precipitadamente una civilización que les era totalmente extraña?

—¡Tonterías! Por más peculiaridades que me presente, estos hombres nunca dejarán de ser unos salvajes. Y nosotros estamos aquí para llevarlos a la escuela.

—¿Y que se revuelvan contra nosotros cuando intentemos mostrarles alguno de nuestros adelantos? Ya oyó usted su peculiar

sentido del bien y el mal. ¿No cree que esto sea bastante para dudar un poco?

—¡Bah! Cuando vean las ventajas que reporta nuestra civilización, serán los primeros en pedirnos que les eduquemos. ¿Para qué perder el tiempo?

Roni suspiró. Juntó las manos, como concentrándose para exponer sus ideas.

—Mundos Exteriores —dijo—, vio claramente cuál era la situación, y decidió proceder con… con una cierna cautela. Por eso no enviaron una misión civilizadora normal. Ellos conocían los motivos.

Usta pareció irritarse.

—¿Intenta decirme lo que debo hacer? Yo también recibí mis órdenes en la Tierra. Y éstas fueron las de desarrollar el programa habitual. aunque a la expectativa.

—Sin embargo, junto a la expedición normal civilizadora, me enviaron a mí. El propio E-V-614 —remarcó bien las siglas— me indicó que mi misión aquí seria como la de un asesor, y que yo debería decidir en último extremo, según mis conclusiones sociológicas, si era o no conveniente la educación inmediata de los hombres azules. Y mi consejo es esperar.

Se apreció claramente que el comandante hacía un esfuerzo para no dejar escapar lo que bullía dentro de sí. Murmuró:

—Esperar… ¿a qué?

—A conocerles mejor, comandante. A formarnos una idea más clara de su ideología, a conocer mejor su sentido de anti-civilización. En cuanto conozcamos esto, podremos actuar. Antes, no.

Usta dudó unos breves momentos. Era un hombre al que no le gustaba que otros le impusieran sus propias ideas, pero tal vez recibió órdenes concretas en la Tierra de aceptar los consejos de Roni. Tuvo que hacer un esfuerzo, pero al fin accedió.

—Bien —dijo—. Bien, E-E-812. Voy a seguir su consejo. Vamos a aguardar un tiempo antes de iniciar nuestra misión. Le doy dos días completos de tiempo para que intente demostrarme que no debemos empezar inmediatamente la civilización de estos salvajes, y me indique los motivos por los que lo cree pertinente. Dos días completos. Pasados éstos, si no ha conseguido hacerlo o sus argumentos no son convincentes, procederemos inmediatamente a seguir nuestro plan de Civilización. Y entonces no volverá a inmiscuirse en el trabajo de los demás, salvo en el caso de que se lo ordenen. ¿De acuerdo?

Roni vaciló. La proposición era demasiado categórica, y tenía todas las trazas de un ultimátum. Sabía que su personalidad no le era

demasiado agradable al comandante; su inclusión dentro del plan general de la expedición se salía demasiado de lo que era habitual. Y no olvidaba tampoco que en última instancia el único con poder para hacer y deshacer las cosas era el propio comandante, y que él estaba supeditado a sus órdenes, aunque después pudiera apelar al Tribunal Militar de la Tierra. No le quedaba más remedio que aceptar.

—Está bien —dijo—. Dentro de dos días le traeré pruebas concluyentes de lo que digo, o dejaré todo el asunto en sus manos.

Roni no sabía aún que sus palabras iban a ser altamente proféticas. Pero con una clase de profecía que ni él mismo hubiera podido nunca imaginar.

Aquella noche le tocó a él hacer el primer turno de guardia en el exterior. Tomó su fusil lumínico, y fue a sentarse a la entrada de la cueva. Al pasar delante de la estancia en que descansaba la muchacha salvaje, la oyó agitarse levemente en la oscuridad. Se detuvo brevemente, pero siguió su camino hacia el exterior.

Fuera, el cielo tenía un bello tono azul cobalto, que no llegaba a dotar ni planeta de una oscuridad completa, pero que daba al paisaje una claridad difusa, casi fantasmal. Gamo no tenía ningún satélite; sin embargo, su atmósfera estaba dotada de un elemento —lumen lo habían llamado los Exploradores— ligeramente fosforescente, que daba al planeta una levísima claridad, semejante al claro de luna terrestre. La débil luminosidad daba al paisaje un aspecto de calma absoluta, como dormida. El silencio, sólo turbado por algún que otro grito o aullido, lejano, era completo. De tanto en tanto, se oía algún leve susurrar de hojas…

Roni se encaramó a la cúspide de la roca que les servía de vivienda, con el fusil en bandolera. Desde allí se divisaba toda la extensión del poblado, y más allá aún: las lejanas montañas, la meseta en la que habían aterrizado… No se veía el menor asomo de vida en el poblado; todo el mundo parecía dormir. No había vigilantes, ni guardias que defendieran la tranquilidad del sueño de los demás… Roni sabía que en Carno no había animales de gran alzada, pero sí carniceros. Y alguno de ellos podía llegar hasta el poblado, meterse en alguna vivienda…

El tiempo transcurrió lentamente. La brisa era ligera, tan tenue que en algunos momentos no se notaba el menor soplo. Los campos de alía hierba ondulaban suavemente, a ráfagas, como si ejecutaran un bien conjuntado paso de ballet. Alzó la vista hacia el cielo, y contempló el firmamento. Era un firmamento distinto a los que él conocía, distinto

al de la Tierra, distinto al de los demás planetas. Las estrellas, las constelaciones, ocupaban una posición diferente. Y entre todas ellas, en algún lugar, estaba el Sol. Quizás en aquel momento se encontrara en la otra cara del planeta, o quizá allí mismo, sobre su cabeza. Y allá, en aquel puntito levemente luminoso, toda una humanidad bullía en aquellos momentos, una humanidad de millones de hombres, ajenos por completo a aquella insignificante mirada que, en aquellos momentos, se alzaba hacia ellos.

Y entre todas aquellas estrellas se encontraba también el crucero, girando en órbita sobre el planeta. Se esforzó en intentar hallarlo, buscando algún punto móvil entre las quietas estrellas. Pero era muy grande la extensión a observar, y quizá en aquel momento se encontrara fuera de su horizonte visible. Abandonó la observación, y dirigió su mirada hacia otros lugares.

Un ruido cerca de él lo sobresaltó, sacándole de su ensimismamiento. Requirió rápidamente el rifle. A sus pies, una figura se movía en la oscuridad.

—¿Quién es? —gritó.

La figura estaba vuelta hacia él. Se encaramó por sobre la piedra, acercándose. Ron i aguzó la vista, y creyó reconocer de quién se trataba. Doa, la muchacha indígena, la que había sido designada como su sirviente, la que tenía como único nombre el de mujer, fue a sentarse silenciosamente a su lado.

—¿Qué quieres? —preguntó Roni, entre sorprendido e intrigado.

Ella lo miró. Roni pudo ver sus ojos, de aquel color azul oscuro que emulaba el color del cielo, y que parecían brillar intensamente en la penumbra, fijos en los suyos. Dijo:

—Nada. Sabía que estabas aquí arriba, y he venido a hacerte compañía.

—¿Por qué?

—¿Es que acaso ha de existir un motivo? —sus ojos parecían reír a su lado. Y casi sin transición—: ¿Por qué estás tú aquí? ¿Qué es lo que vigilas?

Roni echó una ojeada a su alrededor.

—Por aquí rondan animales salvajes. ¿Es que vosotros no les tenéis miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué?

Roni hizo un gesto ambiguo.

—Cualquiera de estos animales podría entrar en alguna de las cuevas y matar a alguno de vosotros.

—Sí. Ya lo han hecho algunas veces.

Dijo aquello con voz tranquila, casi con frialdad. Como si se tratara de una cosa normal e inevitable. Roni la miró sorprendido.

—¿Ya lo han hecho algunas veces? ¿Y vosotros no habéis intentado remediarlo?

Ella no contestó directamente. Miró a lo lejos, hacia la planicie, hacia las lejanas montañas.

—De todos vosotros —dijo—, tú pareces ser el más inteligente. Por esto he subido aquí, hasta tu lado.

Roni tuvo una inspiración.

—¿Sabes a qué hemos venido aquí?

Aquel era el momento para intentar plantear el problema, pensó. Aguardó con interés la respuesta. Doa permaneció unos instantes muda, como si dudara de cuál debía ser su respuesta. Al final asintió con la cabeza.

—Sí —dijo.

—¿A qué? —insistió Roni.

Ella sonrió suavemente.

—¿Para qué quieres que te lo diga? ¿Acaso no lo sabes tú mismo?

Roni pensó que era un modo hábil de eludir la cuestión. No pudo hallar nada para rebatir aquella frase.

—¿Por qué odiáis el progreso? —preguntó—. ¿Por qué no lo aceptáis como algo propio de toda naturaleza?

Inmediatamente se arrepintió de haber dicho aquello. Era una pregunta demasiado incisiva, demasiado directa. Pero la muchacha pareció aceptarla como natural.

—¿Qué es el progreso? —dijo suavemente—. ¿Y para qué sirve?

Roni quedó cordado por unos breves momentos. Intentó hallar argumentos:

—Para vivir mejor. Para encontrar una vida más agradable, más apacible, más descansada. Para protegerse del tiempo, de las enfermedades, de la muerte.

Ella dejó escapar una risa levemente irónica.

—Nosotros no necesitamos nada de esto —dijo—. Somos felices tal como somos ahora. No necesitamos cambiar.

—¿Sois fatalistas?

—¿Qué entiendes tú por fatalismo?

—Esta vuestra indiferencia. Parecéis ajenos a todo, a la vida, a la muerde, a lo que os rodea. ¿No existe ningún aliciente para vosotros en vuestra vida?

Ella permaneció silenciosa. Al cabo, negó lentamente con la cabeza.

—No lo comprenderías —dijo—. No lo comprenderíais ninguno de vosotros.

—¿Por qué?

—Vuestra mente está desarrollada hacía otros cauces. Para vosotros todo estriba en la civilización, en vuestra magnifica civilización. No creéis que pueda existir nada más fuera de ella.

—¿Y existe?

La muchacha volvió su rostro hacia él, mirándole directamente. Sus ojos parecieron relampaguear en la noche.

—Tú eres más inteligente que tus compañeros —dijo—. Por eso puedo decírtelo. Vete. Iros todos de aquí. La misión que os trae es absurda, y no conseguiréis nada intentando llevarla adelante. Dejadnos en paz. Nosotros no os hemos hecho nada, no nos hemos inmiscuido en vuestras vidas. ¿Por qué intentáis inmiscuiros vosotros en las nuestras?

—Esto parece casi un reproche.

—No. Es sólo un leal consejo.

Roni sonrió.

—Creía que el dar consejos era misión del jefe de la tribu. Y él no nos ha dicho nada. ¿Por qué?

—Él espera —dijo la muchacha.

—Espera, ¿el qué?

—Los acontecimientos. Esta es nuestra misión aquí, ésta es la misión de nuestro pueblo en el universo. Esperar. Solamente esperar.

Se hizo un silencio. Roni se encontraba entre desconcertado e intrigado. Las palabras de la muchacha le sonaban falsas, desplazadas en un mundo como aquél.

—No te comprendo —murmuró suavemente.

—No puedes comprenderme. No podréis nunca comprendernos. Por esto es mejor que os marchéis. Volved a vuestros mundos.

—¿Dejándoos abandonados a vuestra ignorancia?

—¿Cómo sabes si somos ignorantes?

Pronunció aquellas palabras casi en un susurro. Miró a un punto indefinido, hacia adelante.

—Es mejor que no sigamos hablando —dijo, como si se arrepintiese de lo que había dicho—. Pertenecemos a dos mundos distintos. No nos comprendemos.

Hizo ademán de descender de la roca. Roni la sujetó por un brazo.

—¡Espera! ¿Qué has querido decirme con todo esto?

Ella volvió el rostro hacia él.

—Nada —murmuró—. Olvida lo que te he dicho.

—¿Para qué has subido aquí?

Ella pareció vacilar.

—Quería daros un consejo —dijo—. Avisaros de que aquí no tenéis nada que hacer. Aunque veo que es inútil. Por vuestro propio bien, regresad a vuestro mundo. Allí es donde verdaderamente deberíais estar.

Se desasió del brazo de Roni, y se alejó, penetrando en la cueva.

Roni quedó desconcertado. Hizo ademán de seguirla, pero se detuvo. Volvió a sentarse en la roca. Y su mirada, como ausente, se perdió en el vacío.

Woos, que venía a sustituirle, tuvo que sacudirle fuertemente para hacerle volver a la realidad. Lo miró con aire de sorpresa.

—¿Qué le sucede, Roni? —inquirió—. ¿Se encuentra mal?

El aludido movió la cabeza con aire indeciso.

—No, no me sucede nada —dijo—. Sólo estaba pensando.

—¿Pensando? ¿En qué?

En un gesto amplio abarcó todo el horizonte visible.

—En esto, Wood. En el planeta, en sus habitantes. En lo que parece esconderse tras ellos. En lo que sabemos, y en lo que quizá nunca lleguemos a saber.

Woos movió la cabeza dubitativamente.

—Me parece que no raciocina bien, Roni —murmuró—. Será mejor que descanse. Y piense que mañana probablemente tendremos trabajo, si quiere mostrarle al comandante que sus ideas son las más acertadas.

Roni no respondió. Descendió al suelo, y penetró en la cueva. Se detuvo unos instantes frente a la estancia que ocupaba la indígena. Penetró en ella, y se paró frente al cuerpo echado de la muchacha. Dormía. Durante unos instantes permaneció inmóvil, contemplándola en silencio. Luego, con cuidado, regresó al pasillo central y se dirigió hacia su propia estancia.

No vio cómo, cuando se alejaba, Doa abría los ojos, y contemplaba fijamente su marcha. Permaneció contemplándolo hasta que desapareció de su vista. Y luego, con un ligero suspiro, reclinó de nuevo la cabeza en el suelo y cerró nuevamente los ojos.

El seco trallazo del disparo lo despertó cuando parecía apenas que había principiado a conciliar el sueño. Inmediatamente tuvo la perentoria impresión de que algo grave acababa de suceder. Batalló unos momentos con el cierre de su petate climático, y se puso en pie de un salto. Requirió su fusil, y se lanzó hacia el exterior.

Otros varios le siguieron casi inmediatamente. Oyó a sus espaldas

la voz de Ross, el bioquímico, que gritaba:

—¡Cuidado! ¡Puede haber alguien aguardando a que salgamos!

No hizo caso de la advertencia, tan pueril como inútil. Salió de un salto al exterior, y volvió la vista hacia la cumbre de la roca. Woos —no, no era Woos. Sin duda debían de haber relevado de nuevo la guardia. Era Duarno, el médico, quien estaba allá arriba— permanecía de pie sobre la roca, con el fusil firmemente sujeto en su mano.

En un par de saltos se plantó a su lado.

—¿Qué ha sucedido?

Duarno señaló hacia adelante. Roni volvió la visita, y vio lo que el otro quería indicarle. Un animal, de la complexión de un león o un tigre terrestre, tendido en el suelo, inmóvil, frente a la entrada de una de las cuevas.

Roni volvió a saltar al suelo, dirigiéndose hacia allá. A sus espaldas oyó al comandante preguntando lo que había sucedido, y a Duarno contestarle. El animal se había acercado a una de las cuevas, con la indudable intención de meterse en ella. Antes de que pudiera conseguirlo, el médico había disparado contra él, matándolo. Esto era todo.

Roni se acercó al animal, y comprobó con el pie que estaba muerto. El disparo lumínico le había deshecho materialmente la cabeza. Se inclinó sobre él, y lo examinó. Tenía una cierta semejanza con el zoon, un animal típico de Venus, aunque con mucho más pelo en el cuerpo, y una línea mucho más sinuosa y esbelta. Sus garras, terminadas en siete dedos, tenían largas y afiladas uñas retráctiles. Y de su cuello colgaba una especie de bolsa de fina piel, que le servía para almacenar la comida que lomaba, cuando no la necesitaba de inmediato.

Arto se había acercado también allí, con el fusil dispuesto para disparar. Contempló al animal.

—¿Está muerte?

Roni afirmó con la cabeza. Si, estaba muerto.

Arto dio un vistazo a su alrededor.

—Nadie se ha alarmado por el disparo —dijo—. Como si nadie lo hubiera oído. No creo que tengan un sueño tan pesado.

Roni recordaba las palabras que le había dicho la muchacha cuando le habló de los peligros de los carniceros nocturnos: *ya ha sucedido algunas veces*. Y lo había dicho fríamente, como si se tratara de algo normal, incluso inevitable.

—Tal vez sea que nadie ha querido oírlo —dijo.

Regresaron al lugar donde estaban los demás. En aquellos instantes

Usta repetía las mismas palabras de Arto:

—¿Por qué no sale nadie a averiguar lo sucedido? ¿Acaso nadie ha oído el disparo? Todos nosotros lo liemos oído, y los salvajes tienen un oído muy fino. ¿Qué es lo que sucede?

—Yo podría decirle algo de lo que sucede, comandante —dijo Roni —. Aunque sé que no querrá creerlo.

El comandante se volvió hacia él.

—¿Qué es?

—A los salvajes no les importa que los animales merodeen por el poblado. Como tampoco les importa que algún carnicero mate a cualquiera de ellos. Al parecer, les tiene sin cuidado. Por esto no hacen caso de todo lo que suceda durante la noche.

Usta miró a su alrededor.

—Esto es absurdo —murmuró—. ¿Y por qué habrían de hacerlo?

—No lo sé, comandante. Tal vez porque sean fatalistas. O quizá porque no les importa morir.

—No me hará creer esto, E-E-812. Hay muchas maneras de desinteresarse de la vida. Si no les importara morir, ¿por qué no se suicidan de una vez y dejan de cometer tonterías?

—Tal vez por el mismo hecho de ser fatalistas. No quieren morir, pero se resignan a la idea de la muerte sin oponer resistencia.

Usta se volvió hacia él.

—¿Y usted todavía dice que debemos estudiarlos, antes de empezar a actuar? ¿No comprende que si lo que dice es cierto, es precisamente ahora cuando con más ahínco debemos apartar esta retrógrada idea de su cabeza?

—¿Y si ellos no quieren nuestra intromisión?

—No sea estúpido, E-E-812. Nuestra misión es civilizarles. Sus ideas no cuentan para nada; sólo son unos salvajes.

Roni estuvo a punto de oponer que no le parecían ya tan salvajes como las apariencias querían dejar ver. Pero calló. Miró hacia el lugar donde yacía la fiera muerta.

—No son muy corrientes en este planeta —dijo—. Y son animales que van en solitario. No creo que ataquen de nuevo el poblado.

—¿Por qué lo dice?

—Creo que lo mejor será dejarlo aquí. Nadie se ha dado cuenta, o no ha querido darse cuenta, de lo sucedido. Sin embargo, mañana tendrán que enfrentarse con ello. Y decir algo al respecto.

—¿Y qué pretende conseguir con esto?

Roni miró al comandante. Usta siempre veía el lado práctico de las cosas. No, no estaba seguro de lo que intentaba conseguir todavía. Por

esto, se limitó a responder:

—Me ha dado dos días de margen libre para intentar demostrar, a mi modo, lo que existe realmente a nuestro alrededor. Hasta entonces, el trato es que puedo hacer lo que crea más conveniente. ¿No es esto, comandante?

Usta lo miró de un modo nada agradable, pero su respuesta no fue sarcástica. Se limitó a decir, casi en un tono de circunstancias:

—Bien, E-E-812; de acuerdo. Pero vaya de prisa. Recuerde que sólo le queda ya un día y medio de plazo. Y cuando termine, seré inflexible con usted.

VII

Ninguno de los doce hombres durmió el resto de la noche. Y Roni menos que ninguno.

Su mente estaba fija en una imagen, en la figura del animal, tendido frente a la entrada de una de las viviendas, muerto. Pensaba en los habitantes de aquel extraño pueblo, en sus costumbres y en su aparente miedo, su aversión, a todo lo que representara progreso, civilización.

«¿Y cómo sabes si somos ignorantes?», le había dicho Doa, allá arriba, sobre la roca de la vivienda.

Sintió la tentación de levantarse y hablar con Doa sobre aquello. La muchacha tampoco se había levantado ante el disparo, había permanecido durmiendo. Y ella, forzosamente, debía haberlo oído.

Rumió durante mucho tiempo aquella idea. Al final, decidió llevarla a la práctica. Se levantó, descorrió el cierre del petate climático, y se dirigió hacia el lugar donde se encontraba la muchacha, tendida en el suelo, enrollada en una piel que le servía al mismo tiempo de colchón y de manta.

—Doa —llamó—. Doa.

Ella no respondió; ni se movió siquiera. Roni se inclinó sobre ella.

—Doa —repitió.

Observó su rostro. Tenía los ojos cerrados, y su cara reflejaba una absoluta placidez. Una vaga insinuación de sonrisa vagaba por sus labios, como si estuviera soñando algo muy agradable.

—Doa —llamó; y la sacudió levemente.

Ella no hizo el menor asomo de despertar. Roni no supo si era la débil claridad azulada que llegaba del exterior, pero le pareció que el rostro de la muchacha estaba más pálido que de costumbre, con una palidez casi marmórea. La sacudió de nuevo, sin obtener el menor resultado.

Entonces tuvo un extraño presentimiento. Colocó una mano sobre su pecho, pero notó el calor de su cuerpo y el leve vaivén de su respiración. Se sintió aliviado.

—Doa —repitió. Y la sacudió con fuerza.

Hubiera querido elevar el tono de su voz, llamarla más fuerte, pero temía que los demás le oyeran. La sacudió de nuevo, casi con violencia, sin obtener el menor resultado. Un sueño muy profundo, pensó. ¿O algo más?

Sintió una extraña desazón. Regresó a la estancia que ocupaba, v se dirigió hacia el lugar donde se encontraban los utensilios de

Duarno. Abrió su maletín de emergencia, y buscó hasta encontrar lo que buscaba. Regresó al lugar donde dormía la muchacha. En su mano brillaba la finísima aguja de un estilete sonda.

Se inclinó sobre ella. Tenía miedo de lo que iba a hacer, pero al mismo tiempo algo le decía que debía hacerlo. Tomó el estilete, y lo hundió profundamente en uno de los brazos de la muchacha.

Cuando lo retiró, una fina gota de sangre apareció en el lugar de la herida. Pero la muchacha no dio la menor señal de vida.

Entonces comprendió porqué la muchacha no había oído el disparo, porqué ninguno de los del poblado habían oído el disparo Doa, con su aspecto externo de sueño profundo, se encontraba bajo la acción de un no menos profundo estado de catalepsia.

El tiempo transcurrió lentamente el resto de la larga noche de Carno; demasiado lentamente para el gusto de Roni. Cuando al fin el doble sol de Proción asomó por el horizonte —primero Proción I, el mayor, luego su compañero—, ya se encontraba en pie. Sabía que los hombres azules empezaban su jornada de actividad al amanecer. Y que no tardarían mucho en descubrir el cadáver del animal.

Aguardó en la cueva. No quería ir al encuentro de los salvajes; esperaría que, en su caso, ellos acudieran a él. Sabía que, tarde o temprano, lo harían. En uno u otro sentido.

Ross, el bioquímico, no tardó en reunirse con él. Se le veía ligeramente preocupado. Su mirada se posó en la entrada de la cueva.

—¿Qué cree que sucederá, Roni? —inquirió.

El aludido se encogió levemente de hombros.

—No lo sé —respondió—. Pero, ocurra lo que ocurra, será para nosotros de la máxima importancia. O mucho me temo, o al matar al animal hemos transgredido sus leyes.

—¿Sus leyes? —Ross lo observó con aire de sorpresa—. ¿Por qué lo dice?

Roni pensó en Doa, y en sus palabras de la noche anterior, sobre la cúpula de la roca.

—Sería muy largo de contar —dijo—. Pero estoy seguro de ello. Hay algo en estos hombres que no termino de concebir, pero que noto, que palpo casi, que sé que existe, aunque no sepa de momento lo que es ni dónde se encuentra. No sé lo que es, pero estoy seguro de que cuando logre hallarlo todo quedará claro a mis ojos.

Ross miraba fijamente hacia la entrada de la vivienda. Murmuró:

—A menudo he pensado, durante el viaje, que quizás haya algo en su organismo que los diferencia de nosotros. Algo en su cerebro quizás.

—Yo también he pensado en ello —afirmó Roni—, aunque no pueda hacer nada para confirmarlo. Para hacerlo necesitaríamos estudiar un salvaje, estudiarlo a fondo, hasta sus más mínimos rincones. Y no podemos hacerlo.

—Yo he pensado en Doa —apuntó Ross—. Ella es nuestra sirviente; quizás...

Roni negó con la cabeza.

—No lo creo —murmuró—. Además, los reglamentos de los Civilizadores prohíben experimentar con los nativos, al menos esta clase de experimentos.

—Pero tratándose de un caso como éste... —aventuró Ross.

En aquel momento, Doa salió de su estancia.

Se detuvo unos momentos en el pasillo, mirando a los dos hombres. Por una fracción de segundo sus ojos y los de Roni se cruzaron, como un ramalazo. La muchacha dio media vuelta, y se dirigió hacia la salida.

—¡Doa! —llamó Roni.

Ella se detuvo, y se dirigió hacia donde estaban ellos.

—¿Qué deseas?

Los ojos de Roni estaban fijos en ella, intentando estudiar hasta sus más íntimos pensamientos. Vio en el brazo desnudo de la muchacha una ligera marca, como la picadura de un mosquito. Indudablemente, a ella le debería doler; al menos le molestaría.

Sintió deseos de decírselo, de decirle que había averiguado una parte de su secreto. Pero comprendió que sería un tanto que dejaba escapar inútilmente de su mano. Prefirió atacar por otro lado.

—Esta noche un carnicero ha atacado la aldea —murmuró.

Ella no se inmutó. Con voz baja, casi en un susurro, Roni terminó la frase.

—Lo hemos matado —dijo.

El rostro de la muchacha permaneció inalterable. Sus ojos escrutaron los ojos de Roni por unos breves segundos. Luego murmuró:

—Sabías que no debíais hacerlo. ¿Por qué lo habéis matado?

—Iba a penetrar en una de vuestras viviendas. Hubiera matado a alguno de sus ocupantes. A varios quizás.

Usta se acercó, desde el fondo de su correspondiente estancia, sin duda atraído por las voces. Se dirigió a Roni:

—¿Qué sucede? —le preguntó en Solar.

Roni le comunicó en breves palabras lo que le había dicho a la muchacha y cuál había sido su respuesta. Ocultó a sabiendas lo del

estilete sonda. Doa, como si creyera que con aquello había terminado la parte que a ella correspondía de la conversación, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—¡Espera! —le gritó Roni. Y cuando ella se volvió de nuevo, comprendió que no tenía ya nada que decirle, nada que pudiera tener visos de convicción. Murmuró—: No, nada. Puedes irte.

Ella salió al exterior. Usta se volvió de nuevo hacia Roni:

—¿Por qué la ha dejado ir? ¿Por qué no ha terminado de preguntarle lo que le interesaba?

Roni se encogió brevemente de hombros.

—No lo sé —murmuró—. Tal vez una corazonada. Creo que, en realidad, no hubiera servido de nada.

El jefe de la tribu se encontraba en medio de la explanada, rodeado de algunos de los habitantes del poblado. Su cara era grave, casi hosca. Los doce hombres, de pie frente a él, permanecían silenciosos. Comprendían que se avecinaba algo importante para ellos.

—El *kjaa* —dijo el hombre azul— ha sido muerto por uno de vuestros bastones. Vosotros lo matasteis. ¿Por qué?

Los doce hombres permanecían silenciosos. El jefe, aunque hablaba en plural, se dirigía a Usta, en quien veía al jefe del grupo. Bart, el lingüista, contempló su fusil lumínico, su *bastón*. Sintió ganas de reír, pero comprendió que aquel no era el momento más apropiado. El rostro del jefe de los salvajes estaba serio, su ceño fruncido.

—El *kjaa* —dijo el comandante— acudía a atacar el poblado. Hubiera matado a alguno de tus hombres. Nosotros os protegimos, y lo matamos a él.

—¿Quién os pidió que lo hicierais?

Usta miró brevemente a Roni, pero éste no se movió en lo más mínimo. Recordaba que cuando había acudido Doa a buscarles, diciéndoles que el jefe de la tribu les aguardaba en mitad de la plaza central del poblado, el comandante había dicho:

—Para los hombres azules, yo soy el jefe. Yo llevaré por lo tanto la voz cantante. Que nadie diga nada si yo no se lo pregunto o se lo indico expresamente.

Ahora, Roni no movió ni un músculo. Casi junto al jefe de la tribu, aunque un poco más atrás, se encontraba Doa. Su mirada estaba fija en él, y Roni hubiera querido poder desentrañar su oculto significado, si es que tenía alguno.

—Nadie nos lo pidió —dijo Usta con altivez—. Pero nosotros lo hicimos. Consideramos que era un deber de humanidad.

—¿Y qué sabéis vosotros lo que es la humanidad? —murmuró el

jefe con un cierto desprecio.

Usta no respondió inmediatamente. Sus ojos estaban fijos en el jefe, pero los desvió unos instantes para estudiar a los demás que le rodeaban. Bestar pensó en una situación similar, en la expedición de los Exploradores. Estos habían sabido retirarse a tiempo, pero Usta no lo haría. Roni imaginó que el comandante estaba estudiando las fuerzas que tenían en torno suyo, por si debían emplear las armas, y rogó para que no sucediera nada de aquello. Al fin, Usta dijo:

—Nosotros queríamos ayudaros. Queremos ayudaros.

—No necesitamos ninguna ayuda vuestra.

La respuesta fue rápida, seca y tajante. Usta abrió la boca para responder, pero Roni actuó antes de que ningún sonido saliera de ella.

—No, comandante —le cortó, en Solar.

Usta volvió la vista hacia él. Pareció ignorar por unos momentos al jefe de los hombres azules, a todos los que le rodeaban, para cendrar su atención en su interlocutor. Respondió, también en Solar:

—¿Por qué no, E-E-812? ¿Acaso tiene miedo?

—Sé lo que iba a decir, y no tengo miedo —respondió Roni—. Pero considero que lo que va a hacer es una tontería.

—Usted fue quien propuso que dejáramos el cadáver del animal.

—Efectivamente. Pero no para llegar a esto.

—¿Entonces?

—Déjeme a mí el uso de la palabra. Creo que sé como salvar la situación.

El comandante desvió su vista alternativamente hacia los demás expedicionarios, como pidiendo un mudo consejo. Luego, retornó su mirada hacia el jefe de los indígenas, que permanecía inmóvil, como esperando a que los dos hombres terminaran entre sí de hablar, sin mostrar ningún signo de interés por su conversación. Se volvió de nuevo hacia Roni.

—Sé que pretendía averiguar algo con lo de dejar el cadáver del animal en medio del pueblo —dijo—. ¿Qué es ello?

—Déjeme hablar, y lo sabrá. Recuerde que todavía son mis dos días de plazo.

Usta sonrió irónicamente.

—No lo olvido, E-E-812. Está bien, usted gana. Hable.

Roni se volvió hacia el jefe, que seguía aguardando. Sabía lo que tenía que hacer y lo que tenía que decir. Tan solo aguardaba la respuesta apropiada.

—Al matar al *kjaa* —dijo—, parece que hemos transgredido vuestras leyes. Salvamos de la muerte a alguno de los miembros de

vuestro pueblo, pero parece que no nos lo agradecéis. ¿Acaso preferís la muerte a esto?

El jefe pareció no oír la pregunta. Inquirió, a su vez:

—¿Por qué matasteis al *kjaa*?

—Creímos que vosotros temíais a la muerte, y que así os ayudaríamos —replicó Roni rápidamente—. Pero parece que no es así, y que os hemos ofendido. Lo lamentamos. Nosotros queremos ser amigos vuestros, pero desconocemos vuestras costumbres. Necesitamos saber qué es lo que os place y qué lo que os desagrada. Si vuestro espíritu es contrario a la muerte de los *kjaa*, respetaremos a los *kjaa*. Y, si por omisión hemos faltado a las leyes de vuestro pueblo, os pedimos perdón; no tuvimos intención de hacerlo, y lo lamentamos.

El rostro del jefe no dejaba translucir ningún sentimiento, ninguna emoción. Murmuró:

—Decís todo esto, pero vuestro corazón es contrario a vuestras palabras. ¿Por qué mentís?

Roni recordó inmediatamente las palabras de Doa, en una ocasión similar. Notó algo extraño, pero no supo decir qué. Respondió inmediatamente :

—No mentimos, nuestros corazones son sinceros. ¿Tienes acaso alguna prueba de lo contrario?

El jefe dudó unos instantes, como si analizara la cuestión. Pareció vacilar sobre lo que tenía que decir. Al final, hizo una inclinación de cabeza.

—Sea —dijo—. Aceptaré como buenas vuestras palabras. Pero, si deseáis quedaros aquí, si deseáis seguir con nosotros, deberéis aceptar nuestras costumbres. En caso contrario, nos veremos obligados a rechazaros.

—Estamos de acuerdo con ello —la respuesta de Roni fue rápida—. ¿Qué es lo que debemos hacer?

—En primer lugar, abandonar vuestros extraños equipos. En segundo lugar, aceptar nuestra forma de vida y compartirla. Y en tercer lugar, no inmiscuiros en los asuntos que son de nuestra exclusiva jurisdicción. Hay una barrera que no podéis pasar, si no queréis incurrir en nuestra repulsión.

Roni inclinó la cabeza.

—Re acuerdo —dijo—. Aceptamos vuestras condiciones.

—¡Roni! —gritó Usta.

—¡Déjeme actuar, comandante! —gritó en Solar—. Todavía estoy dentro de mis dos días.

Y dirigiéndose de nuevo al jefe, siguió, en el lenguaje de los

hombres azules:

—Aceptamos vuestra proposición. Pero a cambio de algo. Para saber qué es lo que os desagrada, necesitamos conoceros mejor. Queremos conocer vuestras costumbres, vuestro modo de vida, todo lo que se relaciona con vosotros. A cambio de ello, a cambio de vuestra amistad, nos someteremos a vuestras leyes. Devolveremos nuestras cosas a nuestros pájaros, y ellos nos las guardarán. Y mientras estemos aquí, seremos doce más entre vosotros. ¿De acuerdo?

El jefe asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo.

—¿Y…?

El jefe no esperó a que Roni formulara la pregunta. Como si hubiera leído en su mente la interrogación, respondió rápidamente:

—A este respecto no debéis preocuparos. Doa responderá a todas vuestras preguntas.

Usta miraba furiosamente a Roni.

—¿Sabe lo que significa lo que ha hecho? ¿Sabe lo que les ha prometido a estos salvajes?

—Absolutamente, comandante. Simplemente, nos despojaremos para ellos de todos nuestros adelantos. Retiraremos todo nuestro equipo a las lanchas aéreas, y actuaremos como si sus costumbres fueran las nuestras.

—¡Pero esto nos situará en inferioridad de condiciones! ¡Estaremos indefensos ante ellos!

—Para estudiar algo hay que hacerlo en su mismo ambiente —dijo Roni con suavidad—. Si nos convertimos en uno más de ellos, no nos mirarán con recelo. Así nos abriremos paso más fácilmente hacía ellos, hacia su interior. Y descubriremos todos sus secretos.

—¿Pretende poder engañarlos con este ardid?

—¿Y por qué no? ¿No son acaso simples salvajes?

Usta se vio cogido por aquella frase. Murmuró algunas palabras en voz baja, muchas de ellas nada recomendables.

—Escuche, comandante —dijo Roni—. Para ellos, nosotros somos unos extraños cuyas intenciones desconocen. Nos observan con prevención. Si ven que nos acercamos a ellos, que nos ligamos a ellos, si logramos convencerlos de que lo único que queremos de ellos es su compañía, nos ganaremos su confianza. Y esto es lo más importante de momento.

Usta sonrió.

—¿Y cree que puede lograr esto en un día y medio?

Roni comprendió que el plazo era muy corto para lo que intentaba

hacer.

—No lo sé —respondió—. Pero sí al menos puedo decirle que espero conseguir algo concreto. Algo que aún no sé lo que es, pero que estoy seguro de que me servirá para demostrarle que soy yo quien está en lo cierto, y que antes de hacer nada es preciso estudiar a estos hombres hasta el máximo. Entonces, tal vez consiga que usted cambie de opinión ah respecto.

Usta miró fijamente a Roni, y durante unos instantes los ojos de los dos hombres se cruzaron como en un desafío. El comandante murmuró:

—Recibí en la Tierra órdenes concretas con respecto a usted, E-E-812. Desgraciadamente, ellas le dan una cierta libertad de acción de momento. Pero quiero advertirle una cosa. Haga lo que le parezca mejor durante estas cuarenta y ocho horas que le faltan para llegar al término del plazo que le he dado. Pero entonces, le prometo que va a saber cuál es el peso de mi autoridad. Y le prometo también que, cuando regresemos a la Tierra, voy a hacer que le efectúen un juicio sumarísimo por desacato continuo a mi autoridad, y que conseguiré que lo destinen para el resto de su vida a las minas de Mercurio. Se lo prometo, E-E-812. ¿Ha comprendido?

Roni asintió con la cabeza. Sabía que Usta no amenazaba en balde, y que a la menor ocasión que tuviera haría lo que había amenazado. Sonrió ligeramente.

—He comprendido, comandante —repuso.

A Roni no le gustaba en absoluto el modo de ser de Usta. Comprendía que el comandante era un típico producto de la Expansión Solar. Cuando empezaron a explorarse las estrellas, aparecieron en los grupos de Exploradores una serie de jefes de expedición con una idea muy limitada, muy terrestre, de lo que iba a ser su misión. El hecho de que eran ellos quienes iban a los otros planetas, y no los otros planetas a ellos, les hacía creer que eran infinitamente superiores a los habitantes de los mundos que visitaban. En parte, su razonamiento era lógico. Si una civilización más avanzada que la suya, decían, habitaba aquel planeta, por fuerza tenía que haberse iniciado también en los secretos espaciales, y hubieran realizado vuelos de exploración a través del universo. Y, lógicamente, la Tierra hubiera sido objeto de alguno de estos vuelos. La experiencia había demostrado hasta entonces que, en todos los casos de mundos habitados que se habían encontrado, la realidad había confirmado que la teoría era cierta. La Expansión Solar encontró dieciséis planetas

habitados en los sistemas más próximos al suyo. Y en todos ellos la civilización que lo ocupaba era mucho más joven que la terrestre. Los hombres se dieron a sí mismos por esto el Título de Maestros, y se creyeron en la obligación de enseñar a aquellas otras razas lo que ellos ya sabían.

En otros planetas habían encontrado también restos de civilizaciones perdidas; en unos, ruinas que indicaban que allí había habido vida, pero que, por alguna causa difícil de determinar, ésta había desaparecido. En otros encontraron huellas del paso de una civilización extraña a aquel planeta, lo que demostraba también que había en el universo alguna otra raza al menos tan adelantada o más que la terrestre. ¿Por qué los hombres no habían tenido nunca noticias de ella o ellas? Los terrestres no lo sabían. Y, en su afán de encontrar más huellas indicadoras, siguieron explorando planetas.

La mentalidad de Usta era la mentalidad típica del comandante Civilizador estelar. El hecho de ser un Omega, clase privilegiada en la Tierra, le hacía creerse infalible, con capacidad para tomar decisiones propias, por sobre lo que los demás pudieran opinar. Consideraba a las razas estelares como discípulos de la terrestre, y como tales las trataba. Ellos, los Solares, hacían un generoso acto de humanidad yendo a mostrar su civilización a aquellas gentes sin cultura. No importaba que luego, una vez civilizado el planeta, viniera la Colonización, y los terrestres se hicieran dueños legalmente de lo que pertenecía a las otras razas, sojuzgando a éstas como a unos bárbaros que se deben vigilar constantemente para que no se revuelvan contra sus bienhechores. Esto no importaba. Los terrestres eran sólo unos seres desinteresados, magnánimos, que se rebajaban a perder el tiempo enseñando a aquellas pobres gentes sin cultura lo que ellos sabían y los otros ignoraban, en un acto de suprema bondad.

Y sin embargo, existía algo más. Siempre existía algo más.

Roni lo comprendía así. Su mentalidad era distinta de la de Mundos Exteriores. El había sido siempre un experimentador. Su misión directa no era la acción, sino la investigación. Creía que antes de hacerse algo se debía siempre estudiar detalladamente, para luego trazar el mejor camino a seguir. Y el único modo en que esto podía hacerse era trabajando directamente sobre el terreno de experimentación.

Mundos Exteriores, sin embargo, parecía no opinar así. Para ellos la exploración estelar era algo que variaba entre una diversión y un negocio. Mostraba a la superpoblada Tierra nuevos horizontes, nuevas vías de escape, al tiempo que le presentaba nuevas riquezas que

tomar. Los planetas exteriores siempre eran ricos en elementos de toda especie. Y la Tierra sabía aprovecharse, de una forma a todas luces legal, de estas riquezas.

Los hombres azules, sin embargo, habían sido para Mundos Exteriores la primera horma de su zapato. El informe de los Exploradores les había convencido de que, al menos en aquel caso, era preciso obrar con prudencia. Pero entonces, ¿por qué habían designado a un hombre como Usta para el mando de la expedición?

Roni creía conocer la respuesta. La Tierra no rechazaba que el planeta de los hombres azules era algo distinto a lo que habían encontrado hasta entonces. Pero también sabían por los Exploradores que Carno albergaba en su casi desierta superficie numerosas riquezas. Pese a ser un planeta viejo en edad, más viejo que la Tierra, nunca había sido explotado. Su interior estaba repleto de minerales útiles para la Tierra, minerales que se estaban agotando ya en las exhaustas minas del planeta madre, y que eran estrictamente necesarios para el Imperio Solar. Por esto, junto a una misión técnica, enviaron, en la figura del comandante, una misión práctica.

Pero Usta había empezado a desempeñar su misión demasiado pronto. ¿Y cuáles podían ser así las consecuencias?

Roni sabía que existía algo en el seno de aquel extraño pueblo que lo hacía profundamente distinto, fundamentalmente distinto a todos los demás que habían conocido. Había dicho en una ocasión a Soll, el arqueólogo:

—Estos hombres azules me recuerdan en parte al antiguo Egipto de la Tierra. Ellos también, en su época, alcanzaron una cultura extraordinaria, en un tiempo en que el resto del mundo estaba sumido aún en la barbarie. América del Norte apenas comenzaba su prehistoria, cuando en la misma América del Sur florecía una cultura casi inimaginable. Los chinos inventaron cosas tan asombrosas como la pólvora cuando aún en otros lugares se fabricaban espadas de cobre, va que no se conocía ningún otro metal más duro. ¿Qué quiere indicar todo esto? Que hay algo dentro del hombre en conjunto, dentro incluso de un pueblo determinado, que lo diferencia tácitamente de todos los demás. En Centauro fue su extraordinaria capacidad para los trabajos manuales. En Sirio, su retentiva para las matemáticas. En Proción… ¿qué es lo que será en Proción?

—¿Lo sabe? —había preguntado Soll.

Roni se vio obligado a negar con la cabeza.

No, no lo sabía. Era algo cuya existencia se notaba, algo real, pero que era al mismo tiempo algo inmaterial, impalpable. Algo que

escapaba de toda percepción.

Algo que, indudablemente, era alguna cualidad mental…

VIII

Aquella tarde los doce hombres llevaron todos sus equipos al lugar donde habían dejado las lanchas aéreas. Solamente dejaron en su vivienda del poblado un aparato transmisor para comunicar su informe diario a la grabadora automática del crucero, y sus petates climáticos, amén de sus trajes correspondientes.

Así llegó el atardecer. Los crepúsculos eran una de las mayores bellezas del planeta, y se producían en un lapso de un par de horas: primero el ocultamiento del sol menor, iluminado todavía por su compañero. Luego, la puesto del segundo en el horizonte...

Roni esperaba aquel momento. Había hablado con Ross respecto a su conversación de aquella misma mañana. Tenía la creencia de que quizás Doa iba a ayudarles en aquel sentido. Primero intentaría una conversación directa, que le arrojara un poco de luz sobre lo que deseaba saber. Luego, si aquello fallaba, intentaría como último recurso el método del *staal*. Era su último recurso. Nunca basta entonces, en las veces que había sido empleado, había fallado, y esperaba que tampoco iba a fallarle ahora.

Aunque Roni se había sentido siempre poco dispuesto a emplear aquel sistema. En el fondo, no era legal, no era honrado. El *staal*, sacado de unas algas marcianas, era una sustancia que tenía la virtud de anular por completo la voluntad del individuo a quien era inoculada, convirtiéndole en un juguete a manos del experimentador. En el Imperio Solar su uso había sido declarado ilegal sin autorización oficial previa! Se empleaba únicamente en casos oficiales importantes, y como detector de mentiras. Con su inoculación podía obligarse a que el sujeto sobre el que se efectuaba la prueba dijera toda la verdad, por sobre sus deseos personales. Sin embargo, tenía el peligro de que pudiera afectar el sistema nervioso del paciente inoculado, produciéndole lesiones importantes y aún incluso destruyéndole completamente parte de su cerebro.

Sin embargo, Roni tenía ya poco tiempo. Y estaba dispuesto a llegar al último extremo para conseguir lo que buscaba.

Había resumido en una tablilla de apuntes, en pocas palabras, lo que habían conseguido saber, entre lo más importante, de los hombres azules. En realidad era bien poco, y bastante deshilvanado entre sí. En resumen, era lo siguiente:

Primero: los hombres azules odiaban todo lo que representaba civilización, progreso. Los motivos, los desconocían. Sin embargo, sabían que lo consideraban como una forma del Mal, quizás la forma

más importante.

Segundo: los hombres azules eran fatalistas. Para ellos la idea de la muerte parecía ser algo inevitable, y no se molestaban en prevenirla. Incluso parecía que la buscaran con placer. «Ven, oh muerte tan amada...»

Tercero: los hombres azules no tenían nombre. Era algo realmente extraño, pero que había sido comprobado. Sin embargo, posteriormente, Roni parecía haber encontrado una posible casi-explicación. Porque...

Cuarto: los hombres azules parecían no hablar nunca entre sí. Eran enteramente individualistas, independientes. Vivían reunidos, al parecer no por el hecho normal de tener compañía, sino por el simple hecho de la subsistencia. La ceremonia de la repartición de la comida parecía ser el único acto social de los hombres azules, y aún se desarrollaba en silencio. Las únicas palabras que Roni había escuchado de boca de alguno habían sido dirigidas a él o a alguno de sus compañeros.

Y quinto: los hombres azules, sin embargo, y pese a todo lo anterior, parecían estar en posesión de una ciencia desconocida, una ciencia extrasensorial, que parecía bastarles para su vida. Algo que escapaba de la percepción de los limitados sentidos, de los terrestres, pero cuya existencia podía comprobarse fácilmente.

Aquel era el punto más importante de lo que hablan conseguido saber. Roni sabía que, cuando pudiera determinar con exactitud la naturaleza de aquel último punto, tendría en su mano la solución de todo lo demás. ¿Telepatía? Roni aceptaba en parte aquella idea, aunque no terminaba de satisfacerle completamente; dejaba muchas cosas aún colgadas en el aire. ¿Un reino mental acaso? Pero un reino mental necesita tener un origen, unas causas. ¿Cuáles podían ser en este caso éstas?

Roni pensaba en las viviendas de los hombres azules. Arto había afirmado que habían sido construidas por manos humanas, y no podía dudarse de su palabra. Pero aquello no parecía encajar con todo lo demás. La construcción de unas viviendas como aquellas necesitaba de un cierto grado de civilización, de la que los salvajes andaban completamente escasos. Y un reino mental excluía aquella posibilidad. Unos hombres mentales no necesitan abrigos ni ropas para cubrir sus cuerpos. La mente domina al cuerpo; éste no necesita nada más.

Roni sabía de todos modos que ahora tenía una justificación para poder preguntar libremente a Doa respecto a muchos de aquellos extremos. Su acción de aquella mañana le había reportado indudables

frutos. Por un lado, había conseguido centrar su teoría respecto al fatalismo de los hombres azules, descubriendo de paso lo referente a la catalepsia de los salvajes durante su sueño. Y por otra parte, le había permitido encontrar un pretexto para investigar libremente.

Roni sabía que todavía conocía muy poco referente a los hombres azules. Pero esperaba descubrir grandes cosas a partir de aquel momento.

Lo que Roni no sabía era que muchas de aquellas cosas no iban a ser, ni con mucho, nada agradables.

El crepúsculo se avecinaba en el planeta, y Proción Mayor rozaba ya el horizonte, cuando Roni contempló cómo la muchacha abandonaba el poblado, dirigiéndose hacia el río. Se encontraba éste a poca distancia de las últimas cúpulas de piedra, y en aquel lugar formaba como un remanso, orillado por una pequeña playa. Roni dejó que la muchacha se adelantara unos cientos de metros, y luego se levantó él a su vez, siguiéndola.

Así llegó hasta la orilla del río. La muchacha se había detenido en la pequeña playa, y se había vuelto hacia donde él se acercaba. Al verle, sonrió.

—Hola —hijo simplemente.

Roni se acercó hasta donde se encontraba ella. Se detuvo a pocos pasos. Sus ojos se posaron en los increíblemente azules ojos de la muchacha. Sintió como si algo extraño le horadara el pecho, y notó una extraña turbación.

—Hola —respondió.

—¿Qué es lo que quieres?

Roni tuvo una especie de inspiración. Parecía, se dijo, como si la muchacha supiera desde un principio que él pensaba seguirla. Es más, parecía incluso que ella había ido hasta allí precisamente porque sabía que él la seguiría. Dijo:

—¿Acaso tú no lo sabes?

Ella procedió a desatar la liana que sujetaba la única piel que formaba su vestido.

—No —dijo—. He venido aquí a bañarme.

Se quitó la piel sin ningún pudor, y la arrojó a un lado.

—Y si no tienes inconveniente —dijo—, voy a hacerlo.

Roni tuvo el vislumbre de un cuerpo perfecto antes de que Doa diera media vuelta y se metiera en el agua. La siguió con la visita, mientras ella nadaba en la limpia agua del río, y pensó que era una muchacha encantadora, aunque fuera un salvaje.

Se detuvo en este punto de sus pensamientos. Una salvaje. *Una*

salvaje. Parecía como si él también quisiera admitir los puntos de vista de Usta y del Imperio Solar. Una salvaje. Era preciso que apartara aquella idea de su mente.

Se sentó en la arena y tomó la piel que hasta hacía unos instantes había cubierto el cuerpo de Doa. Pertenecía a una especie de animales que los salvajes llamaban *shoo* o algo parecido. Eran herbívoros, más o menos del tamaño de un pony terrestre y dotados de orejas córneas. Eran muy abundantes en el planeta, y su carne era también apreciada como alimento. Roni contempló el grueso cuero de la piel, que aún conservaba parte del calor del cuerpo de la muchacha, y se preguntó si la madera con que los salvajes hacían sus toscas lanzas y cuchillos sería tan resistente como para cortarla. Contempló los agujeros que servían de ojales para el ligado de la liana, hechos con las puntas de las lanzas, y se dijo que no obstante todo lo demás, los hombres azules estaban en posesión de una cierta industria. Sabían desenvolverse bien en su mundo, sin nada más que los tres medios más indispensables aceptados a la civilización: el fuego para calentarse, el vestido para cubrirse, y las armas para alimentarse.

La muchacha salió del agua sacudiéndose, y se acercó. Roni le tendió la piel, y tuvo que desviar la visita ante la proximidad de su cuerpo. Don se vistió de nuevo, y luego se sentó a su lado.

—¿Deseabas hablarme? —dijo suavemente.

Roni volvió sus ojos hacia ella. El rostro de la muchacha estaba muy cerca del suyo; podía ver su propio rostro reflejado en las pupilas de los ojos de Doa. Y se dijo que aquello podía llegar a ser peligroso. Uno de los artículos principales del reglamento de Mundos Exteriores rezaba que quedaba prohibido cualquier clase de contacto corporal con los habitantes de los mundos explorados o civilizados, a no mediar autorización especial.

La muchacha rió suavemente, y Roni tuvo la impresión de que había adivinado sus pensamientos. El crepúsculo se estaba iniciando ya; Proción I había desaparecido tras el horizonte, y su compañero seguía, a la zaga, su camino. Roni se apresuró a iniciar la Conversación que le interesaba.

—Si —dijo—; deseaba hablarte. Respecto a lo que convinimos con el jefe.

La sonrisa de la muchacha, que tanto podía significar inocencia como burla, seguía floreciendo en su rostro. Murmuró:

—Estoy dispuesta a informarte de todo lo desees saber respecto a nuestro pueblo. Siempre que prometas que no harás uso de ello para ningún mal fin.

—¿Qué mal fin puedo yo pretender?

Ella abandonó su sonrisa.

—Tal vez ninguno —dijo—. O quizás varios. Todo depende de lo que entiendas tú por mal, y de lo que entendamos nosotros.

De nuevo el peculiar sentido del bien y el mal de los hombres azules, pensó Roni. Pero la cosa parecía que iba bien. Empezaba a sentirse un poco seguro de sí mismo.

—Parece —dijo—, que nuestro... llamémosle acto de matar al *kjaa* que merodeaba anoche por el poblado no fue bien acogido. Parece, también, que vosotros consideráis cualquier muestra de algo que pueda facilitaros la vida y traeros un poco de progreso como un mal congénito. ¿Por qué?

La muchacha fijó su vista en el agua que corría frente a ellos. Roni, instintivamente, siguió su mirada.

—Son unas cuestiones muy directas —dijo—. ¿Cuál es la diferencia entre el bien y el mal? ¿Podrías tú decirme acaso algo que sea universalmente bueno, o que sea universalmente malo?

Roni frunció el entrecejo, desconcertado.

—No te comprendo.

—Lo suponía. Para vosotros hay un cierto número de cosas, un número determinado, que están bien. Y otro número que están mal. ¿Pero acaso sabéis si estas cosas que están bien o están mal son realmente buenas o malas? ¿0 es que acaso lo son simplemente porque vosotros las habéis considerado así?

—Entiendo donde quieres ir a parar. ¿Quieres decir que lo que es bueno para una persona puede ser malo para otra distinta?.

—¿Acaso puedes demostrarme lo contrario?

—No, claro. Sin embargo, esto es algo...

No sé cómo decirte, algo que...

—Algo que parece fuera de lugar que intente discutirte yo, ¿verdad? Soy una mujer, y encima de todo ello, joven. Desearías que quien te dijera estas palabras fuera alguna otra persona. El jefe del poblado, por ejemplo.

—En cierto modo, sí. Pero...

—No es necesario que lo digas; lo comprendo también. Parece como si para vosotros hubiera un cierto número de cosas que parecen estar vedadas para cierto número de personas. ¿Por qué?

Roni movió la cabeza.

—No es sobre esto sobre lo que quería hablar —dijo—. Hay otras cosas más importantes que discutir. Por ejemplo: ¿cuál es el motivo de que odiéis todo lo que pueda significar civilización, progreso?

Ella sonrió. No dijo nada; se limitó a sonreír. Sus ojos se posaron de nuevo en la cristalina agua del río.

Entonces ocurrió el temblor.

IX

Roni no se hubiera esperado nunca aquello. Su mirada estaba fija en la mirada de la muchacha, observando atentamente sus reacciones. Por eso, el repentino temblor de tierras le causó una sacudida interna que le hizo saltar.

—¿Qué ha sido eso?

La muchacha permanecía inmóvil, sonriendo, con los ojos fijos en el agua, como si no se hubiera apercibido de aquello… o no quisiera apercibirse. El fenómeno había durado tan solo unos segundos. Luego, de nuevo había renacido la calma.

—¿Qué ha sido?

Doa no contestó. Roni volvió su vista hacia el poblado. Parecía el preludio de algo más fuerte; el primer temblor de tierra precursor de un terremoto quizás.

Repentinamente olvidó a Doa. Olvidó a la muchacha, y la conversación que sostenían. Sin preocuparse de si le seguía o no, si. permanecía alerta o indiferente a sus movimientos, dio media vuelta y echó a correr de regreso al poblado.

Allí, en la puerta de su vivienda, se encontraban diez de los expedicionarios. Roni se acercó rápidamente a ellos. Podía ver que en sus caras se pintaba un sentimiento mezcla de alarma e interés. Se acercó al grupo, preguntando más con la mirada que con las palabras.

—¿Qué ha sido?

Arto miraba fijamente hacia arriba, hacia el cielo. Murmuró :

—Un temblor de tierras.

—Esto ya lo sé. Pero, ¿qué?

Arto volvió la vista hacia Roni.

—No puedo decirle más. Un temblor de tierras puede ir acompañado de otro temblor de tierras o presentarse aislado. Podría ser el principio de un terremoto. O podría ser una falsa alarma.

En aquel momento se produjo la segunda sacudida. Fue algo más intensa que la primera y más larga. Los once hombres notaron claramente la vibración del terreno bajo sus pies. Duró un par de minutos. Luego renació la calma.

—¿Algún seísmo distante? —preguntó Van-D.

Arito negó con la cabeza.

—No hubiéramos notado nada sin el auxilio de aparatos. No, ha de ser aquí cerca. Me hubiera gustado tener aquí mi sismógrafo.

Usta miró significativamente a Roni, pero éste no hizo ningún Caso. A su alrededor no se veía absolutamente a nadie.

—Parece que los indígenas no le dan demasiada importancia a la cosa —murmuró Soll—. Diríase que están habituados a ello.

—O que se inhiben —objetó Bestar—. Los Exploradores no indicaron nada a este respecto. Los terremotos son cosa nueva.

—Bien —intervino Duarno—. ¿Qué hacemos?

Usta movió la cabeza dubitativamente.

—Nada. No podemos hacer nada. Es una cosa que no nos afecta; sus consecuencias no son apreciables. Sin ellas, nada podemos hacer.

Pero sí había consecuencias. Woos, el único que faltaba del grupo, llegó corriendo por entre las viviendas, acercándose a los demás a toda velocidad.

—¡Pronto! —gritó, cuando aún le faltaban unos metros para alcanzar la altura de los demás—. ¡Hay fuego en el bosque inmediato!

—¡¿Qué?!

Arto se adelantó unos pasos. El astrofísico señaló hacia el Este.

—¡Allí! ¡Parece como si se hubiera prendido fuego en un sector del bosque! ¡Se ven llamas y un resplandor rojizo por aquel lado!

Los doce hombres echaron a correr hacia la cúpula de roca más cercana, y se encaramaron a ella. Desde allí, además de dominarse gran parte del poblado, se veía también parte del paisaje circundante. Los doce hombres no tardaron en apreciar, hacia el lugar señalado por Woos, los indicios del siniestro.

—Parece como si ardiera una buena parte del bosque —indicó Besiar—. Las llamas son muy elevadas.

Allí, frente a ellos, un resplandor rojizo indicaba la ubicación del lugar del suceso. Una buena parte de los árboles ardían, y el fuego se extendía hacia los cuatro costados.

—¡Pronto, debemos hacer algo! —gritó el comandante—. ¡Vamos a las lanchas!

—¡Un momento! —cortó Roni—. ¡No podemos hacerlo!

—¿Por qué?

Roni pensó en lo del *kjaa*, y en lo que sucedería si intervenían de nuevo.

—El peligro no es inmediato —dijo—. El bosque queda cortado; el fuego no llegará hasta aquí.

—¡Ya lo sé, condenación! ¡Pero sí llegarán los moradores habituales del bosque! ¡Los animales pueden causar una catástrofe en el poblado!

—¡Pero si actuamos iremos contra las leyes de los hombres azules! ¡Es faltar al trato que convinimos!

—¡Váyase al diablo con su trato! ¡Es una situación de emergencia!

—¡Un momento, comandante! —gritó Roni. No sabía por qué, pero le parecía que aquello iba a traer consecuencias desagradables—. ¡No podemos inmiscuirnos en los asuntos de los hombres azules!

—¡Váyase al diablo! ¡Yo soy quien manda aquí, no lo olvide, y no pienso hacer caso de sus estúpidas premoniciones!

—¿Y qué sucederá luego?

—¡No me importa! Lo inmediato es cortar el fuego y evitar una estampida que pueda causar algún daño al poblado. Luego ya veremos.

Roni comprendió que no podía hacer nada.

En cierto modo, su espíritu se encontraba dividido. Por un lado, sabía que lo que Usta quería hacer iba contra las leyes de los hombres azules. Y por el otro, comprendía que no podían tampoco cruzarse de brazos. Tal vez fuera contra las leyes de los habitantes del planeta, pero era un deber de humanidad. Se encontraban ante una situación sin salida.

—¡Vamos! —gruñó el comandante—. ¡Síganme! ¡Usted también, E-E-812!

Roni comprendió que nada podía hacer. Se resignó. Como había dicho el comandante, luego, a la hora de afrontar las consecuencias, ya verían lo más conveniente. Ahora lo importante era actuar.

Descendieron de la vivienda, y se encaminaron hacia donde habían dejado las lanchas aéreas. Por el camino, el comandante ordenó:

—¡Roni, usted y yo haremos frente al fuego! ¡Usted, Bestar, con la otra lancha, impedirá que ningún animal se acerque demasiado al poblado! ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Llegaron al lugar donde se encontraban las lanchas, protegidas de los animales por un círculo de energía, y subieron a ellas. Los aparatos llevaban cohetes extintores, usados para poder apagar en cualquier circunstancia desde el aire cualquier tipo de fuego. En aquellos momentos iban a serles muy útiles.

Se remontaron. Visto desde el aire, completamente desierto, el poblado tenía un aspecto casi fantasmagórico. Roni se preguntó dónde se habrían metido sus habitantes, y porqué, pero en seguida tuvo que desviar su atención hacia el fuego. El rápido crepúsculo final se había ya iniciado, y el cielo presentaba un tono gris oscuro que apenas esparcía luz. Las llamas rojizas del incendio iluminaban el poblado desde un lado, dándole contrastes rojizos de color.

La selva mostraba una actividad inusitada. Los árboles se agitaban constantemente por el paso de numerosos animales. Desde el aire, se podía ver claramente la magnitud y extensión del siniestro. Un área de

un kilómetro cuadrado casi de bosque estaba presa por el fuego. El cambiante viento hacía que el siniestro se propagara rápidamente y en todas direcciones. Era preciso actuar con rapidez si querían cortar de lleno la catástrofe.

—¡Use los cohetes, E-E-812! —oyó la voz de Usta a través del interfono del aparato—. ¡A discreción!

Roni hizo picar la lancha, dirigiéndola a los extremos del fuego. Sabía que actuando sobre aquellos extremos tan solo, el centro terminaría apagándose por sí mismo. Dejó escapar una andanada de cohetes que, saliendo casi paralelos al suelo, rociaron una buena porción de terreno de activa espuma extintora. Allí donde tocó ésta, el fuego se apagó instantáneamente.

Procedieron a aquella operación durante unos cinco minutos, arrojando andanadas de fres cohetes a razón de andanada cada medio minuto. Volaban en círculo, trazando un anillo en medio del fuego. Cuando tuvieron cercado el núcleo del incendio con un círculo donde el fuego se había apagado, el peligro quedó reducido a los rescoldos y focos aislados. A través del interfono le llegó a Roni la voz del comandante:

—¿Cuántos cohetes le quedan, E-E-812?

Roni consultó brevemente el indicador.

—Catorce, comandante —indicó.

—Está bien; dedíquese entonces a apagar usted solo los focos aislados. Yo voy a ayudar a Restar.

Roni vio como la lancha que pilotaba Usta se ladeaba, regresando hacia el poblado. La ignoró rápidamente, y se dedicó a lanzar andanadas de uno y dos cohetes a los focos rebeldes y a. los rescoldos, terminando de apagar el poco fuego que aún podía ser capaz de recrudecer el incendio.

No tuvo mucho trabajo. Pronto quedó tan solo el núcleo central del fuego, que ya no podía extenderse por ningún lado. Era un núcleo que seguiría ardiendo durante algunas horas, consumiéndose a sí mismo, hasta que terminaría apagándose por sí solo. Ya no constituía un peligro; no era ya necesario ocuparse más de él.

—Regreso —dijo por el interfono, más para sí mismo que para los que pudieran estar escuchándole.

Hizo virar el aparato, y lo llevó de regreso al poblado. A través del micrófono inquirió:

—¿Cómo ha ido por ahí, Restar?

Evitó, a conciencia, preguntarle al comandante. La voz del sicólogo le respondió desde su lancha:

—Bastante bien. Era una verdadera estampida, pero la hemos desviado con unas cuantas andanadas de rayos. Tan sólo algunos pocos animales habrán podido alcanzar el poblado. No creo que hayan podido hacer mucho daño allá.

Mucho daño. Roni quedó pensativo. La rapidez con que había ocurrido todo le había impedido pensar en el problema en toda su magnitud. Los indígenas no sólo no querían ninguna ayuda; consideraban un mal que se les favoreciera en ningún concepto, ni siquiera salvándoles la vida. No lo comprendían, pero así era. Y ahora, ellos, una vez más, les habían ayudado. ¿Cómo iban a responder a aquella ayuda?

Las tres lanchas regresaron al lugar de donde habían partido, tomando suavemente tierra, y sus ocupantes saltaron al suelo. Roni se acercó a Usta.

—¿Qué va a suceder ahora, comandante? Mejor dicho, ¿qué es lo que les habrá sucedido a los que se han quedado en el poblado?

Usta no contestó. Dirigió una mirada furiosa a Roni, cogió su fusil, y echó a andar hacia el poblado.

Y Roni creyó que el act0 de haber empuñado tan firmemente su rifle lo decía todo. Tomó también el suyo, y lo asió fuertemente, aunque con una clase distinta de fuerza. Observó durante unos instantes a Restar, que le había imitado, y luego echó a andar en seguimiento de Usta, hacia el poblado.

X

Exceptuando ellos tres, los demás habían regresado a la entrada del poblado, armados de sus rifles, a fin de impedir que los pocos animales que pudieran escapar del ataque de las lanchas aéreas pudieran penetrar impunemente en el poblado.

La estampida había sido en su totalidad desviada, encauzándola hacia una línea paralela a la corriente del río, lateralmente al área que ocupaba el poblado. Las lanchas aéreas habían hecho su misión desviando a los animales, y los rifles lumínicos se habían encargado de los pocos que se habían separado de los demás, dirigiéndose hacia el poblado de los hombres azules. Varias decenas de animales muertos, de distinta especie y tamaño, yacían ahora en los alrededores de las primeras cúpulas de piedra. La estampida había sido totalmente inutilizada.

Cuando se acercaron al poblado, vieron a los nueve hombres que habían quedado guardando las cúpulas, establecidos en línea frente a las primeras cuevas, con los fusiles preparados, a pesar de que ya todo había cesado. Usta les hizo una seña de que ya podían deponer las armas, pues el peligro estaba conjurado.

—¿Cómo han ido las cosas en las lanchas? —preguntó Alna, el técnico mecánico.

Usta replicó que no podían haber esperado mejor resultado. Las cosas habían ido perfectamente.

—¿Y los hombres azules? —inquirió Roni.

Alna, por toda respuesta, se encogió de hombros. A su alrededor, el silencio y la quietud del poblado eran completos. Todo aparecía a sus ojos callado, como muerto. No se veía el menor asomo de ningún hombre azul.

—Tal vez estén durmiendo —murmuró Losti, con cierto fono irónico en la voz—. Aunque no creo que estos sean precisamente momentos de dormir.

Roni no respondió. En su memoria, por una de estas extrañas circunstancias de la mente, a pesar de no prestarle demasiada atención, habían quedado profundamente grabadas las imágenes de las escenas subsiguientes al temblor. Era ya el anochecer, y el pueblo de los hombres azules estaba sumido en una quietud casi completa. Los hombres azules se iban retirando a sus cuevas, aunque aún no para dormir, a pesar de que los hombres azules dormían muchas horas. Doa, después de su baño, había quedado en el río, tras él. No se había preocupado más de ella, ni la había visto tampoco, después de

reunirse con los demás. ¿Dónde se encontraría ahora? ¿Y dónde se encontrarían el resto de los hombres azules? Desde que se dieran cuenta del fuego, no habían visto —ahora lo recordaba claramente, como si lo viera en un film retrospectivo—, ningún salvaje. ¿Qué podía significar aquello?

Penetraron en el poblado, lentamente, mirando sin cesar a su alrededor, en espera de hallar algún signo de vida. No se veía el menor atisbo de movimiento, como si todo hubiera sido abandonado.

Usta pareció recoger aquella idea, y darle forma.

—¿Habrán evacuado las cuevas? —murmuró—. Tal vez hayan sentido miedo y se hayan dirigido hacia el río para sentirse más seguros.

Roni podía haber opuesto varias ideas a aquellas palabras, pero prefirió no hacerlo. Empezaba a vislumbrar algo, como una luz remota, que hubiera aparecido en lo más profundo de su mente, marcándole el camino hacia una solución. Los hombres azules, con su modo peculiar de actuar ante las circunstancias, parecían descorrer un poco el velo de su secreto.

Recorrieron el camino entre las cuevas, y llegaron a la plazoleta central. Tampoco había nadie allí. Dentro de las cuevas, reverberaba la débil claridad de los fuegos. Aquel era el único signo de vida que podía apreciarse.

—Parece como si todo el poblado hubiera muerto de repente —murmuró Duarno—. Parece un espectáculo macabro.

Roni tampoco respondió a aquello. Una idea se fijó en su cerebro, y se dijo que debía comprobarla. Con paso decidido, se dirigió hacia la cúpula que les había sido asignada como vivienda. Los demás, casi inconscientemente, siguieron sus pasos.

Roni penetró decidido en la cueva. La primera de las tres estancias en que estaba dividida interiormente era la que había sido asignada a Doa. Roni entró en ella, y se detuvo casi en su misma entrada.

Porque allí, tendida en el suelo, con la piel que le servía de manta arrollada a su cuerpo, se encontraba Doa. Su rostro, más blanco que de costumbre, reflejaba una placidez absoluta.

—¡Je! —hizo Usta, deteniéndose junto a Roni, como si la cosa la causara risa—. Nadie podría afirmar que acaban de correr un gran peligro. No creo que ésta fuera la mejor ocasión para retirarse a descansar, como si nada sucediera.

Avanzó unos pasos hacia la muchacha, y Roni lo sujetó rápidamente por un brazo.

—¿Qué va a hacer?

—Despertarla, por supuesto. ¿Por qué?

Roni movió la cabeza negativamente.

—No conseguirá nada —dijo—. No podrá despertarla, porque no está dormida.

Usta dirigió una fugaz mirada hacia la muchacha.

—¿Quiere decir que está… que está muerta?

—Tampoco. Se encuentra sumida en un profundo estado de catalepsia. No conseguirá nada intentando hacerla volver en sí. No lo conseguirá, por más que lo intente.

Usta quedó unos instantes perplejo. Paseó su vista alrededor, sin acertar a decir nada. Murmuró, como si no acabara de asimilar la idea:

—¿Quiere decir entonces que… que no se encuentra en su estado normal? ¿Qué…?

Se interrumpió, sin saber cómo seguir. Roni no respondió. Todavía le faltaba hacer algo para comprobar su idea. Se dirigió hacia el exterior.

—¡Espere, E-E-812! —gritó el comandante—. ¡Explíqueme…!

—Luego —dijo Roni, sin dejar de andar—. Ahora todavía debo hacer algo.

Salió al exterior, y se dirigió hacia la cúpula más cercana a la suya. Penetró en la cueva, y se dirigió rectamente a la primera estancia.

Dentro de ella había cinco seres azules: tres hombres y dos mujeres, de diversas edades, que sin duda constituían más o menos una familia. Se encontraban los cinco tendidos en el suelo, enrollados en sus correspondientes pieles, inmóviles. Roni se inclinó sobre uno de ellos y le levantó un párpado, examinándole el globo del ojo. El hombre no hizo el menor movimiento.

Repitió la misma operación con los otros cuatro. No le hizo falta la confirmación de Duarno o Losti para comprobar que se encontraban en un estado profundo de catalepsia. Sus sospechas habían resultado ciertas.

Visitó aún tres cuevas más, y luego otras dos, y otras dos más. Sólo entonces se sintió plenamente satisfecho de su investigación, y supo que estaba en lo cierto. Regresó a su cúpula.

Ahora sabía ya que todo el poblado de los hombres azules, absolutamente todo el poblado, se encontraba bajo los efectos del más profundo estado de catalepsia en que haya podido sumirse nunca ser humano.

El comandante escuchó silenciosamente las explicaciones de Roni.

Sus ojos estaban fijos en la entrada de la estancia que ocupaba Doa. Se apreciaba en su rostro el escepticismo más profundo acerca de todo lo que oía. Sin embargo, debía aceptarlo; él mismo podía comprobarlo.

A pesar de ello, movió dubitativamente la cabeza.

—Tengo que admitir los hechos —murmuró—. Al parecer, iodo el pueblo de los hombres azules ha caído en un profundo estado de catalepsia. Pero, ¿a qué ha sido debido todo ello? ¿Cuáles son los motivos?

—Hay muchas preguntas que yo también me he formulado —dijo Roni—, y de las que aún no conozco la respuesta. Por esto, es preciso investigar.

Usta dio un salto hacia lo único que al parecer le interesaba.

—¿A qué se debe el que rechacen tan de plano todo intento de civilización? —inquirió.

Roni se encogió de hombros.

—Hay una teoría —dijo—, jue podría formular. En nuestras exploraciones en otros planetas, nosotros, los terrestres, hemos hallado restos de una civilización más adelantada que la nuestra en algunos de ellos, una civilización que, a pesar de su alto estado de evolución, parece haber muerto. Los expertos terrestres, después de haber examinado todos estos restos, han llegado a la conclusión de que una raza extraterrestre recorrió, en tiempos remotos, todos esos planetas, fundando colonias. Colonias que luego, por algún motivo que ignoramos, fueron abandonadas.

»Pues bien, supongamos que esta raza llegó también aquí. Encontró a los hombres azules, y los tomó bajo su protección. Los educó, los civilizó. Los hombres azules conocieron así el progreso. Pero luego, por el mismo motivo que les hizo abandonar los otros planetas, los misteriosos visitantes tuvieron que partir de este mundo. Y los hombres azules se vieron de nuevo solos, sumidos en parte de su ignorancia.

—¿Y bien? —dijo Usta.

—Imaginemos lo que pudo suceder después. Los hombres azules se encontraron de pronto con una civilización entre sus manos que apenas conocían, una civilización que distaban mucho de comprender. Conocían muchas cosas, pero a pesar de todo no habían salido de su ignorancia original. Intentaron emplear los conocimientos que habían dejado sus maestros por ellos mismos, y los resultados, fueran éstos cuales fueran, distaron mucho de ser los esperados. No sabían manejar los conocimientos que fragmentariamente recibieron, y su empleo fue catastrófico. Los hombres azules recibieron su lección. Y en su

ignorancia primitiva, decidieron volver al principio. Destruyeron todos los signos de civilización que habían dejado sus visitantes, y volvieron a su anterior estado. Con los restos de sus antiguos conocimientos construyeron ese poblado, y los que quedaron se instalaron en él. Luego, se prometieron a sí mismos no aceptar nunca ninguna ayuda que les viniera de fuera, del exterior, y que pudiera representar un progreso cuyos resultados ya conocían por triste experiencia.

»Así fueron transcurriendo los años, y se sucedieron las generaciones. Los salvajes que fueron naciendo, los hijos de aquellos otros salvajes, olvidaron los antiguos conocimientos de sus progenitores, y sólo conservaron su leyenda. Así nacieron los hombres azules que hoy conocemos.

—Es una teoría plausible —dijo Soll—. Sí, muy plausible.

—Pero, si esto es cierto —murmuró Usta—, el problema está resuelto para nosotros. Lo único que debemos hacer es meterles en la mollera a estos salvajes que lo que ellos creen no es más que un absurdo mito, que desaparecerá en cuanto vean las primeras luces de la verdadera civilización. No existe ninguna dificultad.

—Tal vez —dijo Roni.

—¿Por qué tal vez?

—No sé. Pero esta teoría que yo mismo he formado, si bien explica una buena parte de las características de los hombres azules, no las cubre todas. Quedan todavía muchos cabos en el aire.

—¿Por ejemplo?

—Su reducido número. ¿Ha observado que no hay niños pequeños, que los de menor edad tienen ya de doce a quince años? Un pueblo primitivo se caracteriza siempre por su constante aumento de población. Pero aquí sucede lo contrario. Si lo que vemos es cierto, y los Exploradores lo hicieron notar, en diez años como mínimo no ha nacido ningún niño, o si ha nacido ha sido muerto, aunque esta segunda versión no la creo aceptable. Parece como si, en vez de hallarnos ante un pueblo primitivo, estuviéramos frente a un pueblo en su ocaso. Esto al menos parece demostrar el que apenas haya vida sexual.

—¿Porque la hayan abandonado?

—O porque han encontrado un substituto mejor que ella. Existen muchos otros factores. Su lenguaje sin palabras, por ejemplo. Su silencio, su abstracción en sí mismos, su individualismo. Cada hombre, cada mujer, parecen formar un *ego* aislado, independiente, distinto de todos los demás.

»Y otras muchas cosas como éstas. Su estado de catalepsia, por

ejemplo. Su aparente indiferencia ante la muerte. Su esperar, como dijo Doa. Hay demasiadas cosas que parecen indicar algo más que un pueblo primitivo.

—¿Entonces?

—Existe una segunda teoría, que tampoco puede ser rechazada totalmente. Podemos encontrarnos ante el caso de una humanidad vieja, muy vieja, demasiado vieja. Tanto, que haya llegado al punto más alto, a la cúspide de su civilización, y se haya despeñado por la vertiente contraria. Una civilización degenerada, a punto de extinguirse, en sus últimos estertores de vida.

»Esto podría explicar algunos de los aspectos que deja en el aire la teoría anterior. Su aparente indiferencia ante la vida y la muerte, su aislamiento, su escaso número, su poca actividad (por no decir nula) sexual. Pero deja también muchos extremos sin respuesta.

—¿Por ejemplo?

—La ausencia de vestigios. Una civilización siempre deja restos. Pero, ¿dónde se encuentran aquí éstos? ¿Dónde están? El planeta es un planeta absolutamente virgen, salvo es e pequeño valle rodeado de montañas. ¿Es esto acaso lógico?

—No —murmuró Van-D—. Salvo que los salvajes hayan venido aquí desde otro planeta, para morir.

Roni quedó silencioso. Aquello podía ser cierto, también había tenido que admitirlo desde un principio. Pero no encajaba con lo demás. Eran demasiadas cosas contradictorias. Y lo que podía explicarse por un lado, quedaba sin solución por el otro. Debía existir algo más.

—Una humanidad en decadencia no aceptaría el progreso —dijo Van-D, como si se entusiasmara con la idea—. Este es el punto capital. Sólo querría descansar, desaparecer en paz. Por esto nos rechazaría.

Roni pensó en Doa, y en algunas de sus palabras. «Esperar», había dicho la muchacha, sobre la cúpula que les servía de vivienda. «Esperar». Y luego: «¿Cómo sabes si somos o no ignorantes?» Movió la cabeza. Allí parecía encontrarse el nudo gordiano de todo. Sin embargo…

—Los hombres azules no muestran ningún signo de decadencia —murmuró—, y éste es el principal argumento en contra de la hipótesis. Son seres sanos, fuertes, hermosos. No tienen enfermedades ni taras físicas. Nada de todo esto.

—En cuerpo; pero no en mente.

Roni movió dubitativamente la cabeza.

—Una degeneración mental se trasluce en el cuerpo. No, no es

esto. Ha de existir todavía algo más. Algo más profundo, que aún no hemos llegado a adivinar.

Se hizo un silenció, que nadie turbó. Roni pensó en todo lo que habían conseguido saber hasta entonces, y en lo que aún les quedaba oculto a sus ojos. Las dos hipótesis podían ser aceptadas, pero debía existir aún una tercera, la acertada. Una hipótesis que, indudablemente, debía encontrarse en un plano intermedio, entre las oirás dos.

Pero para conseguir formularla necesitaban conocer muchas cosas más.

—Pero todo esto no resuelve nuestro asunto —murmuró Ross, el bioquímico—. Hablando no conseguiremos nada, es preciso actuar. ¿Qué vamos a hacer ahora?

XI

—Muchas cosas —dijo Roni.

Estaba de pie en medio de la estancia, con los ojos vueltos hacia el exterior, hacia la estancia donde se encontraba Doa, sumida todavía en su sueño cataléptico. Su rostro reflejaba decisión.

—¿Qué? —dijo Soll.

Roni se volvió hacia los demás.

—Nos encontramos frente a un gran problema —dijo—. En cierto modo, el sueño cataléptico de los hombres azules nos ha ayudado. En otro caso, hubiéramos tenido que enfrentarnos con los hombres azules ahora. De esta manera, en cambio, disponemos aún de unas horas a nuestro favor. Podemos aprovecharlas.

—¿Y bien?

—Hay una idea, sin embargo, que no podemos apartar de nosotros, y es que cuando ellos despierten de su sueño, más tarde o más temprano, deberemos enfrentarnos con nuestra responsabilidad. La zona carbonizada del bosque, los animales muertos a la entrada del poblado, les indicarán claramente lo sucedido. A pesar de todo, lo que hemos hecho, para ellos, es tabú.

—¿Entonces?

—Tenemos unas horas por delante de nosotros —dijo Roni—. En ellas, podemos prepararnos para enfrentarnos con lo que pueda venir luego. Esta es nuestra primordial misión.

Se volvió hacia el comandante.

—Todavía estoy dentro de mis dos días —dijo—. ¿Puedo tomar el mando de momento, comandante?

Usta gruñó algo indescifrable.

—Es usted tremendamente incisivo, E-E-812 —dijo—. Pero admito que de momento usted es el más capacitado para decir 10 que pueda hacerse. Hágalo, siempre que yo pueda dar mi conformidad.

—Bien —dijo Roni—. En primer lugar, hay el asunto de los temblores de tierra. Los hemos empezado a notar al anochecer. Sin embargo, esto no quiere decir que hayan sido los primeros. Pudieron haber otros antes de ellos, antes incluso de nuestra llegada al planeta, y que no notamos al carecer de la observación de los instrumentos. Además, el incendio del bosque sucedió inmediatamente después del segundo temblor. No es muy aventurado suponer que pueda ser una consecuencia de ello.

—¿Y bien? —hizo Usta.

—No sabemos si se trata de unos temblores aislados, o bien son

parte de una cadena más extensa. Quizás nos encontremos en una región que esté en trance de sufrir grandes cambios geológicos dentro de muy poco tiempo. Es preciso que lo sepamos con seguridad. Usted es geólogo, Arto. ¿Cree que puede hacer algo a este respecto?

El aludido asintió con la cabeza.

—Siempre que disponga de una lancha aérea y los instrumentos, y tenga a alguien que me ayude.

—Yo puedo ser este alguien —ofreció Soll—. ¿Tiene algún inconveniente, Roni?

—Yo ninguno. ¿Y usted, comandante?

Usta negó con la cabeza.

—Veo que por esta vez se muestra práctico .—murmuró—. Estoy conforme. ¿Qué más?

—No sé cuándo despertarán los hombres azules de su sueño cataléptico. Sin embargo, calculo que podemos disponer de toda la noche antes de que esto suceda. Es preciso que en este tiempo logremos saber algo más sobre lo que nos interesa. Es indudable que mañana deberemos tomar una resolución frente a los salvajes. Y debemos tener algo sobre lo que basarnos para apoyar nuestra actitud.

—¿Y cómo piensa conseguirlo?

Roni señaló hacia la primera estancia.

—Doa —dijo—. Ella es quien mejor nos puede decir todo lo que deseamos saber.

—Pero se ha mostrado siempre reservada —objetó Ross—. ¿Cómo espera conseguirlo.?

Roni suspiró.

No soy muy adicto a su empleo —dijo—, pero ahora no nos queda otra solución. Emplearemos el *staal*.

—¿El *staal*? —murmuró Duarno—. ¿Lo cree adecuado?

—No lo sé, pero es lo único que podemos emplear ahora. ¿Tiene algo en contra de ello, doctor?

—No lo sé —respondió francamente Duarno—. Nunca ha sido experimentado en humanidades extraterrestres; su acción se ha circunscrito sólo a los habitantes del sistema solar. No sé cuáles pueden ser sur; efectos en otras razas.

—Entonces —dijo Roni—, ¿lo rechaza?

—Si me pidiera mi autorización concreta —murmuró el médico—, se la negaría. Pero no puedo prohibirle su uso en estas circunstancias. Es el comandante quien debe decidir.

Roni miró a Usta, No formuló ninguna pregunta, pero el comandante comprendió.

—Veo que por una vez desde que llegamos aquí se muestra realista —dijo—. Le autorizo.

Roni parecía vacilar aún. Murmuró:

—¿Aunque las consecuencias sean funestas?

—Absolutamente. Al fin y al cabo, sólo se trata de una salvaje.

Doa seguía sumida en su estado letárgico, al igual que la noche anterior, cuando Roni le clavara en el brazo el estilete-sonda. El sociólogo contempló la picadura rojinegra de la herida. No le había dolido: al menos, ella no había dado indicios de que Le doliera. Y esto parecía indicar algo.

Contempló el inoculador hipodérmico que tenía en la mano, y vaciló ligeramente. Como había dicho Duarno, el *staal* no había sido nunca experimentado en Mundos Exteriores, limitando su uso a los terrestres. Sin embargo, tenía la autorización del comandante; él asumía toda la responsabilidad de lo que pudiera pasar.

Observó el sereno rostro de la muchacha, su placidez casi anormal. Parecía como si se encontrara en otro mundo, en otro sueño. Y Roni tenía la duda de si, en aquellas condiciones, el *staal* surtiría efecto.

Sabía que la droga podía utilizarse, se utilizaba a veces, después de haber sometido al sujeto a un estado hipnótico, obteniéndose un éxito completo. Sin embargo, aquel no era un estado hipnótico, sino algo mucho más profundo. Y tenía que partir de la base incontrovertible de que Doa, a pesar de todo, no era humana.

Vaciló. Desde un principio, desde que tomara aquella resolución, habla vacilado. Le parecía que al hacer aquello traicionaba ruinmente la confianza que habían depositado en él los hombres azules, que había depositado en él la propia Doa. Era actuar ruinmente, ya que ella no podía oponerse a lo que pensaba hacer. Porque, a pesar de todo lo que pudiera decirse, ¿estaban ellos en lo cierto? ¿Tenían razón al querer imponer a los hombres azules algo que ellos no querían?

«Es un deber de conciencia. Ellos viven atrasados, en una completa barbarie. Nosotros, en cambio, les traemos la civilización. La Civilización. Les hacemos un gran bien. ¿Por qué dudar, entonces?».

Pero, ¿era cierto aquello? ¿Eran ellos quienes tenían razón?

—¿Qué espera, E-E-812?

Roni levantó la vista. Usta, a su lado, esperaba.

—Nada —murmuró—. No; nada.

Debía hacerlo. Era por su bien. Por el bien de todos.

Conectó la ventosa del inoculador al brazo desnudo de la insensible muchacha, y con un enérgico empujón bajó el émbolo del

depósito, lanzando el líquido de la droga, a través de los tejidos, al torrente circulatorio.

—Doa —llamó—. Doa.

Estaba inclinado junto al cuerpo de la muchacha, que permanecía inmóvil, insensible. Miró a Duarno, que estaba a su lado, y éste negó con la cabeza. No había ningún signo.

—Vea todas sus reacciones —le había dicho al médico—. Y controle que todo vaya bien.

Se sentía nervioso, en cierto modo asustado incluso. Le parecía que estaban haciendo algo ilegal, algo que debía estar prohibido por el código de Derecho Estelar. No se puede forzar a un indígena. No se puede, en provecho propio, hacer algo que atente contra su voluntad. Y ellos lo estaban haciendo.

Usta había instalado dos hombres de vigilancia a la entrada de la cueva, y aquella era la mejor prueba de que estaban haciendo algo contra la ley. Si no, ¿por qué tantas precauciones?

—Doa. Despierta, Doa. Despierta.

—Un estado cataléptico —le había dicho Duarno—, es algo más profundo que un estado hipnótico. El alma parece abandonar el cuerpo, convertirse en algo lejano, independiente. Tal vez en estas condiciones no responda a la acción de la droga.

Sus instrumentos escrutaban incesantemente el cuerpo de la muchacha: presión sanguínea, pulsaciones, reacciones del gran simpático... Uno de los efectos más apreciables del *staal* era la relajación de todos los movimientos reflejos que coordina el sistema nervioso del gran simpático: latidos del corazón, respiración, reacciones reflejas... Sin embargo, nada de aquello ocurría.

A pesar de todo, Duarno había notado algo raro. Desde el primer momento en que aplicó el estetoscopio al pecho de la muchacha, añiles de inocular la droga, había observado que los latidos y el ritmo de la respiración eran mucho más pausados que lo normal. Demasiado pausados. Y este ritmo no se había alterado desde entonces.

—Creo que hemos hecho una barbaridad —murmuró—. No debimos inocularle el siaal.

—Váyase al diablo —gruñó Usta—. Algo debíamos hacer, ¿no?

Roni llamó una vez más:

—Despierta, Doa. Te lo pido. Te lo ordeno.

Silencio. Duarno constataba que las reacciones reflejas de la muchacha no variaban en absoluto de intensidad. El *staal* parecía no hacer efecto; en absoluto.

—Tal vez no haya sido asimilado todavía —murmuró Usta.

Roni sabía que sí.

—¿Cuánto tarda en ser asimilado por el cerebro? —preguntó, no obstante.

Duarno se encogió de hombros.

—De una a tres horas —dijo—. Aunque su efecto empieza a notarse ya a la media hora de ser inoculado.

—Y ya ha transcurrido más de una hora desde que lo explicamos.

—Podríamos averiguar la cantidad que aún queda en la sangre —indicó el médico—. Tal vez ello nos dé una indicación.

Roni asintió.

—Inténtelo.

Se levantó. Duarno tomó sus instrumentos, y se preparó para tomar una muestra de análisis de la sangre de la insensible muchacha. Woos murmuró:

—No conseguiremos nada. Hubiera sido demasiada suerte.

—Cállese —murmuró Usta. Y luego más alto—: ¡Cállese!

Duarno comprobó los resultados de su breve análisis. Llamó a Roni.

—Aún no ha sido totalmente asimilado por el cerebro —dijo—, pero la cantidad que aún queda en la sangre es muy poca. Lógicamente, debería haber empezado a hacer efecto.

Roni se inclinó de nuevo sobre la muchacha. Volvió a llamar:

—Doa —e hizo una pausa. Luego, más fuerte—: Doa. Despierta.

Transcurrieron unos segundos. Y de pronto, a Roni le pareció percibir un ligero movimiento.

Fue algo muy breve, como un pequeñísimo aleteo de los párpados de la muchacha, como una ligera vibración de sus pestañas. Fue una sintonía apenas perceptible, pero que le hizo concebir esperanzas.

—Doa —siguió llamando—. Doa. Doa. Doa. Doa…

Su voz se convirtió en una letanía, compuesta sólo de una palabra: el nombre de la muchacha. Los párpados de Doa siguieron aleteando levemente.

—Doa. Doa. Doa…

Roni se dio cuenta de pronto que los ojos de la muchacha estaban abiertos y fijos en los suyos. Le estaban mirando. Fijamente, sin parpadear.

—Doa —llamó—. Doa. ¿Me oyes? Respóndeme.

Hablaba en su idioma, en el tosco idioma de los hombres azules. Ella seguía mirándole. Duarno, que a su lado comprobaba la presión sanguínea de la muchacha, dejó escapar un gruñido.

—Ha variado un poco —murmuró—. Muy poco.

—Cállese —dijo Roni suavemente. Sus ojos estaban fijos en los ojos también fijos de la muchacha. Volvió a repetir—: ¿Me oyes, Doa?

Ella parecía estar despierta, pero aún ausente. Roni sintió algo extraño en su interior. Hubiera querido gritar, hacerla volver de nuevo a la conciencia de sí misma. Pero sabía que no era posible. Aquel estado se debía a los efectos de la droga, era algo normal. Todo iba bien.

¿Pero por qué no contestaba ella? ¿Por qué?

—Doa, ¿me oyes? ¿Me comprendes?

Ella seguía mirándole, mirándole fijamente, con una fijeza turbadora. Roni deseó ardientemente oír alguna palabra de sus labios, aunque sólo fuera un sonido indistinto. Algo que le demostrara que estaba realmente viva.

—Doa, respóndeme. Te lo pido. Te lo ordeno.

De pronto, sintió algo raro dentro de sí. Algo que ya había notado antes, pero a lo que no había prestado apenas atención. Era como si alguien intentara comunicarse con él, pero sin palabras. Parecía como si alguien hurgara dentro de él, buscando algo. *Algo*.

No era una sensación definida, algo que él pudiera analizar y comprender. Era una impresión extraña, sobrecogedora. Parecía como si hubiera algo que estuviera moviéndose dentro de su mente, buscando algo, alguna conexión desconocida dentro de él.

Quedó unos instantes sorprendido, sin saber qué era aquello. No era una sensación desagradable, pero sí desconocida. Parecía como si fuera algo así como unas tonalidades de sensación que fueran subiendo y bajando en una escala imaginaria dentro de su cerebro, en busca del tono adecuado.

Y de repente aquello cesó. Fue tan sólo un breve segundo, como si se hubiera hecho al fin la conexión.

Y entonces llegó hasta él la visión.

Era una visión extraña, sorprendente, y singularmente bella. Una visión interior, no material, sino mental, exclusivamente mental. Una visión compuesta exclusivamente de algo que parecían ser gradaciones de luz y sonido, una imagen interior singularmente bella y constantemente cambiante, acompañada de algo así como una inmensa melodía de cambiantes notas, una melodía sin melodía, un incesante cambio de sonidos, repletos de armónicos hasta el infinito, que tan pronto descendía hasta límites intolerablemente bajos como ascendía hasta agudos de hondas resonancias mentales.

Era algo a la vez bellísimo y terrible. Roni sintió cómo aquella

sensación invadía por completo su mente, traspasándole de parte a parte, y desalojando de ella todo otro sentimiento. Vio a Doa junio a él, con los ojos abiertos, mirándole, y casi al instante dejó de verla. Sus sentidos corporales desaparecieron, y todo él se convirtió en un eco inmenso de aquella sensación. Sus ojos y sus oídos estallaron ante tal magnitud de sensaciones, y todo él se convirtió en una inmensa llama de luz y de sonido. Por su interior desfilaron todas las sensaciones conjuntas del universo, y él, como hombre, como ente material, desapareció.

Los que estaban a su alrededor vieron como de repente se tambaleaba, como si acabara de recibir un golpe brutal. Se puso en pie, pero perdió su estabilidad. Quiso moverse unos pasos, pero trastabilló, se balanceó en el aire, y sus manos, en un ademán de sufrimiento indecible, se crisparon sobre su cabeza. Cayó de espaldas contra la pared, y fue resbalando lentamente hacia el suelo. Su rostro era una máscara indecible, en una crispación al mismo tiempo de éxtasis y de sufrimiento inimaginables. De su garganta salió un ronco grito, un grito infrahumano, que se convirtió en un gemido de intenso dolor:

—¡Basta! ¡Oh, Dios, basta!

Cayó al suelo, encogido sobre sí mismo, como reducido a un despojo de humanidad.

Y entonces, súbitamente, todo desapareció dentro de él.

Se sintió de pronto libre de todo aquello, pero al mismo tiempo vacío, inmensamente vacío de todo. Sus ojos eran una caótica confusión de imágenes deformadas, absurdas, trastocadas, dobladas y triplicadas en su realidad, como en una parodia inconcebible de lo que había visto. Sus oídos captaban una serie de sonidos raros, extraños, como rotos, resquebrajados en su tonalidad, unos sonidos que era del todo punto imposible de identificar.

La sensación duró unos interminables segundos. Luego, todo pareció irse aclarando. Notó como algo —¿unas manos, quizás?— le ayudaba a levantarse, y gimió débilmente. Algo que parecía una voz, pero que a sus oídos carecía de significado, preguntó:

—¿Se encuentra bien? ¿Qué le ha sucedido?

Volvió a gemir, en medio de la confusión caótica que dominaba todas sus sensaciones. Intentó decir algo, pero su cerebro no gobernaba sus órganos de fonación. Le soltaron, y cayó de rodillas, doblándose sobre sí mismo.

—Dios mío… Dios, Dios, Dios…

Lo apoyaron contra la pared de roca, e intentó respirar. No existía;

no, no existía. Había dentro de él algo que no era suyo, algo que no era de nadie en particular, pero que era al mismo tiempo de todo el Universo…

Así, lentamente, muy lentamente, como si regresara de un mundo remoto, las sensaciones normales fueron volviendo a él. Sintió que recobraba el dominio de su vista, de su oído, de su tacto, de su coordinación… Oyó que alguien, a su lado, preguntaba:

—¿Qué le ha sucedido, Roni? ¿Se encuentra bien?

No respondió. No podía responder. Una extraña laxitud invadía todo su cuerpo, después de aquella experiencia. Debía dormir. Sí, dormir. Apoyó su cabeza contra la pared, y cerró los ojos.

Doa, tendida todavía en el suelo, el cuerpo enrollado en la piel que le servía a modo de manta, sin haberse movido en lo más mínimo desde que le fuera inoculada la droga, había vuelto a cerrar también sus ojos.

XII

No supo cuánto tiempo permaneció inconsciente, quizás dormido, quizás aletargado. Lentamente, muy lentamente, fue volviendo a la realidad, retornando del oscuro y hondo pozo en que había estado sumido. Poco a poco, las confusas sensaciones que reinaban a su alrededor fueron haciéndose más claras y más concretas, adoptando una personalidad definida. Primero fueron voces, que lentamente fueron adquiriendo un significado concreto. Luego, fue ya una visión completa de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Así, en una gradación sucesiva, Roni volvió a sentirse dueño de sí mismo, y regresó a la normalidad.

Estaba todavía algo aturdido, con un deje de confusión en su mente. Su cerebro trabajaba con más lentitud que de costumbre, y le costaba analizar las cosas. Sobre todo lo que le había sucedido. Tenía de ello una idea vaga, confusa. Sabía que algo se había introducido en su mente, aunque no podía adivinar más. Recordaba un cúmulo de sensaciones que le habían invadido por completo... y nada más.

Le fue difícil explicar lo que le había sucedido. Sus palabras eran vagas, contradictorias. Los demás comprendieron que, a pesar de todo, Roni aún no se había repuesto por completo, fuera lo que fuese lo que le había sucedido. Y que debían abandonar toda idea de recibir alguna explicación lógica.

Usta se encontraba furioso. No por el hecho de que a Roni le hubiera sucedido aquello, sino por algo más. Porque él, al comprender que a Roni le había pasado algo, ocupó su puesto. E intentó que Doa le respondiera a él bajo los efectos del *staal*.

Roni había tardado dos horas en recobrar por completo el uso de sus facultades. En este tiempo, Usta había batallado para que la muchacha volviera a abrir los ojos, y hablara.

Sus esfuerzos habían sido inútiles. A pesar de sus constantes tentativas, la muchacha había seguido sin reaccionar, sumida en su sueño cataléptico, sin dar la menor señal de consciencia. Los efectos del *staal* resultaron nulos.

Usta se exasperó. Ordenó a Duarno que le inyectara drogas estimulantes para intentar hacerla reaccionar, y el médico en principio se negó. Podía ser perjudicial, alegó. El comandante chilló, aulló casi, que él era el jefe de la expedición y que sólo a él incumbía el dar las órdenes. Duarno se vio obligado a obedecer, e inyectó a la muchacha todas las drogas estimulantes de que disponía, algunas de ellas capaces de causar un shock nervioso a cualquier persona normal.

Pero los resultados siguieron siendo nulos. Y los efectos del *staal* pasaron, sin que se hubiera obtenido nada concreto.

Nada, excepto el profundo anonadamiento mental de Roni. que nadie en aquellos momentos pudo explicar.

Y así, ahora, Usta se encontraba tan exasperado como un toro furioso. El era un hombre de acción, no comprendía el porqué de esperar inútilmente más tiempo. La aplicación del *staal* en Doa halda sido un fracaso. Entonces, era mejor buscar por otro lado.

—Este fracaso creo que marca el final de una etapa, E-E-812 —dijo a Roni—. Sus dos días han terminado. Y debe reconocer que no ha obtenido unos resultados muy halagadores. Ahora toca mi turno; voy a emplear mi método. Y le aseguro que voy a tener éxito.

Roni no respondió. Su confusión interior no era sólo debido a los efectos de lo que le había sucedido, sino al misterio del *porqué* le había sucedido. No acababa de comprenderlo, pero intuía que si podía dar una respuesta concreta y lógica a aquello. todo lo demás vendría por sí mismo. Estaba convencido de ello.

No podía dar una respuesta concreta al asunto, pero si podía determinar algunos extremos del mismo. En primer lugar, en lo referente a las sensaciones mentales mismas.

Él estado cataléptico de Doa indicaba que su mente se encontraba completamente desligada de su cuerpo, como si formara un ente aparte. El, con el *staal*, con su llamada, la había hecho regresar, pero no completamente.

Y lo que había percibido a través de su mente no era más que algo —algo— de lo que constituía el mundo de sensaciones de donde había venido ella.

Pero las preguntas seguían acumulándose en su cerebro, en una profusión incontenible. En primer lugar, si el efecto del *staal* había hecho regresar, aunque sólo fuera parcialmente, a la muchacha cuando él la llamó, ¿por qué no había hablado? ¿Por qué la única comunicación que había habido entre ellos dos había sido precisamente aquella?

¿Y por qué, cuando Usta había ocupado su lugar, intentando lo mismo que había intentado él, la muchacha no había reaccionado en lo más mínimo?

Y sobre todo, la pregunta más terrible, más estremecedora. Si lo que había sentido, si aquel cúmulo de sensaciones que le habían invadido por completo no eran más que un atisbo del mundo mental de la muchacha, ¿cómo sería en realidad este mundo? ¿Y qué constituiría dentro del plano general en que se movían los hombres

azules?

No había comunicado nada de aquellos pensamientos a Usta. A sus preguntas de qué era exactamente lo que le había sucedido, había respondido con evasivas, explicándole algo de lo que había pasado pero callando los motivos, y sobre todo las conclusiones. Sabía que Usta no le comprendería si le hacía partícipe del confuso montón de ideas, contradictorias entre sí en su mayor parte, que flotaban por su cabeza.

Porque hasta entonces había visto que los hombres azules constituían *algo* distinto de ellos. Sin embargo, ahora conocía ya algo más. Y sabía que tras aquella fachada tosca e incivilizada existía algo que no sólo era ya diferente, sino también grande, grandioso, infinitamente grandioso. Tan grandioso, que jamás podría ser abarcado en su totalidad por ningún terrestre.

Y la eterna pregunta se levantaba nuevamente ante él. ¿Por qué? *¿Por qué?*

La radio del equipo que Usta había traído a la cueva para comunicarse con Soll y Arto empezó a emitir su urgente señal de llamada.

Usta se acercó rápidamente a ella. Emitió la sincronía de respuesta, y conectó el fono. Poco después, surgiendo del altavoz, la agitada voz del geólogo llenaba la estancia.

—Hemos hecho varias averiguaciones de sumo interés, comandante —dijo—. Regresamos inmediatamente.

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió Usta.

—Grandes movimientos sísmicos —dijo Arto—. Ha habido un plegamiento de tierras en la parte norte del continente, y varias islas, algunas de regular extensión, según los mapas fotográficos de los Exploradores, han desaparecido bajo las aguas. Los detectores geológicos indican profunda actividad volcánica.

—¿Esto es indicio de grandes movimientos?

—No lo sé —indicó Arto—. Pero lo averiguaré apenas pueda examinar los registros. Regresamos ahora mismo.

—El planeta se encuentra sumido en un profundo estado de cambio —dijo más tarde Arto, sentado ante sus cálculos—. La actividad volcánica se ha recrudecido, y es probable que en días próximos se produzcan otros temblores. De momento, sin embargo, parece que no existe peligro serio.

—¿Hace tiempo que se vienen manifestando estos movimientos? —

dijo Van-D.

—Es indudable —Arto estaba pensativo—. Los movimientos deben haber empezado ya antes de llegar nosotros. No los apreciamos debido a su poca intensidad, y a que no teníamos nuestros aparatos registradores en funcionamiento.

—Pero éste sí lo sentimos.

—Este sí, ya que ocurrió en este mismo continente. Su epicentro estaba más cerca de nosotros que los demás. En realidad, la actividad del planeta no es muy acusada, pero sí general. Y esto es lo que más me sorprende.

—¿El qué? —inquirió Usta.

Arto abarcó todos sus cálculos.

—El que la agitación interior se registre en todo el planeta en general. No parece muy lógico que sea así.

—Nosotros no somos geólogos —murmuró Bart, el lingüista—. Explíquenos esto.

—Sí. Generalmente, estos movimientos sísmicos no suelen afectar más que a una región determinada, a un sector fácil de delimitar. Sus causas pueden ser varias: un hundimiento de parte de la corteza, debido a una falla que se ha abierto en cualquier sitio de su interior, un volcán que entra en actividad... Pero esta clase de movimientos sólo afectan a una zona determinada, no a todo un planeta.

—¿Y en esta ocasión?

Arto movió la cabeza con aire de duda.

—La actividad se ha producido en todo el planeta. Hemos dado una vuelta completa a su alrededor, y la gráfica del registro no miente. Hemos detectado veintitantos volcanes en actividad, y más de un centenar de fisuras y plegamientos recientes. Y. esto, lógicamente, no tiene razón de ser.

—¿Por qué?

—Éste no es un planeta joven, comandante. Quizás sea un poco más joven que la Tierra, pero no mucho más. Para él ha pasado ya la época de las grandes convulsiones. Ahora se encuentra en una etapa de tranquilidad.

—¿Entonces?

Arto se encogió de hombros.

—No puedo decirle nada, comandante. Sólo puedo afirmar que sucede esto, pero ignoro las causas.

—¿Y no tiene la menor idea de cuáles pueden ser?

—En absoluto. Lo único que puedo decirle es que, sin lugar a dudas, se trata de causas de índole cósmica. Algún fenómeno se ha

producido en el espacio, que ha afectado a este rincón del universo, y concretamente al equilibrio de este planeta. Pero a este respecto no puedo afirmar nada; no soy astrónomo.

Usta se volvió hacia Woos.

—Usted es astrofísico. ¿Puede darnos alguna explicación?

—Necesitaría hacer algunas observaciones con mis instrumentos —dijo el aludido—. Y un poco de tiempo. Mi trabajo es más lento que el de Arto.

Usta suspiró. Permaneció unos segundos silencioso, y después pareció tomar una resolución.

—Bien —dijo—, creo que estamos hablando inútilmente. Lo único que nos interesa de momento es saber que se han producido algunos temblores, que el planeta se encuentra en un período desusado de actividad geológica, y que al parecer no hay peligro inmediato. Pero esto son sólo circunstancias secundarias de nuestro trabajo. No debemos desestimar lo demás por ocuparnos exclusivamente de esto, que, al fin y al cabo, no puede producirnos ningún perjuicio.

—Mientras la actividad no siga en aumento —apuntó Arto—. Podría desbaratar el equilibrio interno del planeta, incluso hacerlo estallar.

Usta se echó a reír.

—La Tierra ha pasado por muchas épocas como esta. Y todavía sigue entera.

Se hizo un silencio. Usta se volvió hacia Woos.

—¿Podrían estos fenómenos deberse a la presencia de algo en el espacio, algo que fuera sólo pasajero? Un cometa, por ejemplo, o algo similar.

El astrofísico asintió con la cabeza.

—Podría ser, y entiendo lo que quiere decir. En este caso, cuando el fenómeno dejara de actuar sobre el planeta, todo volvería a la normalidad.

—Exacto —dijo Usta—. En este caso, creo que no debemos preocuparnos demasiado. Usted, Arto, seguirá con sus instrumentos, periódicamente la marcha de todo esto. Mientras, nosotros nos dedicaremos a nuestro trabajo. ¿Sigue la salvaje Con su sueño cataléptico todavía?

Duarno asintió con la cabeza. Usta murmuró algo indefinible en voz muy baja.

—¿Es que estos salvajes van a permanecer así toda la noche? ¡Que me condenen si...!

Se calló, sin terminar la frase. Se dirigió hacia la salida, y una vez

fuera levantó los ojos al cielo.

—Ya amanece —murmuró—. Demonios, que les voy a enseñar a estos malditos hombres azules a portarse decentemente. Ya estoy harto de sus estupideces.

Alna, que junto con algunos más le había seguido hasta el exterior, consultó su reloj, especialmente adaptado con arreglo al horario diurno del planeta. Lo miró, lo volvió a mirar, y de repente pareció notar en él algo raro. Hizo una seña a Losti para que se le acercara.

—¿Qué hora marca su reloj? —inquirió.

Losti miró su esfera, e indicó la hora. Con el mismo hábito que da la rutina, algunos de los otros, al oír hablar de ello, consultaron también sus relojes. Pero sólo Alna frunció el ceño.

—No lo comprendo —murmuró—. No; realmente, no lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende? —indagó Usta en tono brusco.

Alna señaló su esfera.

—Los relojes —dijo—. O todos los hemos ajustado mal, o los Exploradores sufrieron un error al calcular el ciclo de rotación del planeta. Ya está amaneciendo, cuando, según ellos, deberían faltar todavía tres horas para empezar a amanecer.

XIII

El ciclo diurno de Carao era, según el informe de los Exploradores, de treinta y dos horas, de las cuales correspondían diecisiete al día y quince a la noche. Como en todas las exploraciones de planetas, los Exploradores habían delimitado bien aquel dato, a fin de construir los relojes que deberían llevar los Civilizadores. Consistían éstos en una esfera repartida en treinta y dos divisiones, de las cuales quince estaban marcadas sobre fondo negro y las restantes sobre fondo blanco, exceptuando dos, de tono gris, que correspondían al crepúsculo. Los Exploradores se aseguraban bien en sus informes, sobre todo en datos como aquél. De modo que cuando decían que el ciclo diurno del planeta era de treinta y dos horas, no quedaba lugar para las dudas.

Sin embargo, todos consultaron sus relojes. Y todos vieron que, efectivamente, la manecilla indicadora señalaba la hora veintinueve, es decir, fres horas antes del amanecer.

Y en el cielo, Proción Mayor ya había emergido del horizonte, y su compañero de cielo empezaba a asomar su disco tras las distantes montañas.

—¿Y qué importa esto? —murmuró Usta—. Ha habido un error en alguna parte, pero no creo que sea el mejor momento para averiguar dónde. Tenemos muchas otras cosas más importantes que hacer que perder el tiempo de esta manera.

—Un momento —interrumpió Woos—. Efectivamente, es sólo un detalle secundario en estos momentos, pero no creo que sea algo tan nimio como para dejarlo inmediatamente de lado.

—¿Por qué? —gruñó Usta—. Pueden estar mal ajustados nuestros relojes, de acuerdo, o quizás los Exploradores se equivocaron en sus cálculos. Creo que ya basta de experimentos e investigaciones inútiles. Ya liemos tenido bastante con las ideas personales de E-E-812. Creo que es hora de que empecemos a trabajar en firme.

Se produjo un silencio. Ross asintió con la cabeza.

—¿Qué es lo que vamos a hacer? —preguntó.

—Seguir el plan normal de civilización —dijo Usta—. Ya hemos estudiado bastante a los hombres azules. Ahora vamos a pasar a la práctica de nuestros métodos de enseñanza. Aunque a usted no le guste, E-E-812.

Roni no respondió. Su mente estaba casi ausente. Seguía dando vueltas en su cerebro a todas las piezas del rompecabezas que había logrado reunir, buscando una posición en la que pudieran encajar

todas. Veía que allá en el fondo de su mente empezaba a perfilarse algo vago, pero aún faltaban muchas piezas para que pudiera identificar de qué se trataba Hasta aquel momento, hasta que lograra reuniríás todas, debería dejar hacer al comandante. Quizá luego futiera que intervenir, pero de momento lo más aconsejable era no hacer nada.

—Vamos —dijo Usta—. Mientras ellos despiertan, iremos a recoger nuestro material del lugar donde dejamos las lanchas. Cuando volvamos será el momento de hacer el cambio.

—¿Y qué sucederá con los salvajes —apuntó Soll—. Les dimos nuestra palabra de que nos convertiríamos en doce más de entre ellos.

—Nuestra palabra no vale ante unos salvajes como los hombres azules —dijo Usta—. Son como niños. En cuanto les mostremos algunos de nuestros juguetes, olvidarán todo lo demás. Vamos.

Echaron a andar hacia la salida del poblado, con sus rifles en bandolera. El suelo estaba sembrado de cadáveres de animales, fuera de la aldea, y allá a lo lejos, en el bosque, los rescoldos del fuego ponían todavía un tinte rojizo a la atmósfera circundante. Roni pensó que aquel fuego podía reproducirse dentro de poco en el corazón de los hombres azules. Y entonces no sería tan fácil apagarlo como lo había sido el otro.

Woos parecía preocupado. Roni notó una arruga en su frente, y quiso imaginar cuáles serían sus pensamientos. El astrofísico se detuvo un par de veces, como hablando consigo mismo, y después volvió a reanudar su camino, en pos de los demás.

—¿Qué le preocupa? —inquirió Roni, acercándose a él.

Woos hizo un gesto ambiguo.

—Una idea —dijo—. Mejor dicho, la nebulosa de una idea. Me temo que lo del atraso de nuestros relojes sea algo más importante de lo que parece.

—¿En qué sentido?

—No lo sé con exactitud. Pero me temo que la causa no esté en nuestros relojes precisamente, sino en…

Se detuvo súbitamente, como paralizado por una idea. Sus ojos, como asombrados, se dirigieron hacia arriba.

—¡Dios santo! —murmuró—. ¡Dios santo, esto es!

Echó a correr hacia adelante, gritando:

—¡Comandante, un momento! ¡Es preciso que sepa algo!

Usta se detuvo de mala gana, y se volvió hacia Woos. Se encontraban ya cerca de la hondonada donde habían dejado las lanchas aéreas. Su rostro indicaba claramente su irritación.

—¿Qué demonios le sucede ahora, Woos? —murmuró.

—Lo de nuestros relojes —dijo el astrofísico apresuradamente—. Creo que conozco la causa de lo sucedido.

—Está bien. Entonces redacte un informe, y lo enviaremos al registro automático del crucero cuando llegue el momento de la transmisión. Pero no me moleste ahora.

—Pero, si mis sospechas son ciertas, la cosa es mucho más importante de lo que parece. Y mucho más grave también.

—¿Como cuánto? —indagó Usta.

—No lo sé con exactitud, pero sí puedo decirle que importante. Quizás incluso trascendental.

—Está bien, Woos. En este caso, le doy dos minutos para que me lo explique. Después juzgaré si es o no importante. Adelante.

Woos miró a los demás, que se habían reunido en torno suyo. Proción menor había emergido ya tras las montañas, y la luz de los dos soles daba una claridad casi por completo diurna. No supo cómo empezar. La idea se le había presentado a su mente clara como una explosión de luz, en un instante. La veía claramente, la comprendía. Pero ahora no sabía exactamente cómo desarrollarla. Murmuró :

—En realidad, la culpa de lo sucedido no es nuestra, ni de los Exploradores, sino del planeta mismo. Sí, esto es: del planeta sobre el que estamos.

—¿Y bien? —dijo Usta.

Woos señaló hacia el suelo.

—¿No ha comprendido lo que le quiero decir, comandante? No es que nuestros relojes hayan sido mal ajustados, o atrasen, o bien que los Exploradores calcularan mal el ciclo diurno. Es que todo el planeta ha sufrido una variación desde entonces a ahora. Y en la actualidad, Carao tiene una velocidad de rotación más rápida que cuando los Exploradores hicieron sus cálculos.

Se produjo un silencio. Usta entrevió, en el tono de voz del astrofísico, que de ser esto cierto la cosa era más importante de lo que parecía. Hizo una sola pregunta:

—¿Tiene pruebas de ello?

—No, pero si estoy en lo cierto me costará muy poco confirmarlo. Además, tengo indicios suficientes como para creer que no me he equivocado.

—¿Por ejemplo?

—El aparente atraso de nuestros relojes, en primer lugar. Y la actividad general de todo el planeta que nos ha indicado Arto.

Usta movió la cabeza.

—No comprendo —dijo.

—Escuche —dijo Woos—. El planeta ha girado durante muchos años sobre sí mismo, a una velocidad constante. Como la Tierra, como todos los planetas. Ello lo ha conseguido gracias al equilibrio constante que existe en todo el sistema de Proción, mejor dicho, para mantener este equilibrio. Hay muchas fuerzas que actúan sobre Carno: la de los planetas vecinos, la de los dos soles mismos. La rotación del planeta no es más que una consecuencia de estas fuerzas, como fuerza contraria que las anula y obliga a todo el sistema a mantener este equilibrio.

»Ahora bien, supongamos por un momento que en determinadas circunstancias este equilibrio se rompe. Supongamos que entra un nuevo factor, o que desaparece alguno de los que ya existían. El equilibrio se convierte en inestable. Y para contrapesarlo, para volverlo de nuevo al equilibrio estable, el planeta debe adaptarse a las nuevas circunstancias, amoldarse a ellas. Y varía su válvula de escape, es decir, su velocidad de rotación.

Usta asintió con la cabeza.

—¿En qué medida puede haber sucedido esto?

Woos se encogió de hombros.

—Junto con Carno hay diecisiete planetas más, en torno a los dos Proción. Sus respectivas masas y fuerzas de atracción influyen en el planeta, creando este orden de equilibrio que viene dado por la rotación del mismo. Supongamos que uno de estos planetas desaparece, o varía su órbita, o sucede alguna otra cosa similar. La variación afectará, en la misma intensidad en que pueda medirse, la velocidad de rotación, la cual, automáticamente, aumentará o disminuirá hasta recuperar de nuevo el equilibrio perdido.

—Bien, ¿y qué más?

—Esto trae, indudablemente, algunos cambios en el planeta. El equilibrio interno del mismo se ha ajustado a la antigua velocidad de rotación, a fin de lograr en él también un equilibrio. Ahora bien, si la rotación varía, este equilibrio se rompe también, y debe volver a ajustarse para adaptarse a las nuevas medidas. Esta puede ser la explicación de que se registre tanta actividad interior en todo el planeta. Su masa necesita ajustarse a las nuevas medidas que le han sido marcadas por el exterior, y hasta que no lo consiga la superficie del planeta permanecerá inestable.

Usta gruñó algo aprobatorio. Paseó la vista por los demás, como buscando la reacción de cada uno.

—Es una teoría plausible —tuvo que reconocer—. ¿Qué le parece,

Arto?

El geólogo asintió con la cabeza.

—Puede ser una explicación lógica al fenómeno de los movimientos y los volcanes. De hecho, es la más lógica de las que podida presentarle.

—Bien. ¿Puede probarla, Woos?

—No me será muy difícil. Bastará calcular la velocidad de rotación del planeta, y compararla con la que dieron los Exploradores. El resultado nos señalará el margen de diferencia que pueda haber.

Usta asintió con la cabeza.

—Bien entonces. Vamos a las lanchas. ¿Podrá trabajar con el equipo que dispone allí?

—Desde luego.

Los dos Proción empezaban a tomar ángulo sobre el horizonte. Woos los siguió unos instantes con sus aparatos, luego hizo unos cálculos a la electrónica del cerebro piloto de una de las lanchas, realizó algunas observaciones más, y volvió a calcular. Comprobó los resultados, los comprobó de nuevo, los volvió a comprobar una vez más, y después los comparó con los del informe de los Exploradores.

—Estaba en lo cierto —murmuró—. La rotación del planeta es ahora más rápida de lo que indicaron los Exploradores. —Indicó una cantidad, y se la mostró a Usta—. Esta es la diferencia —dijo.

Usta leyó la ecuación resultante, escrita en lenguaje matemático.

—Díganos lo que representa en palabras normales. ¿Cuántos minutos?

Woos movió negativamente la cabeza.

—No son minutos, comandante —dijo—. Son algo más. Son, exactamente, una hora, veintitrés minutos, catorce segundos, cada treinta y dos horas. Es decir, que ahora el planeta da una vuelta sobre sí mismo en sólo treinta horas y treinta y siete minutos.

Usta quedó pensativo unos instantes. Luego, terminó encogiéndose de hombros.

—De todos modos —dijo—, esto no nos afecta demasiado. El planeta se encuentra en un estado de transición, de acuerdo, pero no veo que esto pueda repercutir sobre nosotros. ¿Qué importancia podemos darle, entonces?

—Tal vez sí que importe —objetó Arto—. Los efectos geológicos pueden dejarse sentir en esta región, en este valle precisamente. Debemos prevenirnos contra esta posible contingencia.

—¿Cómo?

—Instalando detectores sísmicos. No me gustaría, si llega a suceder algo, que nos cogiera desprevenidos.

Usta asintió con la cabeza. No podía negar que aquella era una petición lógica, y que no podía discutirla. Empezó:

—En este caso...

Y un grito de Woos le interrumpió en seco. De pronto, como si recordara algo importante que hubiera olvidado hasta entonces, el astrofísico palideció. Sus ojos se desorbitaron, y de su garganta escapó un grito alarmado:

—¡Dios Santo! ¡El crucero!

XIV

Usta se volvió rápidamente hacia el astrofísico.

—¿Qué es lo que sucede con el crucero?

Woos parecía haber quedado como anonadado. Sus ojos estaban fijos en un punto indeterminado frente a él, como mirando sin ver. Habló como si no se dirigiera a nadie en particular, en una especie de soliloquio.

—Lo dejamos anclado dentro de una órbita estable alrededor del planeta —dijo—. Sin embargo, la estabilidad de una órbita está siempre en función relativa con la fuerza de gravedad del planeta, menos la centrífuga correspondiente a su rotación. Si alguno de estos factores varía, la estabilidad de la órbita se verá afectada, en más o en menos. ¡Y entonces puede convertirse en una órbita total, mente inestable!

Las palabras de Woos fueron inmediatamente comprendidas por todos. Todos pensaron lo mismo: si la centrífuga había aumentado, el resultado gravedad menos centrífuga disminuiría, y la órbita de la nave se convertiría en inestable bajo un signo positivo. ¡Dios santo, entonces...!

El comandante echó a correr hacia las lanchas, y se metió rápidamente en una de ellas. Conectó el transmisor automático, pero recordó que el aparato lo único que hacía era emitir hacia la órbita del crucero; aunque este no estuviera allí, el emisor no lo registraría. Cerró el contacto y se volvió hacia Woos, que lo había seguido con los demás.

—¡Pronto, condenada suerte! —gruñó—. ¡Averígüenme inmediatamente la posición de la nave y detéctenla!

Woos asintió, y se dirigió a toda velocidad hacia los instrumentos de cálculo y detección de órbita. Los demás se apiñaron a su alrededor, en espera de los resultados.

Roni se encontraba algo confuso. Los últimos acontecimientos se habían sucedido con tanta rapidez, que no había acabado de asimilarlos totalmente. Sin embargo, sí sabía lo que podía representar aquello para todos ellos. Y no le gustaba demasiado.

Cabían dos posibilidades. En primer lugar, tal vez el aumento de la rotación del planeta se había producido antes de su llegada, esto no lo sabían. Si era así, el crucero habría sido ajustado a una órbita estable de acuerdo con el nuevo índice de gravedad-centrífuga del planeta. Y no habría sucedido nada.

Pero el aumento de la velocidad de rotación podía haberse

producido también después de su llegada al planeta. En este caso, la órbita de la nave habría sido afectada, en mayor o menor escala. El crucero llevaba un corrector automático de estabilidad orbital, pero tenía un máximo y un mínimo de capacidad de corrección. Si la variación había sobrepasado este margen… Nadie podía decir en este caso qué le sucedería al crucero.

Woos hizo los cálculos, y centró sobre el horizonte la trayectoria de la órbita. Roni pensó que todo aquello era una cadena: el aumento de rotación del planeta había afectado al planeta mismo, pero también habia afectado a la órbita del crucero. Al aumentar el valor de la fuerza centrífuga, había disminuido el valor efectivo de la fuerza gravitatoria, con lo que la nave se había encontrado de repente con un exceso de velocidad. Esto habría repercutido en su órbita, que se habría convertido, de una elipse, en una espiral divergente, con su punto mínimo en la órbita del crucero, y su punto máximo… en el infinito.

Esto era lo que podía haber sucedido. En la primera rotación, la excentricidad de la órbita sería poca, pero a cada vuelta iría aumentando progresivamente, en una progresión geométrica: si la primera rotación tenía una excentricidad sobre la anterior del valor de una unidad, la segunda tendría el valor de dos, la tercera de cuatro, la cuarta de ocho, la quinta de dieciséis, y así sucesivamente.

Y el crucero efectuaba una rotación en torno al planeta cada cinco horas.

Woos terminó sus cálculos, y fijó la órbita y la posición del crucero dentro de ella, en aquel momento. Lo indicó.

—Detéctelo —dijo Usta.

Woos manejó los aparatos, secundado por Alna. Todos levantaron instintivamente la vista al cielo, como si pudieran ver directamente el crucero.

—Se encuentra fuera de nuestro horizonte —señaló Woos—, Todavía tardaremos algo en captar su señal.

—Esperaremos, entonces —dijo Usta. Su tono quería ser normal, pero se apreciaba un ligero temblor. Comprendía la importancia de la situación. Y no estaba tranquilo.

Woos cerró secamente los aparatos.

—Nada —murmuró—. La señal no ha llegado.

—¡Tiene que haberla recogido, condenación! —gritó Usta—. ¡Por fuerza tiene que haberla recogido!

—Hace veinte minutos que debía haber pasado por sobre nuestras

cabezas —dijo Woos—. Y no lo ha hecho.

—Sus cálculos han de estar equivocados —murmuró Usta—. Forzosamente deben estar equivocados.

—Los repasaré —dijo Woos.

Pero sabía que no estaban equivocados.

—Es gracioso —dijo Ross, con una risita irónica—. De repente, uno de nosotros se da Cuenta de que nuestros relojes atrasan. Parece una cosa sin importancia. Pero luego resulta que no. Y sus consecuencias nos hacen perder el crucero.

Duarno movía la cabeza dubitativamente.

—Pero ¿qué pudo suceder? ¿Qué diablos pudo suceder?

—Es algo muy sencillo —murmuró Woos—. Al disminuir la fuerza real de atracción del planeta, la velocidad de escape del crucero, con respecto a ella, aumentó. La fuerza de atracción no era lo suficientemente fuerte como para retener el crucero dentro de su órbita, y éste escapó, se alejó, en una espiral divergente, del planeta. Esto fue lo que sucedió.

—Pero quizás podríamos hacerlo regresar. Nuestros instrumentos...

Woos movió la cabeza negativamente.

—Nuestros instrumentos tienen una potencia suficiente como para alcanzar la distancia de nuestra órbita original, pero no van mucho más lejos. Además, es imposible calcular la trayectoria que baya podido seguir y determinar su posición en este momento. Sólo sabemos que ahora debe estar vagando por el espacio, en algún punto indeterminado, fuera de nuestro alcance.

Van-D dejó escapar una risita.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el infinito. O basta que caiga dentro del campo gravitatorio de otro planeta, que lo termine atrayendo irremisiblemente hacia su superficie. Aquel será su fin. Y lo más curioso quizás será que entonces, tal vez dentro de muchos años, cientos o miles, los mismos hombres puedan encontrar sus restos, destrozados contra la superficie del planeta. Y entonces se preguntarán: ¿cómo vino a parar aquí esta nave? ¿Qué fue lo que la trajo, y quiénes debieron ser sus tripulantes? Y tal vez no encuentren nunca las respuestas a estas preguntas.

Losti se echó a reír.

—Muy curioso —murmuró—. Sí, muy curioso. Sobre todo para nosotros.

Usta dejó escapar un aullido:

—¡Cállense, condenación!

Todos le miraron. Usta estaba pálido, pero aún parecía conservar la serenidad. Murmuró :

—Creo que están llevando las cosas demasiado lejos. ¿Qué ha sucedido? Hemos perdido el crucero. Bien, un accidente. Y nada más.

—¿Nada más? —murmuró Barí suavemente—. Creo que no. ha comprendido, comandante, que nos encontramos prisioneros en la superficie de este planeta, que estamos imposibilitados de salir de él. ¿No cree que esto es bastante como para perder los ánimos?

Usta movió negativamente la cabeza.

—No es necesario dramatizar —dijo—. De acuerdo en que momentáneamente nos encontramos como prisioneros en Carno. ¿Y qué? Esta situación no durará mucho. Mundos Exteriores no tardarán en enviarnos una expedición de rescate. Cuando no reciban los informes periódicos del transmisor automático del crucero, comprenderán que algo ha sucedido, y nos enviarán una patrulla de Exploradores a investigar. Ellos nos recogerán.

—Pero nos hemos quedado sin subsistencias —objetó Bart.

—Los alimentos naturales del planeta no son despreciables. Ya los probamos una vez, y los encontramos sabrosos.

—¿Y la energía? —dijo Alna—. ¿Y el combustible?

—¡Al diablo! No tendremos que esperar mucho tiempo: lo más, cinco meses terrestres. No creo que nos muramos si prescindimos de unas pocas de nuestras comodidades por este tiempo.

Roni se echó a reír suavemente.

—¿Qué le sucede, E-E-812? —preguntó Usta, con gesto hosco.

—Absolutamente nada, comandante —dijo Roni—. Sólo que se me ha ocurrido pensar que, al final de todo, tal vez tengamos que adoptar, y no por gusto precisamente, la anti-civilización de los hombres azules. Nos encontramos en la misma situación que ellos.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Usta.

—Sólo que su plan de civilizarles ha resultado mal, comandante. ¿Cómo vamos a hacerlo, si no tenemos medios? Recuerde que la mayor parte de los instrumentos, excepto los más elementales, estaban aún en el crucero, y se han perdido con él.

Usta gruñó algo indescifrable.

—Váyase al diablo, E-E-812 —dijo—. No pienso ceder tan fácilmente. A unos salvajes tan atrasados como éstos se les puede enseñar sin instrumentos. Todavía nos quedan muchos recursos.

—De acuerdo —dijo Roni—. Pero no olvide que ahora nos encontramos a su merced.

Se produjo un largo silencio. Usta dirigió su vista hacia el suelo, y

rascó con la punta de su bola la blanda tierra del planeta. Murmuró al fin:

—Sé lo que quiere decir, E-E-812, pero no piense que va a hacerme cambiar de opinión. Le di un plazo de dos días para que pudiera demostrar sus teorías, pero lo único que pudo hacer fue balbucearnos algo inconsistente, que ni usted mismo parece creer. Su período pasó ya; ahora llega el mío. Voy a seguir mi método. Con crucero, o sin él.

—Pero, si los salvajes no están conformes, ¿qué haremos? ¿Qué haremos si nos atacan?

—Usaremos la fuerza.

Roni no respondió inmediatamente. Tomó su fusil, y se lo colocó en bandolera. Miró hacia atrás, hacia el horizonte.

—Bien, comandante —dijo—. Regresemos al poblado, entonces. No olvide que, allí, sin lugar a dudas, nos están esperando.

Y apenas hubo acabado de pronunciar aquellas palabras, entonces, como1 si fuera una respuesta de los hombres azules, del planeta mismo, vibrando inmensamente bajo sus pies, se produjo el tercer temblor.

XV

El poblado seguía silencioso, muerto; en su interior no se podía apreciar la menor señal de vida.

—Igual que antes —murmuró Bestar—; siguen durmiendo. El nuevo temblor no los ha despertado.

—Quizás —ironizó Woos—, al contrario, les ha hecho dormir más profundamente.

El silencio era absoluto; incluso el viento parecía haber cesado. El tercer temblor, que los sorprendiera cuando iban a reemprender la marcha hacia el poblado, no se había repetido. Tampoco había dejado sentir efectos posteriores apreciables, al menos en lo que podía abarcar la vista.

Y el poblado de los hombres azules, ahora que regresaban a él, seguía sumido en su sueño. En su sueño cataléptico, del que no parecía haber despertado aún.

—Condenados —gruñó Usta—. Condenados.

Giró la vista en rededor, como buscando algo inconcreto, algo que no existía siquiera, que ni él sabía exactamente lo que era. Repitió :

—Condenados.

Estaba intranquilo, nervioso. La pérdida del crucero, el nuevo temblor, todo ello le había afectado visiblemente. Y Usta, cuando se sentía afectado, se volvía inconsistente, irritable. Ahora, más que nunca, estaba completamente seguro de sus propias convicciones: los hombres azules no merecían más consideraciones de las que pudiera merecer un salvaje cualquiera. Así debían obrar.

Se metió en una cueva, y se internó en una de las estancias. Allí se apreciaban varias figuras, tendidas en el suelo en diversas posturas, todas ellas inmóviles, silenciosas, como si ni siquiera respiraran. Se acercó a una de ellas, y en un arrebato le pegó con el pie en un costado.

—¡Condenados estúpidos! —chilló—. ¡Voy a enseñaros...!

Roni lo sujetó rápidamente por un brazo, antes de que pudiera seguir con sus patadas.

—Cuidado —advirtió—. Los Reglamentos de Mundos Exteriores prohíben emplear la violencia física contra cualquier nativo de otro planeta. Máxime si éste se encuentra indefenso y no puede responder al ataque.

Usta se desasió bruscamente del brazo que lo sujetaba.

—Ya lo sé, condenación —exclamó furiosamente—. Sé lo que se debe hacer. No intente imponérseme.

—No intento imponerme, comandante. Pero no toleraré que use la brutalidad como medio para imponerse usted.

Usta se enfrentó con él, con los ojos centelleantes.

—¿Intenta coartar mi autoridad? Le advierto que esto puede llevarle a un consejo de guerra, E-E-812.

Roni sonrió con suavidad.

—Todo depende de lo que afirmen los demás miembros de la expedición. No olvide que ellos deberán en todo caso declarar como testigos, y que muchos de ellos quizás tampoco estén de acuerdo con su modo de proceder.

Usta se mordió los labios, y dirigió una fugaz mirada a los demás. Se desasió del brazo de Roni de un tirón, soltando un bufido.

—Váyase al diablo —gruñó.

Salió de la cueva, y se dirigió con paso decidido hacia la plazoleta central. Estaba al mismo tiempo furioso e indeciso. No sabía exactamente lo que debía hacer. El había esperado encontrar a los hombres azules despiertos, esperándoles. Con ellos o contra ellos, pero esperándoles. Entonces hubiera sabido qué hacer.

Pero los hombres azules todavía seguían con su sueño. Y aquello le había puesto en la imposibilidad de tomar ninguna decisión. ¿Qué podían hacer ahora? ¿Qué resolución podían tomar, salvo esperar de un modo pasivo los acontecimientos?

Llegaron a la plazoleta central, y Usta se dirigió rectamente hacia la cueva que les servía de vivienda. Penetró en ella con paso decidido, y se detuvo en seco casi en su mismo umbral, como si de repente un rayo lo hubiera paralizado. En el interior de la cueva, de pie en la entrada de su estancia, inmóvil, los ojos fijos en el exterior, como aguardándoles, se encontraba Doa.

No se asombró al verlos; parecía como si les estuviera aguardando ya, como si supiera que iban a venir. No realizó el menor movimiento. Sólo sus labios se entreabrieron, para pronunciar en su idioma unas pocas palabras.

—Hola —dijo—. Os estaba aguardando.

Usta tuvo que hacer un esfuerzo para vencer su inmovilidad. Lo que menos esperaba era que la muchacha hubiera despertado de su profundo sueño, y que estuviera allí, aguardándoles. Avanzó unos vacilantes pasos, sin saber exactamente qué era lo que debía hacer.

—¿Cómo has despertado? —murmuró—. ¿Cómo es que los demás siguen durmiendo, y tú no? ¿Qué significa todo esto?

Doa parecía no entender sus palabras. Repitió la misma frase de

salutación, como si supusiera que no la habían entendido.

—Os estaba esperando.

Roni había entrado en la cueva tras el comandante. Avanzó también unos pasos, y se situó ante ella. Preguntó, a su vez, pero con voz suave:

—¿Cuándo has despertado?

Ella volvió sus ojos hacia él. Entonces sí contestó, dirigiéndose a él precisamente, como si considerara que sólo él era capaz de entender lo que tenía que decirle:

—Poco antes del último temblor. Creímos que el primero marcaba ya el principio del fin, y por eso /todos nos refiramos. Pero nos equivocamos. Por eso yo he vuelto.

—¿De dónde has vuelto?

Ella se encogió de hombros, sin responder.

Usta no acertaba a reaccionar, y parecía haberse retirado a un segundo plano. Doa dio media vuelta, y se dirigió hacia el fondo de la cueva, hacia una de las estancias que ocupaban los terrestres. Roni la siguió.

—Un momento —pidió—. Dices que tú has vuelto. Pero ¿por qué?

—Os esperaba —repitió ella—. Ya os lo he dicho.

—¿A nosotros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesitaba preveniros —dijo—. Por eso volví.

Roni veía un sentido muy amplio de la palabra *volver* que empleaba la muchacha. Intuía que con ella Doa quería indicar su sueño cataléptico, pero la palabra indicaba un lugar diferente, en el espacio o en el tiempo. Hubiera deseado obtener una explicación más amplia, pero comprendía que en aquel momento era imposible.

Los demás habían penetrado también en el interior de la cueva, atraídos por el interés de la conversación. Usta pareció reaccionar de su primera sorpresa, e intentó entrar también en el diálogo; pero Doa no pareció hacerle el menor caso.

—¿De qué tenías que prevenirnos? —preguntó Roni.

Ella posó por unos instantes su mirada en cada uno de los doce hombres que tenía ante sí. Permaneció unos breves momentos silenciosa, como meditando las palabras que debía decir. Murmuró:

—Tal vez no lo comprendáis, pero debo hacerlo. Debemos hacerlo, para vuestro propio bien.

—¿Qué?

Se enfrentó directamente con Roni, como si se dirigiera

exclusivamente a él.

—Vosotros no habéis sido sinceros con nosotros —dijo—, pero nosotros no queremos vuestro mal. Cada raza tiene una idea concreta de lo que es el bien y el mal en la vida, y nosotros respetamos esta idea. Por esto mismo, nuestro deber es preveniros.

—¿De qué? —repitió una vez más Roni.

—Vosotros teméis a la muerte —dijo la muchacha—. Vuestros cuerpos sufren con su sola idea, y la evitáis siempre que os es posible. Atajasteis el fuego del bosque y matasteis a los animales que acudían en su huida hacia el poblado precisamente por este motivo. El es el que domina vuestras vidas, y no podéis evitarlo.

—¿Cómo sabes todo esto? —interrumpió Usta vivamente—. ¿Cómo sabes lo del incendio del bosque y lo que hicimos?

Ella pareció no haber oído aquella pregunta. Siguió hablando, dirigiéndose a Roni:

—Por eso debemos avisaros —dijo—. En este planeta reina la muerte y la destrucción. Si queréis evitarla, ya que la teméis tanto, iros de él cuanto antes. Por encima de vosotros, por encima de nosotros mismos, iros. Iros antes de que vuestro mal, que es la muerte, os destruya.

—¿Lo dices por los temblores del suelo? —preguntó Roni.

Ella negó con la cabeza.

—No sólo por esto. El planeta sobre el que estáis está muerto, y todo lo que existe en él morirá también. Vosotros vinisteis del cielo, de un lugar distinto a éste. Regresad a aquel mismo lugar, y olvidaros de lo demás. Allá donde el azul del cielo desaparece y entráis en la negrura del firmamento, podréis estar a salvo del mal de la muerte. Aquí no.

Roni sintió que aquellas palabras le impresionaban. No acababa de comprender su significado, pero sí veía que la muchacha quería decirle algo importante con ellas. Y sí veía claramente algo: los hombres azules parecían creer que los movimientos sísmicos del planeta podían traer la muerte y la destrucción a aquel lugar.

—Nosotros conocemos también la verdad —dijo—, y vemos que vosotros estáis equivocados. Los movimientos del suelo no constituyen ningún peligro serio, ni para vosotros ni para nosotros. Al menos por ahora.

Ella dijo nuevamente que no con la cabeza.

—Sois vosotros quienes estáis equivocados. La muerte se esconde dentro del planeta, y muy pronto saldrá a su superficie.

—Es un error —opuso Roni—. Nosotros hemos podido ver la

realidad de lo que sucede, sobre todas vuestras fantasías. El planeta...

Y se interrumpió. Los salvajes no tenían palabras para explicar aquello. Planeta, rotación, equilibrio... eran conceptos desconocidos para sus mentes primitivas.

—No puedo explicártelo —dijo—, pero lo hemos estudiado. Y sabemos que estáis equivocados.

Por tercera vez, ella dijo que no con la cabeza. Respondió:

—No estamos equivocados. Tú quieres decir que el planeta da vueltas sobre sí mismo, y que de repente ha aumentado la rapidez de estas vueltas, ¿no es verdad? Y por ello la tierra tiembla.

Roni se sorprendió. Nunca hubiera podido creer que los hombres azules tuvieran suficientes conocimientos astronómicos como para describir aquel fenómeno. Dijo que si con la cabeza.

—Pero lo que vosotros no sabéis —continuó la muchacha—, es que este aumento no se ha detenido. Hace ya mucho tiempo que el planeta va aumentando poco a poco su velocidad, dando vueltas cada vez más aprisa, siempre más aprisa. Hoy da una vuelta, mañana quizás dos, pasado mañana quizás tres. Y así, hasta que no podría girar más aprisa, y estallará. Entonces la muerte asomará a su superficie.

Se produjo un silencio absoluto. Roni palideció. Le pareció que aquellas palabras que acababa de escuchar no habían sonado nunca; no podían sonar allí, en aquella cueva excavada en la roca, pronunciadas por la boca de una muchacha salvaje, en la prehistoria de su evolución. Quiso decir algo, pero las palabras no salieron de su boca. Usta, no menos sorprendido que él, avanzó unos pasos hacia ella, e hizo una incrédula pregunta:

—¿Y tú cómo sabes esto?

Por primera vez, Doa pareció darse cuenta de que allí existían otros hombres además de Roni. Sus ojos miraron fugazmente al comandante.

—No puedo explicarlo —respondió—, pero lo sé. Lo sabemos todos nosotros. Por eso queremos avisaros, antes de que sea demasiado tarde. Iros, huid de aquí antes de que la muerte se apodere del planeta. Si no, estaréis perdidos.

Roni no acertaba a reaccionar. Estaba enormemente impresionado por aquellas palabras, unas palabras que nunca hubiera creído poder oír de boca de la muchacha. No era ya el solo hecho de lo que decían aquellas palabras, sino también de lo que representaban, tanto para ellos como para los hombres azules. Porque, si esto era cierto, el planeta, todo el planeta...

No, no era posible. Era totalmente absurdo que fuera cierto. Todo

era un sueño, una maldita pesadilla. Los hombres azules, el sueño cataléptico, los temblores, el crucero… todo era una espantosa pesadilla, algo que se desvanecería en cualquier momento, dejando paso a la realidad.

Y sin embargo…

El planeta había aumentado su velocidad de rotación. Pero este momento, ¿se había detenido? ¿O acaso seguía todavía, en una aceleración constante, progresiva, ininterrumpida? Miró a Woos, como pidiendo una respuesta, como suplicando una respuesta. El astrofísico también estaba pálido.

—Cristo, no lo sé —musitó Woos en voz muy baja—. Juro que no lo sé. Y sin embargo… puede ser cierto.

Miró, uno a uno, a todos sus compañeros. Luego, su mirada se posó en la muchacha, vacilante, incrédula.

—Una salvaje —murmuró—. Y sin embargo, puede estar en lo cierto. Puede decir la verdad. Un aumento progresivo de la rotación, el planeta condenado a muerte por él mismo… ¡Cristo, puede ser cierto! *¡Puede ser cierto!*

Lo dijo con un grito agudo, impresionante. Dio media vuelta, y echó a correr hacia la salida. Los demás titubearon. Usta se acercó a la muchacha, con el rostro muy pálido. Sentía la boca seca, los labios temblorosos. Por su mente no pasaba la idea de que la muchacha que lógicamente no lo podía saber, sabía aquello. No pensaba en cómo lo sabía, ni en por qué lo sabía. Su mente manejaba una única idea, un único pensamiento: el planeta condenado a muerte, y el crucero perdido para ellos, alejándose constantemente hacia el espacio abierta, fuera por completo de su alcance. Ellos, prisioneros en la inmensa cárcel de Carpo, imposibilitados de salir de allí. Y el planeta girando cada vez más aprisa, más aprisa, más aprisa…

Se acercó a la muchacha, con los labios temblorosos, las manos crispadas. Agarró fuertemente a Doa por los brazos, y sus dedos se hincaron fuertemente en la carne de la muchacha. Sus labios se crisparon en un rictus doloroso.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró—. ¿Cómo sabes que lo que dices es cierto? ¡Vamos, dínoslo! *¡¿Por qué demoniaco poder lo sabes?!*

XVI

Woos se encontraba como loco. Llegó jadeante junto a las lanchas aéreas, y subió rápidamente a la que llevaba en su interior los instrumentos de observación astronómica. Se sentó ante ellos.

Sus manos temblaban fuertemente. Necesitó hacer un enorme esfuerzo para calmarse lo suficiente como para mover los diales de los aparatos, y ajustar todos los instrumentos de medición. Sus labios repetían temblorosamente dos únicas palabras:

—Dios santo. Dios santo. Dios santo…

Estaba excitado, enormemente excitado. Su mente bullía con cientos de ideas, miles de ideas, todas ellas enfocadas hacia un mismo punto: la rotación del planeta, sus características y sus consecuencias. Trabajaba excitadamente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, y con una fiebre loca. Tuvo que repetir tres veces sus observaciones antes de conseguir un resultado concreto. Cuando al fin lo obtuvo, llevó la cifra a la electrónica-piloto de la lancha.

Estuvo trabajando en ella casi una hora, computando los datos y los resultados, sumido en una gran excitación. Tenía miedo de conocer el resultado, de saber. Algo en su interior le decía que no podía ser cierto, pero que sin embargo, lo era. Y en aquella duda, su cerebro trabajaba febrilmente.

El doble sol de Proción se encontraba ya casi en su cénit cuando tuvo ante él el resultado definitivo. Sus ojos se posaron incrédulamente sobre él. Y de sus labios absortos brotó una horrorizada exclamación:

—¡Dios santo, es cierto! *¡Es cierto!*

Echó a correr en dirección al poblado de los hombres azules, poseído de una frenética excitación. No notó el nuevo temblor que sacudió el suelo bajo sus pies, y que estuvo a punto de hacerle caer. Su mente estaba embotada, anonadada. La magnitud de lo que significaba su comprobación había calado tan hondo en su cerebro que le había insensibilizado a todo lo que no fuera aquella idea. El planeta había aumentado su velocidad de rotación de un modo al principio lento, pero progresivo. Primero habían sido unas décimas de segundo al día, pero luego, al aumentar este tiempo, el mismo aumento lo había hecho aumentar a su vez, de modo que todo ello se producía a ritmo uniformemente acelerado, en forma de progresión geométrica. Las primeras treinta y dos horas quizás sólo fuera un minuto, pero a las segundas eran ya dos, a las terceras cuatro, a las cuartas ocho, a las quintas dieciséis, y así sucesivamente.

Y ahora, el proceso se encontraba ya dentro de una magnitud tan alta que no podía detenerse. El proceso llegaba ya a su fin. El aumento era tal, que en pocos días llegaría a su límite máximo. Y entonces el planeta, todo el planeta, estaba irremisiblemente condenado a la muerte.

Woos sabía aquello. Y sabía también que, por efectos de aquel mismo fenómeno, el crucero estaba perdido para ellos. Y no tenían ninguna escapatoria para huir de aquel planeta. Estaban condenados a su mismo destino, a su misma suerte.

—Es cierto. Dios santo, es cierto; es cierto...

Sus labios murmuraban febrilmente aquellas palabras, en una letanía incansable. Llegó al poblado, jadeante, agotado, y penetró en la cueva donde se encontraban los demás. Se detuvo en el umbral, sin fuerzas para avanzar más, sin voz para decir nada.

Se encontraban todos en la tercera estancia, la más profunda. Doa estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los ojos perdidos en un punto indeterminado del espacio, inmóvil, como ausente. Usta, Roni y los demás, a su alrededor, en diversas posturas, estaban también inmóviles.

Al verle, todos, como movidos por un mismo resorte, se pusieron en pie.

—¿Qué? —interrogó Usta en un grito, acercándosele.

Woos no podía hablar, pero su rostro, su palidez y su agitación daban suficientemente la respuesta. Tendió el plastopapel en el que la máquina había inscrito el último resultado, el definitivo, de todos sus cálculos y observaciones.

—Una... una hora y treinta y cuatro minutos —murmuró al fin, con voz entrecortada—. El planeta... el planeta va aumentando su velocidad a medida que pasa el tiempo; a cada minuto, a cada segundo. Y este aumento aumenta también cada vez más en intensidad. Por esto los temblores son más frecuentes ahora que antes.

Usta contempló unos instantes el plastopapel, con los ojos incrédulos. En su interior aún no acababa de creer aquello. Todo le decía que era imposible. Había sucedido todo con tanta rapidez, que su mente no podía seguir la marcha normal de los acontecimientos.

—¿Esto quiere decir —murmuró— que el planeta está condenado?

Woos asintió con la cabeza. Usta pensó en el crucero, perdido en el espacio. Y ellos, allí, encerrados en el planeta, sin poder salir de él, sin poder comunicar a la Tierra su situación.

—¿Cuánto tiempo cree que transcurrirá? —preguntó, titubeando —. ¿Cuánto, hasta...?

Woos hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé —murmuró—. No puedo calcularlo. Quizás quince días, o una semana, o tan solo unos días. O a lo mejor tres meses, o un año... Lo ignoro.

—¿Pero puede calcularse?

—Con los instrumentos de que disponemos, no —denegó Arto—. Necesitaríamos poseer la información del crucero.

Usta calló unos instantes. A ninguno se le ocultaba la gravedad de la situación en que se encontraban. El comandante, tras un largo silencio, preguntó:

—¿Existe alguna solución?

—Las lanchas aéreas sólo alcanzan un trecho de tres kilómetros —dijo Woos—; recuerde el informe de los Exploradores respecto a la constitución de la atmósfera. Además, sus motores no tienen la suficiente potencia como para escapar de la atracción de Carno, ni tienen las suficientes condiciones como para viajar por el espacio. No podemos salir de la atmósfera.

Usta vaciló. Se dirigió a Roni:

—¿Qué opina, E-E-812? —preguntó.

El aludido se encogió brevemente de hombros.

—Usted es el comandante —dijo—. Mis dos días ya han pasado; ahora es usted quien debe tomar las decisiones.

—Es nuestro castigo —murmuró Bart lentamente—. No debimos quebrantar las leyes de los salvajes. Si hubiéramos regresado a la Tierra cuando empezamos a comprender...

—¡Cállese, condenación! —se irritó Usta—. ¡Le prohíbo esta clase de observaciones!

Bart se echó a reír. Usta se volvió fieramente hacia Woos, estrujando en su mano crispada el plastopapel.

—¿Cree que puede haberse equivocado, E-E-700? ¿Cree que puede existir aún alguna posibilidad?

—Ojalá —deseó el astrofísico.

No fue necesario añadir nada más. Usta comprendió que era inútil todo lo que pudiera decir. Arrojó la informe bola del plastopapel al suelo, y bajó la cabeza. Había sido vencido.

—*El planeta sobre el que estáis está muerto* —murmuró suavemente Roni—, *y todo lo que existe en él morirá también. Vosotros vinisteis del cielo, de un lugar distinto a este. Regresad a aquel mismo lugar, y olvidaros de lo demás. Allá donde el azul del cielo desaparece y entráis en la negrura del infinito, podréis estar a salvo del mal de la muerte. Aquí no*.

Usta se volvió como picado por una serpiente. Sus ojos se fijaron

fieramente en Roni, y luego en la muchacha. Gritó:

—¡Condenación, es imposible! ¡No puede ser cierto!

Roni miró también a la muchacha, y se rió.

—¿Y por qué no? —dijo—. Ella nos lo ha dicho bien claro. Lo sabía desde un principio. Sólo que ha esperado a comunicárnoslo hasta que ha sido demasiado tarde.

—El sueño cataléptico —murmuró Usta, casi para él mismo—. Todos ellos estaban dormidos, de modo que no nos lo pudieron decir. Pero ellos lo sabían. En cambio, cuando perdimos el crucero, ella despertó. Sólo ella. Y nos lo dijo. ¿Por qué entonces precisamente?

—Pregúnteselo a ella —dijo Roni.

Usta sacudió la cabeza. Su mente era un revoltijo de ideas.

—Intentaron engañarnos —murmuró—. Nos han engañado. Desde un principio lo sabían; y sin embargo, no nos dijeron nada. Se han vengado de nosotros. Quieren que nos quedemos en el planeta, que muramos con ellos; que sigamos su propio destino. ¡¿Por qué?!

—Pregúnteselo a ella —repitió Roni.

Usta se sintió desalentado. Ya lo había hecho. Ya lo había intentado, cuando Woos salió corriendo hacia las lanchas aéreas. Había preguntado a la muchacha el porqué de todo aquello, el cómo lo sabía. Pero Doa no le había respondido en absoluto. La había amenazado, le había pegado incluso, sin el menor resultado. Al final, había tenido que abandonarlo.

Hasta aquel momento, habían estado hablando entre ellos en Solar. La muchacha no entendía lo que decían. ¿O quizás sí? Tal vez supiera su idioma, aunque no quisiera demostrarlo. Y en este caso...

Usta se sentía confuso. Todo había sido tan rápido, tan precipitado, que no le había dado tiempo a reaccionar. Su carácter le pedía acción, acción directa. Hubiera querido gritar, enfurecerse, golpear todo lo que tuviera ante sí, para calmar sus nervios excitados. Pero ni esto podía hacer.

Sin embargo, la muchacha estaba allá. Doa estaba allá, frente a ellos. Tranquila, con su eterna indiferencia retratada en su semblante. Usta sintió un violento acceso de cólera. Sacó su pistola lumínica de la funda, y avanzó hacia ella.

—Hablarás —murmuró—. Ya lo creo que hablarás. Nos lo dirás todo, si no quieres...

Roni se levantó de un salto. Su mano agarró fuertemente el brazo armado del comandante, en una fuerte tenaza.

—¿Cree que conseguirá algo matándola? —murmuró—. ¿Cree que ella teme a la muerte, a cualquier clase de muerte que pueda

proporcionarle? Me parece que sus sentidos están trastornados, comandante, y no raciocina con claridad. Procure calmarse; será mejor para todos.

Usta se detuvo. Dudó brevemente unos instantes. Luego, suavemente, se echó a reír.

—Tiene razón, E-E-812 —dijo—. Lo había olvidado. La muerte no es para ellos ningún mal. Todavía le haría un favor si la matara. Sí, lo había olvidado.

Su risa seguía sonando. Roni presionó fuertemente sobre su brazo.

—Cállese —murmuró—. Cállese, y váyase. Váyanse todos. Quiero quedarme a solas con ella.

—¿Por qué? —interrogó Usta.

—No lo sé. Pero creo que si hay algo que podamos saber, algo que pueda ayudarnos en cualquier sentido, en nuestra situación, sólo yo podré hacérselo decir. Pero necesito estar a solas con ella.

Usta miró unos instantes su pistola, y se echó de nuevo a reír. La devolvió a su funda.

—Tiene razón —dijo—. Creo que ahora siempre tendrá razón. Al fin y al cabo, ¿qué nos importa ya lo que suceda? Haga lo que quiera, E-E-812. Tiene mi consentimiento.

Roni quedó a solas con la muchacha azul.

Doa seguía sentada en el suelo, en la misma postura que cuando entrara Woos, sin haberse movido en lo más mínimo. Por unos instantes, a Roni le asaltó la idea de que hubiera vuelto a sumirse en su sueño cataléptico. Sin embargo, ella tenía los ojos abiertos.

Se acercó y se sentó a su lado. Sabía que debía decirle algo, que debía decirle muchas cosas, pero no sabía por dónde empezar. Hubiera querido encontrar alguna fórmula, algún pretexto que le diera pie para iniciar sus preguntas; pero no se le ocurría nada.

Lentamente, ella volvió sus ojos hacia él. Eran sus azules ojos de siempre, intensos, eternamente brillantes. Pero ahora parecía existir en ellos una nueva luz, algo distinto, algo que no había visto —o no había sabido ver— hasta entonces.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Roni.

Ella asintió con la cabeza.

—Pero vuestro lenguaje es desconocido para mí —se apresuró a añadir . No lo he comprendido.

Roni empezó a trazar con la mano de un modo maquinal, signos en el suelo. Su cabeza estaba llena de preguntas, de cientos de preguntas. Todas ellas exigían una respuesta concreta, importante. Pero no sabía

cómo empezar a formularlas, cuál escoger para la primera. Sabía que muchas de ellas no serían comprendidas por Doa. Ni contestadas.

Pero existía una, una entre todas ellas, la más importante quizás. Una que tal vez compendiara en sí misma a todas las demás. Aquella era la que debía formular.

—Debo decirte algo, Doa —dijo lentamente, con voz suave, como quien va a hacer una confesión—. Creo que tú ya lo debes saber, pero debo decírtelo igualmente. Espero que me comprendas.

Ella seguía mirándole. No dijo nada. Roni siguió:

—Cuando vinimos aquí, a vuestro planeta, llegamos con una misión concreta. Nosotros hemos venido de lejos, ¿sabes?; de muy lejos. Nuestro mundo, un mundo como el vuestro, aunque con mucha más gente, está tan lejos de éste que desde aquí, por más que nos esforzáramos, no conseguiríamos verlo nunca.

»Vinimos aquí con la misión concreta de civilizaros. Creíamos que vosotros erais un pueblo ignorante, y que apreciaríais el que nosotros os ayudaremos. Nos equivocamos. Sin embargo, no sabíamos el motivo de todo ello, y esto nos hizo dudar. Traíamos de nuestro planeta una misión determinada, y no podíamos abandonarla. Cometimos algunos errores. Y al parecer, los hemos pagado muy caros.

Ella seguía silenciosa, mirándole, con los ojos muy fijos en sus propios ojos. Roni se sentía nervioso, azorado. Siguió:

—Nosotros nos hemos esforzado por comprenderos, pero no lo hemos conseguido totalmente. Estáis muy lejos de nosotros, demasiado lejos. Sois un completo enigma para nuestras mentes. Pero no podemos dejaros sin saber la verdad. Debéis contestarnos, aunque sólo sea para satisfacer nuestra curiosidad, aunque sólo sea a una sola pregunta. ¿Qué sois en realidad?

Por primera vez desde que Roni empezara a hablar, ella desvió la vista, posándola en los dibujos que Roni había hecho en el suelo.

—Desde que llegasteis os hemos estado examinando —murmuró—. Y liemos llegado a la conclusión de que sólo tú, entre todos tus compañeros, serías capaz de comprender la verdad. Pero tenemos miedo.

—¿Por qué?

—Nuestra verdad es muy distinta a vuestra verdad, está muy lejos de ella. Y no os hará ningún bien quizás el conocer la naturaleza de nuestro mundo.

—¿Cuál mundo? ¿El de vuestro estado cataléptico? ¿El que vislumbré yo cuando intenté interrogarte mientras estabas dormida?

Ella guardó un breve silencio.

—Aquel es parte de nuestro mundo —dijo al fin—. Sólo una, pequeña parte ¿comprendes?

Roni negó con la cabeza.

—No, no lo comprendo.

—Lo imaginaba. Podría estar muchos días hablándote sobre ello, y tú no lo comprenderías. Nuestros mundos son demasiado distintos, están demasiado lejos el uno del otro. Por esto, es mejor que os vayáis mientras estéis a tiempo de hacerlo. El final, nuestro último destino, se acerca para nosotros. Iros antes de que sea tarde. Aquí ya no tenéis nada que hacer.

Roni bajó la cabeza, y borró de un manotazo los dibujos que había hecho en el polvo del suelo.

—Esta es nuestra principal dificultad —dijo—. Ahora ya es demasiado tarde. No podemos irnos.

Ella levantó con sorpresa la mirada.

—No te comprendo —dijo—. Vinisteis aquí con un gran aparato, desde el cielo. Iros de nuevo con él.

Roni pensó en que ella sabía que habían llegado en una nave, pero que no sabía que la nave había sido destruida. Pero aquellos dos pensamientos quedaron casi inmediatamente ahogados por muchos otros. Musitó:

—Nuestro aparato se perdió en el cielo, ya no podemos disponer de él. Estamos condenados a quedarnos en este planeta.

Ella abrió mucho los ojos.

—Y a morir en él —musitó.

Roni asintió con la cabeza.

—Y a morir en él —dijo.

La muchacha calló. Durante unos breves momentos pareció ensimismada, como sosteniendo un diálogo consigo misma. Levantó de nuevo la vista.

—Vinisteis del cielo en un gran aparato —dijo—. Pero vuestro aparato se perdió. Si pudierais disponer de otro aparato como aquel, ¿os marcharíais?

Roni pensó en que allí estaban irremisiblemente condenados, y en que una nave que substituyera al crucero podría ser su salvación. Pero allí no existía ninguna nave; era una especulación absurda.

—No disponemos de ella —dijo—. Desgraciadamente, no disponemos de ninguna.

—Pero si la tuvierais —insistió ella—. ¿Os marcharíais?

Roni dudó unos instantes.

—S… sí —dijo al fin.

La muchacha se levantó.

—Ven conmigo, entonces —dijo.

El doble sol declinaba ya en el horizonte. La tarde iba avanzando lentamente, en su eterno viajar sobre el planeta. El poblado permanecía silencioso, quieto, muerto.

Al salir de la cúpula, Roni intentó encontrar a Usta y a los demás, pero no pudo verlos.

—Vuestros pájaros —le dijo Doa—. ¿Dónde los tenéis?

—¿Para qué?

—No preguntes, y condúceme hasta allí. Los necesitaremos.

Roni no hizo ninguna otra pregunta. Seguido por la muchacha,

echó a andar hacia la hondonada donde se encontraban las lanchas aéreas.

Llegaron allá. La muchacha contempló los tres aparatos, finos, aguzados, con la proa estilizada y el vientre en forma de barquilla, aptos para aterrizar tanto en tierra firme como en el mar, listos siempre para emprender el vuelo en cualquier momento.

—¿Cuál es el mejor? —preguntó.

—Los tres son iguales —dijo Roni—. Tanto sirve uno como los otros dos.

—Entonces subamos a éste.

Roni vaciló unos instantes.

—Pero —murmuró—, esto representa...

—Subamos.

Roni estaba demasiado sorprendido como para discutir. Se encaramó a la carlinga de la primera lancha, y ayudó a subir a la muchacha. Ella dirigió una rápida mirada al interior. Era una mirada de curiosidad, pero no de sorpresa. Indicó:

—Hazlo volar.

—¿Hacia dónde?

—Ya te lo indicaré. Hazlo volar.

Roni se sentó ante los mandos. Hubiera deseado poder comunicarse con Usta y los demás. Podía hacerlo, a través del transmisor de la nave, pero no quería hacer desconfiar a Doa. No sabía lo que se proponía la muchacha, pero veía que iba a ser algo importante. Sin embargo, su mente planteaba una pregunta: ¿cuáles serían las consecuencias? No podía hallar ninguna respuesta satisfactoria.

—Hazlo volar.

Puso en marcha el motor, y movió la barra de dirección. El aparato se elevó lentamente, en vertical, hasta alcanzar una altura de cien metros.

—¿Hacia dónde? —preguntó Roni.

Allá abajo, como si estuvieran contemplando un mapa en relieve, podía divisarse todo el panorama del lugar que acababan de abandonar. El poblado de los salvajes, el río, el bosque, la amplia área renegrida por el incendio, la ondulante llanura de hierba que se extendía al otro lado...

—Hacia allá —dijo la muchacha, señalando hacia el sur.

Roni inclinó la barra de dirección, y el aparato dio un amplio viraje, hasta centrarse en la ruta señalada. El suelo empezó a deslizarse rápidamente bajo sus pies, en una sucesión ininterrumpida.

—¿Recto?—indicó Roni.

—Hazlo bajar un poco.

Descendió treinta metros, hasta nivelarlo. Allá delante se alzaba la alta barrera de unas montañas.

—Allí —dijo la muchacha.

Y señaló el alto pico que se erguía ante ellos.

Aquellas no eran las montañas que habían surgido del último plegamiento, sino otras, mucho más antiguas. Eran ya viejas, desgastadas, de índole completamente rocosa, granítica. Roni podía divisar el alto muro de piedra que se iba acercando por momentos, inmenso en su escabrosidad. Murmuró:

—No puedo posar aquí mi pájaro. Necesito un terreno llano.

—Aterriza al pie de la montaña —dijo la muchacha. Y la palabra aterrizar, en el idioma de los hombres azules, le sonó nueva a Roni.

Inclinó el aparato hacia el suelo, y descendió casi en picado. A poca distancia del suelo lo enderezó, y conectó los frenos verticales. La lancha terminó su viaje con lentitud, posándose suavemente en una amplia extensión rocosa casi llana, al pie mismo de la montaña.

—Ya estamos —dijo—. ¿Y ahora qué?

Ella miraba hacia arriba, hacia la alta ladera. Dijo:

—Salgamos. Hemos de subir a la montaña.

Roni la cogió por un brazo, obligándola a mirarle fijamente.

—No comprendo nada de todo esto —dijo—. ¿Para qué hemos venido aquí? ¿Qué es lo que pretendes hacer?

El rostro de la muchacha mostraba una risa enigmática. Dijo:

—Ya lo verás. No puedo explicártelo si no lo ves por ti mismo. Vamos.

Roni se encogió de hombros. Comprendía que nada conseguiría; lo mejor era aguardar los acontecimientos. Descendieron del aparato, y la muchacha le tendió una mano.

—Vamos —dijo—. Sígueme.

Roni miró la alta montaña, erguida frente a ellos como un titán. La muchacha cogió su mano, en un apretón fuerte.

—Vamos —dijo.

Y Roni la siguió.

La escalada fue difícil, pero el seguro andar de la muchacha le dio confianza. Le pareció que hacía muy poco tiempo que habían descendido de la lancha aérea cuando llegaron arriba; sin embargo, el sol rozaba casi el horizonte. El tiempo había pasado demasiado aprisa.

Cuando llegaron arriba, la muchacha se detuvo. Se encontraban

ante una pequeña explanada natural, de unos diez metros de ancho, que formaba como una cornisa muy cerca de la cumbre de la montaña. Ante ellos, la pared de roca, casi lisa, subía en vertical casi completa. Roni miró hacia allá.

—¿Hemos de subir hasta allá arriba? —inquirió.

Doa no respondió. Miraba fijamente la pared, como si quisiera taladrarla con los ojos. Roni, impresionado, casi hipnotizado, siguió la dirección de la mirada.

Y entonces sucedió.

Fue como un inmenso ruido, el entrechocar de piedra contra piedra. La pared misma, al impulso de una fuerza desconocida, pareció moverse hacia un lado. Roni dejó escapar un grito ahogado. Y tras la enorme pared, que se abrió sobre sí misma en un amplio rectángulo, surgió la negra boca de una cueva.

Roni sintió que algo extraño parecía estallar en su interior. No, aquello no era posible. Era ya demasiado. Sus ojos no podían estar contemplando lo que veía en realidad. Todo era un engaño, un inmenso engaño.

Sin embargo, ante él, la oquedad existía. Era una gran cueva, de más de doscientos metros cuadrados, de paredes totalmente lisas y uniformes. El sol, en su ocaso, la iluminaba claramente. Y dejaba ver con toda precisión lo que había en su interior.

Una inmensa esfera de ciento cincuenta metros de diámetro, metálica, blanca, pulimentada, sin ningún remache ni ninguna soldadura, como construida en una sola pieza; apoyada en el suelo, inmóvil, como mantenida en equilibrio por alguna misteriosa fuerza invisible y desconocida.

—Aquí está —dijo la muchacha, señalando a Roni la esfera—. Con esto podréis regresar a vuestro mundo.

Roni avanzó, atónito, unos pasos. Ante él estaba erguida la gran mole, como un enigma más que se descubría ante sus ojos. No sabía lo que era, y sin embargo, lo intuía. Sólo podía ser una cosa. Pero ello presuponía...

Se volvió en redondo, enfrentándose con la muchacha.

—¿Qué es? —inquirió.

—No puedo expresarlo en mi idioma. Pero es un aparato como el que teníais vosotros, como el que perdisteis. Con él podréis regresar a vuestro planeta. Pero ha de ser pronto, antes de que se inicie el fin.

Roni se sentía indeciso, confuso. Murmuró:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué esto?

—Nosotros no queremos vuestro mal —dijo la muchacha—.

Respetamos vuestras creencias, porque son tan justas y tan verdaderas como las nuestras. Vuestra vida os ordena vivir. Y ésta es vuestra única posibilidad de seguir viviendo. Por esto os la ofrecemos.

Roni se enfrentó de nuevo con la gran esfera metálica. De modo que era una nave, una nave espacial. Pensó en que la Tierra estaba muy lejos, y en que quizás aquella nave…

—Nuestro planeta está muy lejos del vuestro —dijo—. Necesitaríamos…

Y se detuvo. No podía hablar a la muchacha de las traslaciones hiperespaciales, de los cálculos necesarios… No lo entendería; su idioma no tenía aquellas palabras. Más que nunca entrevió Roni el inmenso abismo que lo separaba de la muchacha.

—No puedo explicártelo —dijo—. No lo entenderías. No puedes entenderlo.

Por primera vez en todo aquel día, la muchacha sonrió.

—Veo que empiezas a comprender —dijo—. Veo que empiezas a ver las cosas como pueden ser en la realidad. Tal vez ahora empieces a encender, tú.

Por unos instantes Roni no vio cuál era el sentido de las palabras de la muchacha. Y luego, como un rayo de luz, fuerte, potente, la verdad se abrió paso hacia su cerebro.

«No lo entenderías», había dicho él a la muchacha, al referirse al hiperespacio. «No lo entenderías», le había dicho la muchacha a él, al referirse a su civilización. Allí estaba la clave de todo. Porque, desde un principio, ellos habían estado equivocados con los hombres azules.

«No lo entenderías». Entre su civilización y la de los hombres azules había un gran abismo. Cuando habían llegado al planeta estaban convencidos de ello: ellos eran civilizados; los hombres azules, en cambio, no. Se encontraban ante unos salvajes que debían educar. Pero hasta que no lo hicieran, no podrían entenderse con ellos. ¿Podrían intentar hacerles comprender, en su tosco lenguaje, ideas tan abstractas como las de la constitución de la materia, del átomo, de la electricidad, de la formación y constitución del universo?

Y aquello no era cierto. Ahora, las ideas se trastocaban, se volvían al revés. Y no eran los hombres azules; eran ellos los que…

—Planos de civilización —murmuró—. Dios santo, entonces ésta era la verdad en resumidas cuentas. No os comprendíamos porque nos empeñábamos en consideraros primitivos, cuando en realidad era al contrario. Los primitivos éramos nosotros realmente. Somos nosotros. Y vosotros, en cambio…

Lentamente, la muchacha asintió con la cabeza.

—Eres inteligente —dijo—. Sólo tú, entre todos tus compañeros, estabas en situación de poder adivinar la verdad.

—Sí —siguió murmurando Roni—; ahora empiezo a verlo todo claro. Vuestra extraña actitud, vuestro alejamiento de nosotros, todo lo que no comprendíamos desde un principio. No sois un pueblo primitivo que ha gustado la civilización una vez y la ha encontrado tan amarga que no quiere repetir la experiencia. No sois tampoco una humanidad en degradación, que después de llegar a la cúspide de la civilización ha caído de nuevo en el abismo sin fondo de la decadencia. No, no era nada de esto. Sencillamente, estabais tan por encima de nosotros, estáis tan por encima de nosotros, que para vosotros somos poco menos que unos niños jugando con sus juegos de hombres. Y vuestros actos nos parecían absurdos e incomprensibles como se lo parecen a un niño los actos de las personas mayores. Esta era la verdad, y no supimos verla. ¡Dios santo, que estúpidos hemos sido!

Se volvió hacia la esfera, y la señaló.

—Con ella vinimos a este planeta —dijo la muchacha—. Ella fue nuestro último vehículo mecánico.

—Pero nosotros, para volver a la Tierra, necesitamos cruzar…

Se detuvo, buscando la palabra adecuada. Ella sonrió.

—El hiperespacio, ya lo sé —dijo.

Y pronunció la palabra hiperespacio en Solar.

Roni se sentía aturdido, como embotado. Ahora, el último velo del misterio parecía desgajarse, pero la incógnita seguía. Se volvió hacia ella.

—Pero sigo sin comprender muchas cosas —dijo—. ¿Por qué vinisteis aquí? ¿Qué esperáis? ¿Cuál es vuestro destino?

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿De veras lo deseas saber? —preguntó.

Y Roni, más con el deseo que con la voz, expresó su ardiente ansia:

—Sí —dijo.

XVIII

—Nuestra civilización es muy vieja —dijo Doa, ya definitivamente en Solar, un Solar perfecto, sin la menor incorrección—. Demasiado vieja quizás. Cuando vosotros, sobre vuestro planeta, iniciasteis los primeros balbuceos de vuestra prehistoria, nosotros ya hacía siglos que conocíamos el átomo y los viajes espaciales. Nuestra civilización había pasado por todas las etapas de la evolución, al igual que vosotros, y habíamos llegado a un punto en que nos considerábamos ya una obra perfecta, una obra definitivamente acabada: la obra más perfecta de la Creación.

»A1 igual que vosotros ahora, visitamos muchos mundos, encontrando en algunos de ellos habitantes, y enseñándoles a algunos parte de lo que nosotros sabíamos ya. Pero pronto comprendimos la inutilidad de nuestros esfuerzos. Todo hombre necesita ir hallando por sí mismo las cosas, siguiendo el ritmo de su historia. Nosotros intentamos, como lo estáis intentando vosotros ahora, enseñárselo todo de golpe, de una sola vez. Al principio la cosa fue bien, pero pronto empezamos a comprender la inutilidad de nuestros esfuerzos, y lo contraproducentes que en su mayor parte resultaban. En muchas partes los resultados fueron catastróficos: los salvajes, con los nuevos poderes que les habíamos dado nosotros, se volvieron en contra_ nuestra, y destruyeron nuestras colonias. Volvieron entonces al salvajismo, pero un salvajismo civilizado: con todos los adelantos de la civilización. Exteriormente eran hombres civilizados, pero en su interior seguían siendo salvajes. Es como si a un niño le entregásemos una pistola, explicándole su funcionamiento e intentando hacerle comprender su importancia. Terminaron destruyéndose ellos mismos.

»Por esto mismo, abandonamos nuestro plan de colonización, no dejando en aquellos planetas más que las huellas de nuestro paso.

—Huellas que nosotros encontramos en muchos planetas —dijo Roni.

Ella no respondió directamente. Siguió:

—Entonces empezamos una nueva etapa en nuestra historia. Nos encerramos en el caparazón de nuestro planeta, y vivimos por nosotros mismos. No nos preocupamos de expandirnos en el Universo, sino de engrandecernos dentro de nuestro planeta, individualmente, colectivamente. Nos dedicamos a trabajar exclusivamente para nosotros mismos, y logramos grandes adelantos. Nuestra civilización aumentó de poder. Llegamos a descubrir el secreto de la vida y de la muerte, y nos convertimos prácticamente en seres eternos.

Dominamos la materia, y la materia trabajó para nosotros. Llegamos a la cúspide de nuestro saber. Y entonces nos encontramos con que ya no teníamos ninguna meta ante nosotros, ninguna ambición.

—¿Y qué sucedió?

—Nos encontramos con que nuestras vidas estaban vacías —murmuró Doa—. Habíamos llegado a la cúspide de nuestra inteligencia: éramos enormemente sabios, enormemente inteligentes. Pero no teníamos ningún fin al cual encauzar esta inteligencia. Entonces empezaron las guerras.

»Fueron unas guerras terribles. No guerras como las que conocéis vosotros, con ejércitos, muertos y heridos, sino otra clase de guerras: guerras incruentas, pero no por ello menos terribles que las otras. Guerras ideológicas, guerras que tenían por único objetivo encontrar una meta, un fin.

»Fue la época más terrible de nuestra historia. Las aberraciones más horripilantes surgieron de todas las mentes, en busca de una verdad. Muchos, en su delirio, se creían el centro del universo, e intentaban arrastrar a los demás hacia sí. Otros, creyendo que habían llegado ya al final y que para poder seguir debían regresar al principio, empezaron a destruir sistemáticamente todos los cimientos de nuestra civilización. Todo el planeta se tambaleó.

»Y empezaron las muertes. Muchos murieron por inhibición, por hastío. Una vida sin meta, sin fin determinado... ¿para qué vivirla? Miles, millones de seres murieron así. En el fondo, era una muerte dulce, sosegada. Prácticamente, no se moría; simplemente, se dejaba de vivir, como un fuego que, por falta de combustible, se va debilitando y termina por apagarse.

»Pero otros no pensaron así. Si sus vidas ya no tenían ningún fin, dijeron, ellos podían crearle un sustituto. Lo buscaron, y lo encontraron en la forma del más antiguo modo de vivir: la lucha por la supervivencia. Sin destino, sin meta determinada, no podían sobrevivir. Un buen medio de sobrevivir era matar a los demás. La antigua ley prehistórica volvía a surgir. Y aquel fue el caos final de nuestro planeta.

—¿Y entonces?

Doa miró hacia el sol, que se iba poniendo lentamente, fuera de la cueva donde se hallaban.

—Fue poco antes del fin —dijo—. Muchos de nosotros no habíamos desesperado de encontrar un destino. Sabíamos que debía existir, y que sólo buscándolo desesperadamente lo hallaríamos. A nuestro alrededor, la guerra proseguía, la última guerra, la más

terrorífica de todas. Una guerra bestial, como las primeras sostenidas por la humanidad, pero con todos los adelantos modernos. Sabíamos que no teníamos mucho tiempo, que debíamos encontrar la solución antes de que la guerra terminara con todo el planeta.

»Y de repente, en la misma palabra guerra, lo encontramos. La guerra… Los hombres se mataban entre sí, mataban sus cuerpos, en un intento de liberar sus mentes de aquella obsesión. Las mentes y los cuerpos, los cuerpos y las mentes. Aquella era la solución.

»Entonces lo vimos todo muy claro. Hasta entonces, nuestra civilización había ido aumentando de poder, de perfección. Pero siempre había ido destinada a una sola parte de nuestros seres: nuestros cuerpos. La civilización los había protegido del frío y del calor, les había dado satisfacciones, comodidades. Nuestra mente se había ido desarrollando a la sombra de nuestros cuerpos, y sólo para servir a nuestros cuerpos. Y sin embargo, la realidad era contraria, debía ser contraria. Eran nuestras mentes las que debían dominar a nuestros cuerpos, las que debían imponerse. Entonces comprendimos la gran futilidad de todos nuestros actos hasta entonces, su absurda inutilidad, y sus trágicas consecuencias.

»Entonces comprendimos que habíamos seguido hasta aquel momento una senda equivocada, y que debíamos rectificar nuestra conducta o morir. Y entonces nació nuestra nueva civilización.

Roni movió dubitativamente la cabeza.

—No acabo de comprenderlo —murmuró—, Pero sigue.

—Es muy sencillo —dijo la muchacha—. Hasta entonces, nuestra civilización se centró en nuestro cuerpo: trabajó para él. Construimos máquinas para halagarle, para hacerlo descansar, para regalarlo. Le ofrecimos todo el esfuerzo de nuestra mente, y nuestro cuerpo se convirtió en el rey de todos nosotros.

»Sin embargo, algunos, muy pocos, supimos ver a tiempo la verdad. Nuestra espiritualidad, toda la esencia de nuestro ser, radicaba en nuestra mente. Nuestro cuerpo no era más que un soporte, un medio. Hasta entonces nos habíamos hundido en un materialismo completo. Y cuando este materialismo llegó a su límite, nos encontramos con el camino bloqueado.

»Fuimos muy pocos los que nos dimos cuenta a tiempo de la verdad. Pero fuimos suficientes. Nos unimos. Y así nació lo que vosotros llamáis *los hombres azules*.

—¿Cómo?

—Nos reunimos en una sola identidad. En medio de nuestro mundo agonizante, de nuestro planeta que se hundía en el caos,

elevamos nuestra llama hacia el firmamento. Nuestros cuerpos construyeron una nave, esta esfera que hay ahora .aquí. Pero, la construyeron no en función de nuestros cuerpos mismos, sino en función de nuestras mentes, para ellas. La ocupamos, y partimos de nuestro mundo, en busca de nuestra propia civilización.

Roni asintió con la cabeza. Ahora, las piezas del rompecabezas que le faltaban empezaban a aparecer, y encajaban cada una en su sitio, junto con las que ya conocía. Lentamente, el cuadro se iba completando.

—Así —siguió la muchacha azul—, buscamos un mundo virgen, completamente virgen, que no hubiera sido nunca prostituido por ninguna clase de civilización, y bajamos a él. Ocultamos aquí nuestra ya inservible nave, y nos instalamos en el valle. Construimos los refugios de piedra, nuestras viviendas, y lo abandonamos todo, absolutamente todo, excepto los tres medios indispensables para sobrevivir: el fuego para calentarnos e iluminarnos, las pieles para cubrirnos, y las lanzas para cazar nuestro alimento. Con aquello nos bastaba.

—¿Y qué sucedió después?

—La nueva orientación de nuestro destino se inició —prosiguió la muchacha—. Relegamos nuestros cuerpos a un segundo término, a lo que eran en realidad: meros soportes, meros compañeros de nuestras mentes. Y nos dedicamos exclusivamente a crear lo que debía ser nuestra nueva civilización: nuestra civilización mental.

»No fue fácil. Tardamos muchos años en conseguirlo, en perfeccionarlo. Tuvimos que crear un nuevo mundo, un mundo completamente mental, y centrarnos exclusivamente en él. Tuvimos que vencer nuestros cuerpos. Los alimentamos y cuidamos en lo imprescindible, pero sólo como meros vehículos, nunca como parte fundamental de nosotros mismos. Desglosamos nuestras dos personalidades, y nos dedicamos exclusivamente a la parte mental. Y así, nuestra personalidad se trastocó. Ahora, y esto era Id más importante, teníamos ya un destino, una meta, un objetivo. El conseguirlo fue sólo cuestión de tiempo.

—Esto explica vuestro individualismo, y la completa indiferencia hacia todo lo que represente algo material —murmuró Roni—. Estabais muy lejos de nosotros, y por esto mismo no os comprendimos. Pero nos engañasteis.

Doa negó con la cabeza.

—No, no os engañamos. Si hicimos lo que hicimos fue por vuestro propio bien; para evitaros funestas consecuencias.

—¿Por qué?

Ella movió la cabeza en un gesto vago.

—Vosotros erais como niños para nosotros —dijo—. Tuvimos que trataros como tales.

—Y nos engañasteis.

—No. Hicimos lo que podríais haber hecho vosotros con un niño que os preguntara algo que no comprendiera ni pudiera comprender nunca, hasta que fuera mayor. Ocultamos la verdad porque sabíamos que no la entenderíais. Erais todavía demasiado… corporales para nosotros.

—¿Y vuestro burdo lenguaje?

—Lo tuvimos que crear para vosotros. Necesitábamos un medio oral de comunicación, y creamos el que vosotros deseabais oír de nuestros labios. Un lenguaje burdo, sencillo, de salvajes. Vosotros lo aceptasteis como tal.

—Pero cuando quisimos, a nuestro modo, ayudaros, os rebelasteis. ¿Por qué?

—Porque representaba volver de nuevo al principio. Nuestros cuerpos eran meros auxiliares, meros sostenes de nuestras mentes. Vosotros queríais volver a educarlos en lo que ya habían olvidado, regalarlos con las comodidades y los principios de una civilización corrompida y ruin. Sería destrozar nuestra obra.

—Pero hubiera sido mucho más fácil explicarnos los motivos.

—Sois demasiado materialistas, demasiado corporales. No lo hubierais comprendido.

Roni tuvo que reconocer que aquellas palabras eran ciertas. No podía en absoluto discutirlas.

—Lo que yo vi, cuando tú estabas sumida en tu sueño cataléptico, ¿era parte de este mundo mental vuestro?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero cometiste una equivocación con aquello —dijo—. Una equivocación que pudo ser fatal para ti.

—¿Qué es para vosotros vuestro sueño cataléptico?

—Un desligamiento casi total de nuestro cuerpo y nuestra mente. Casi podría decir una evasión completa, a otra dimensión distinta de la corporal.

—¿Por qué has dicho que pudo ser fatal para mí el penetrar en este mundo?

Ella dudó unos breves momentos.

—No lo supe hasta más tarde —dijo—, hasta que desperté. Intentaste hacerme hablar por la fuerza, inoculándome una droga

corporal. Ella actuó sobre la pequeña parte de mi mente que quedaba aún allí, junto a mi cuerpo, de un modo subconsciente, y tus imperiosas llamadas me obligaron a regresar parcialmente de mi mundo. Sin embargo, yo no tenía el completo dominio de mi voluntad corporal, no podía desligarme por completo de mi mundo mental. Por eso, mi comunicación contigo fue exclusivamente mental. Y ya conoces los resultados que ello trajo consigo.

—Entonces, lo que yo vi, fue una parte de tu propio mundo mental.

—Apenas un ligero atisbo —dijo ella—. Un burdo boceto, que no puede darte apenas idea de lo que es la realidad.

—Y que, sin embargo, fue para mí un choque espantoso. ¿Por qué a Usta, cuando después intentó lo mismo que yo, no le ocurrió lo mismo?

—Tú eres el más inteligente de todos tus compañeros —sonrió ella —, el que te has encontrado siempre en mayor disposición para comprendernos. Tú pudiste lograr un cierto influjo sobre mí. El, no.

Roni sonrió ligeramente. Ahora estaba ya todo claro. Todo, excepto…

—¿Y vuestra aparente indiferencia hacia la muerte?

—No es aparente, y se trata sólo de nuestra muerte corporal. Es nuestro gran cambio. Será nuestro gran cambio. Nuestra mente sigue todavía ligada a nuestros cuerpos, pero puede deshacerse de ellos en cualquier momento. Basta que el cuerpo muera, y la mente quedará liberada por completo.

—Entonces, deseáis la muerte.

—No. Nuestra mente no puede desear en ningún momento esto; sólo puede esperar. Esta es nuestra misión ahora; esperar el gran cambio.

»Pero nuestros cuerpos, como un resto de nuestra anterior civilización, son inmortales de por sí; no conocen las enfermedades, los microbios, los virus; son inmunes a todo ello. Por eso necesitamos esperar una muerte accidental.

—Y por esto no os preocupáis de los animales que rondan el poblado, de cualquier tipo de accidente, de nada.

—No. Nuestro sueño cataléptico es una evasión hacia nuestro mundo mental. En estas circunstancias, la muerte del cuerpo es una evasión.

—Y por esto, al producirse los temblores de tierra, todos os sumisteis en vuestro sueño cataléptico. ¿Esperabais el final?

—Lo deseábamos. Pero no llegó.

—¿No sabéis cuándo se producirá?

Ella sonrió.

—Muy pronto ya. El planeta está llegando a su fin, y éste no tardará en producirse.

Roni la contemplaba fijamente. La veía, con su rostro pálido, hermoso; unos cabellos azulados, cayéndole en cascada sobre sus hombros desnudos; su cuerpo joven, atractivo. Y sin embargo…

—Has hablado de toda vuestra historia como si tú la hubieras vivido en su mayor parte —murmuró—. Sin embargo, pareces muy joven. ¿Cuál es tu edad?

Ella sonrió.

—Soy vieja —dijo—; muy vieja. Mentalmente, al menos. Soy tan vieja como todos los demás hombres azules, como los que parecen incluso niños. Soy tan vieja, que ya no tengo ni siquiera edad.

XIX

Allí estaban, Doa, él y la inmensa esfera plateada, en el interior de aquella caverna perdida en la superficie de un planeta cualquiera, perdido a su vez en la inmensidad del espacio. Sin embargo, en aquel lugar, en aquel punto, en aquel hecho, estaba condensada toda la inmensa historia de una inmensa humanidad.

Roni sentía una extraña sensación, como si flotara en una nube de irrealidad, como sí nada de lo que sucedía en aquellos momentos tuviera relación con lo que había sucedido hasta entonces: su llegada al planeta, sus luchas, sus forcejeos con los hombres azules... Y ahora todo resultaba inútil, absolutamente inútil.

—Allá —dijo Doa—, en nuestro mundo mental, nos están aguardando nuestros compañeros, todos los que han partido antes que nosotros. Ellos ya están liberados. Nosotros lo estaremos también dentro de poco. Nuestro último destino se habrá cumplido.

Miró hacia la esfera que Roni tenía junto a él, y sonrió.

—Pero nuestra verdad no es vuestra verdad —dijo—. Vosotros no podéis morir: la muerte significa la nada para vosotros. Nuestro mundo no es vuestro mundo. Podéis regresar a vuestro planeta con esta nave. Allí es. taréis en vuestro propio ambiente, con vuestra propia civilización.

Roni notó un nudo extraño en la garganta. Se le presentaba a sus ojos lo que había visto su mente, la inmensidad del destino que se entreveía ante él. Sintió una imperiosa necesidad. Sujetó a la muchacha por un brazo, y murmuró:

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué me has revelado a mí toda la verdad? ¿Por qué has puesto en mi conocimiento todo lo que sé ahora?

Ella sonrió ligeramente.

—Tú eras el único de los tuyos capaz de comprenderlo. Por esto lo he hecho. Sé que la verdad, en tus manos, estará bien cuidada.

Roni sintió un imperioso deseo. Sus manos se crisparon sobre el brazo de la muchacha, y la atrajo hacia sí. Sus ojos escrutaban fijamente los ojos de Doa, en una súplica imperiosa.

—Llévame contigo —murmuró—. Llevadme con vosotros a vuestro mundo. Quiero venir a vuestra realidad.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—No estás preparado —dijo.

—¡¿Por qué?!

—Sabes lo que te sucedió cuando entreviste, tan solo un ligero

atisbo de lo que es nuestro mundo. Apenas lo resististe. Hay demasiada diferencia, ¿no lo comprendes?

Roni la soltó lentamente. Asintió con la cabeza; sí, lo comprendía.

—Entonces —dijo—, ¿qué debo hacer?

La muchacha señaló hacia la esfera.

—Llévate esta nave y tus compañeros. Nosotros ya no la necesitaremos nunca. Volved a vuestro planeta. Aquel es vuestro mundo, y a él debéis regresar.

—¿Y vosotros?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Nuestro destino es distinto del vuestro. No intentes buscarle ningún punto de paralelismo. Seguid vosotros vuestro camino; nosotros seguiremos el nuestro.

Roni sintió unos perentorios deseos de hablar, de decirle a la muchacha azul todos los confusos sentimientos que acudían en tropel a su mente, a su corazón. Hubiera querido gritarle que no quería abandonarla, que no quería dejar aquello que ahora ya conocía. Hasta aquel momento había estado ciego, pero ahora veía ya la luz; y no quería volver a la oscuridad.

Sin embargo, sabía que lodo ello era imposible; absolutamente imposible. Como había dicho la muchacha, eran dos caminos completamente distintos, sin ningún punto de contacto. Él era un niño todavía; y los niños no podrán nunca participar en los juegos de los mayores. Deben esperar a que les llegue su edad.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Bien —murmuró—. De acuerdo, Doa.

El regreso al poblado se hizo en silencio, en un triste silencio. Roni no se atrevía a mirar a Doa. La amable condescendencia con que la había tratado hasta entonces había desaparecido. Ya no existían los pájaros de las lanchas volantes, ni los visitantes de arriba, ni ninguno de aquellos mitos creados exclusivamente para ellos. Todo había sido un juego de niños, un inmenso juego de niños, en el que las criaturas habían sido ellos. Ahora que había descubierto el fondo del juego, ahora que los niños habían comprendido, no quedaba ya nada de la antigua ilusión. Sólo un amargo sabor de boca.

Roni no llevó la nave hasta la hondonada, ya no valía la pena. Descendió directamente sobre el poblado, y aterrizó en la plazoleta central. Descendió, seguido por la muchacha, al suelo.

Inmediatamente, Usta y sus demás compañeros hicieron su aparición, por uno de los lados de las cúpulas. El comandante se encaró hoscamente con él.

—¿Dónde diablos se habia metido, E-E-812? —chilló—. Lo hemos estado buscando lodo el tiempo.

Roni no respondió inmediatamente. No tenía los menores deseos de hablar.

—He estado charlando con Doa —dijo al fin—. ...Y he intentado hallar alguna solución.

—¿Y la ha encontrado? —inquirió Arto—. Desde que le perdimos de vista se han producido un par de temblores más. La cosa va empeorando por momentos. Mis instrumentos registran cada vez una mayor actividad interna de todo el planeta.

—Ya lo sé —dijo Roni—. Es natural. El planeta se está descuartizando.

—¿Y bien? —dijo Usta—. ¿Qué es lo que ha encontrado?

—Un vehículo para regresar a la Tierra. ¿Le parece bastante, C-E-C-43? —y remarcó con fuerzas las siglas.

Usta quedó unos instantes desconcertado, evidentemente, lo esperaba oír todo, menos aquello. Dijo:

—¿Se ha vuelto loco, Roni? ¿O es que la muchacha le ha sorbido el seso?

Roni ignoró el comentario. Se volvió hacia Doa e inquirió :

—¿Gomo aprenderemos el manejo... —se interrumpió, al darse cuenta de que estaba hablando en el lenguaje de los hombres azules. Repitió, en Solar—: ¿Cómo aprenderemos el manejo de la nave? Ignoro por completo todo lo que a ella se refiere.

Ella respondió, en el propio lenguaje de los hombres azules:

—Yo le enseñaré. Aprenderás muy fácilmente.

Roni asintió con la cabeza. Se volvió hacia el comandante.

—Debemos abandonar el planeta cuanto antes —dijo—. Será mejor que empiecen a preparar sus cosas. Abandonaremos las lanchas aéreas aquí.

—Pero... ¿se ha vuelto loco, E-E-812? —inquirió sorprendido Usta —. ¿Olvida que perdimos el crucero, que no podemos salir del planeta?

—Lo sé. Pero los hombres azules disponen de una nave espacial.

Usta abrió mucho los ojos.

—¿Quiere decir que ellos...?

No acabó la frase. Roni le cortó secamente.

—Será mejor que nos dejemos de conversaciones estúpidas. Debemos actuar rápidamente. ¿Cuánto le da de vida al planeta, Arto?

—No puedo calcularlo. Pero conocido el incremento acelerado de la rotación, y vista la creciente actividad interna, calculo unos cinco a

diez días como máximo. Al menos, en lo que respecta a la estabilidad de su superficie. Hasta estañar definitivamente, le falta aún mucho tiempo. Pero su superficie se habrá convertido ya mucho tiempo atrás en un hervidero de lava y vapor de agua.

—Bien. Ya lo ha oído entonces, comandante. Es preciso que actuemos de prisa.

—Pe… pero… —murmuró Usta—. ¿Quiere usted decir entonces que realmente los hombres azules poseen una nave espacial, y que también ellos…?

—No —dijo Roni suavemente—. Ellos no abandonan el planeta. Ellos se quedan en él.

Usta abrió enormemente los ojos.

—¿Quiere decir que ellos…? ¡Es imposible!

Roni sintió de pronto un extraño placer en sentirse superior al comandante, en poder imponerse a él. Sonrió levemente.

—¿Y por qué no? —dijo—. Este es su deseo.

Usta se irguió. En su cabeza debían flotar todavía ideas de que él era el comandante de la expedición, el que decidía lo que debía y lo que no debía hacerse en ella. Pareció adoptar una súbita determinación. Dijo, en tono firme:

—No lo permitiré.

Roni se echó a reír. La actitud del comandante le hizo gracia. Parecía absurda, fuera de lugar en aquellos momentos.

—¿No cree que está diciendo una solemne estupidez? —murmuró —. ¿Cómo va a imponerles a ellos algo que a nadie más que a los hombres azules atañe?

Usta no acabó de comprender aquello.

—¿Qué quiere decir?

—No olvide, comandante, que ellos disponen de la nave, y que son precisamente ellos quienes nos la ofrecen a nosotros. Sólo aceptando sus condiciones tenemos posibilidades de regresar a la Tierra.

Usta no acababa de asimilar aquella idea. La razón de que los hombres azules, aquellos a quienes habían ido a civilizar, los salvajes, fueran quienes al final iban a ayudarles a ellos, no entraba en su cabeza. Murmuró:

—Pero no vamos a abandonarles aquí, a su propia destrucción. Es un deber de pura humanidad; no podemos permitir que se suiciden en masa.

Tan sólo el día anterior, Roni hubiera compartido aquella idea; pero ahora había oído a Doa, conocía la historia. Y aquello lo cambiaba todo.

—No podemos meternos en los asuntos de un pueblo por completo ajeno a nosotros —dijo—. Ellos son independientes; son por lo tanto perfectamente libres de escoger su propio destino. No podemos imponerles algo que ellos no quieran. No lo olvide, comandante.

—¿Intenta imponer sus propios puntos de vista?

—Si es necesario, sí.

Usta consultó con los ojos a todos los demás, como buscando algún apoyo. Los diez hombres restantes permanecían silenciosos, inmóviles, sin saber exactamente lo que debían hacer. Estaban desconcertados, y no sabían cómo reaccionar. Usta comprendió que no apoyarían abiertamente a Roni, pero que tampoco estaban enteramente de acuerdo con él.

Retrocedió un par de pasos, a la defensiva. Para él, su propio sentido de las cosas era más fuerte que todo lo que pudiera 0ír.

—Yo soy responsable ante el Consejo de Mundos Exteriores de todo lo que suceda en este planeta. Y le advierto, E-E-812, se lo advierto a todos, que no voy a permitir que nadie se rebele contra mi autoridad. —Su mano bajó hasta su cinturón, y empuñó con mano firme la pistola lumínica. El cañón del arma abarcó bajo su radio de acción a todos los expedicionarios—. Aunque tenga que usar la fuerza —dijo—. ¿Ha comprendido, E-E-812? ¿Han comprendido todos?

Se produjo un prolongado silencio, pesado e inmóvil. Allí estaban todos. Roni, el comandante, los diez hombres restantes, y Doa. Usta empuñaba con mano firme su arma, dispuesto a usarla en caso necesario. Su mirada recorría los doce rostros que tenía ante sí, en rápidas sucesiones. Pero todos estaban inmóviles, quietos. Ninguno sabía exactamente cómo reaccionar ante la situación. En realidad, ninguno de ellos comprendía demasiado bien las cosas.

El tiempo parecía haberse detenido, como si no supiera cómo seguir su curso. Roni sonreía suavemente. Si no hubiera sido por las circunstancias que rodeaban la escena, se hubiera puesto a reír francamente, a carcajadas. La situación era de lo más cómico.

—Está usted loco, comandante —murmuró.

—Loco o no, debo cumplir con mi deber. Fuimos enviados a Carno con una misión específica: civilizar a sus habitantes. No podemos dejarlos morir estúpidamente, sólo porque ellos, en aras de cualquier no menos estúpido tabú, lo quieran. No podemos, en absoluto. Y no estoy dispuesto a permitir que nadie intente hacer lo contrario.

Roni dirigió una fugaz mirada a Doa. La muchacha permanecía ligeramente apartada del grupo que formaban los demás, contemplando la escena. No parecía intranquila, ni curiosa, sino más

bien… sí, indiferente. Como si lo que estaba sucediendo fuera algo por completo ajeno a ella. En realidad, Roni estaba convencido de que ella tampoco comprendía demasiado la actitud de Usta.

—Olvida usted las circunstancias, comandante —dijo—. No podemos imponerles nada a los hombres azules. Nos encontramos como encerrados en este planeta, y no podremos nunca salir de él, si ellos no quieren.

—¿Y la nave?

—No olvide que la nave es de ellos, comandante. Son ellos quienes pueden imponer sus condiciones. ¿Es que acaso no lo comprende?

—Sólo comprendo una cosa —dijo Usta—, y es que soy responsable ante la Tierra de lo que suceda aquí. ¿No lo comprende usted tampoco, E-E-812?

Sí, Roni lo comprendía. Pero existían otros motivos mucho más importantes que la opinión de Mundos Exteriores, que la opinión de la Tierra. Sólo tenían dos alternativas ante sí, y la elección no era dudosa. No lo era, para alguien que no fuera el comandante.

Se volvió hacia Doa.

—Explícaselo tú —dijo, en Solar—. Házselo comprender.

Ella movió negativamente la cabeza.

—No hay nada que comprender —dijo—. Al menos en lo que a él respecta.

Roni volvió de nuevo su atención hacia el comandante. Usta se encontraba seguro de su postura, absolutamente seguro. Pero no sabía qué hacer. No tenía ningún camino ante sí, ninguna senda que pudiera seguir. Lo sabía, y sin embargo tenía que mantenerse en su sitio. No podía retroceder. Sus convicciones eran más fuertes que la imposibilidad que tenía ante sí.

Roni, en un acceso incontenible, sin poder evitarlo, se echó a reír fuertemente.

—Es la situación más absurda que he visto en mi vida —murmuró—. Un pueblo de hombres dormidos, doce hombres y una mujer. Un hombre estúpido, una pistola… ¿Cómo piensa manejar todo esto, comandante? ¿Cómo piensa resolver la situación?

Usta vaciló; él era el primero en comprender lo inestable de su posición. Preguntó:

—¿Dónde se encuentra la nave?

—No importa dónde pueda encontrarse —dijo Roni—. Como tampoco importa el que los hombres azules sean los únicos que puedan enseñarnos su manejo. Usted es quien debe tomar las decisiones, comandante; ¿qué piensa hacer?

Usta comprendió que no podía hacer nada, nada.

—¡Cállese, condenación! —se exasperó, más consigo mismo que con los demás—. ¡Cállese, o dispararé contra usted por insubordinación!

Roni se echó a reír de nuevo.

—De acuerdo, comandante. Yo sigo hablando, y usted dispara contra mí. Hágalo. Luego podrá disparar contra los demás, contra Doa, contra todos. ¿Y luego qué? ¿Qué habrá resuelto con ello, comandante?

Usta se humedeció los labios. Se volvió hacia Doa, y el cañón de su pistola se desvió, apuntando al pecho de la muchacha.

—Ahora vamos a hablar tú y yo —dijo, en el idioma oral de los hombres azules—. Vosotros tenéis una nave. ¿Dónde se encuentra?

La muchacha señaló hacia el exterior de la cueva, hacia el Sur.

—Allá, en las montañas.

—¿Puedes mostrarnos su funcionamiento y su manejo?

—Ciertamente.

—Bien. Entonces, despierta a todo tu pueblo.

—¿Para qué? —inquirió Roos—. ¿Qué piensa hacer?

—¡Cállese usted! —aulló Usta—. Despiértalo, vamos.

Ella movió negativamente la cabeza. No dijo nada.

—¿Es que puede ser tan estúpido, comandante? —dijo Roni—. ¿No comprende que no podrá conseguir nunca nada amenazándola?

Usta dirigió hacia él sus ojos furibundos.

—Cállese de una vez, Roni. Voy a despertar a todos los hombres azules, y voy a llevarlos a la nave, y los sacaré del planeta, aunque todas las fuerzas del infierno intenten impedírmelo. ¡Debo hacerlo, ¿comprende?!

—Creo que se está extralimitando, comandante —apuntó vacilante Soll—. Si ellos quieren morir, que lo hagan en paz, nosotros no podemos inmiscuirnos. Lo importante ahora es salvar nuestras vidas. ¡Y yo quiero regresar a la Tierra!

Usta se enfrentó furiosamente con él.

—¡¿Es esto un motín?! ¡Condenación, ¿quieren acaso rebelarse todos contra mi autoridad?

Soll no respondió. Roni comprendió que el comandante se encontraba en el punto más agudo de su crisis; de un momento a otro iba a estallar. Avanzó unos pasos, y extendió una mano.

—Deme su arma, comandante —dijo—. Ha perdido la partida, y ya no está en situación de usarla. Entréguemela.

Usta reculó.

—¡No avance más, E-E-812! ¡No lo haga, o dispararé!

Roni se detuvo unos instantes. El comandante estaba a punto de derrumbarse sobre sí mismo. Este derrumbe podía terminar en un derrumbe físico, o en una crisis de paroxismo. Sin embargo, debía arriesgarse.

Nunca supo lo que sucedió exactamente en los momentos siguientes. Los otros diez hombres permanecían inmóviles en su sitio, como paralizados, contenida la respiración, sin saber cómo actuar. Sólo estaban allí Usta y él, solos, el uno frente al otro. Avanzó unos pasos más.

Y entonces, en una rápida sucesión de acontecimientos, se produjo todo.

Todos pudieron ver cómo el dedo de Usta se curvaba convulsivamente sobre el botón disparador de su pistola. En solo fracciones de segundo, Roni supo que sus apreciaciones habían estado equivocadas, y que el comandante iba a disparar. Dio un rápido salto de costado, intentando evitar la inminente descarga.

Y sin embargo, Usta no llegó a disparar. De repente pareció como si alguna fuerza invisible le golpeara la cabeza. Dejó escapar un alarido, y su mano soltó la pistola, que cayó al suelo. Se llevó las dos manos a la cabeza, como herido súbitamente por un rayo, mientras los ecos de su grito resonaban en múltiples reverberaciones por toda la cueva. Durante unos instantes permaneció así, como sujeto en el aire por unos invisibles hilos de guiñol. Luego los hilos se cortaron, y se desplomó pesadamente, como un fardo.

Roni acudió rápidamente hacia él, y dio una patada al arma, apartándola de allí. Se inclinó sobre el comandante, y lo volvió de cara.

Los demás se acercaron también. Duarno acudió precipitadamente, puso una mano sobre su corazón, y con la otra le buscó el pulso.

—Está vivo —dijo, como aliviado—, aunque su pulso es muy débil. Quizás le dio un ataque. Aunque, en realidad, no lo comprendo...

Roni sí lo comprendía. Miró a la muchacha azul, que se había acercado también unos pasos.

—Gracias, Doa —dijo.

Ella se acercó más, y se inclinó sobre el comandante. Roni preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

Ella no respondió. Su voz fue apenas un susurro cuando dijo:

—Marchaos. Marchaos cuanto antes. Ahora, él ya no puede oponerse. Iros.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué esto?

Los ojos de la muchacha se fijaron en los de Roni. Tampoco esta vez contestó directamente.

—No os comprendo —dijo por toda res pues a—. Lo he intentado, pero no os comprendo. Lo siento.

Dio media vuelta, y echó a correr hacia la salida de la cueva.

XX

La gran nave de los hombres azules se encontraba inmóvil junto al poblado, dispuesta para el viaje, erguida en su majestuosidad. Roni, de pie junto a ella, la observaba atentamente. La había examinado con todo detalle, tanto desde el exterior como por su interior, intentando hallar algo. Y su sorpresa había sido grande al no encontrar nada, absolutamente nada.

Porque la nave, en su interior, no era más que una enorme colmena. En forma radial, su interior lo componían una multitud de peque ñas habitaciones, de pequeñas celdillas completamente vacías, sin ningún mueble, sin ningún utensilio, capaces únicamente para una persona. Sólo paredes, techo y suelo. Nada más.

Y en el centro, su sala de mandos.

Roni se sintió desconcertado cuando la vio. Le pareció encontrarse dentro de una gran esfera hueca, cuyas paredes estaban recubiertas en su parte superior por un conjunto de placas hexagonales, ensambladas entre sí. Su parte inferior, el suelo, tenía una especie de tribuna, y un conjunto de sillones frente a una especie de mesas, cuyo único accidente era como unos auriculares, unidos a la mesa por un triple cable. Aparte esto, no había nada más.

—¿Para qué sirve todo esto? —preguntó a Doa.

—Ignóralo —le respondió la muchacha—. Podría explicártelo, pero no acabarías de entenderlo. Es mejor que lo ignores.

Roni intentó hallar algún indicio de motores, algo que le diera una idea sobre su sistema de propulsión y su manejo, sin encontrarlo. Hubiera querido preguntárselo a la muchacha, pero sabía que no le respondería. Era algo que escapaba fuera de su límite de percepción.

Con aquella nave habían llegado los hombres azules al planeta. Los restos de una civilización vieja, agotada, dispuesta a encontrar una savia nueva que le llevara a su nuevo destino. Indudablemente, allí en aquellas celdillas, en aquellas habitaciones desnudas, se habían acomodado los que llegaron al planeta. ¿Qué comieron durante el viaje, cómo respiraron, cómo vivieron? Lo ignoraba, y probablemente no llegaría a saberlo nunca. Pero aquello no importaba demasiado.

—¿Cómo la manejaremos? —preguntó.

—Olvídate de ello —le respondió Doa—.

La nave ya ha sido habilitada para vosotros. Os llevará a vuestro destino.

—¿Y luego?

—Luego nada. Todo habrá terminado.

Y ahora él, Roni, se encontraba allá, junto a la nave, contemplándola fijamente. Debían abandonar las lanchas aéreas en el planeta, y así, trasladaron todos sus enseres más necesarios al interior de la nave. Usta todavía no había recobrado completamente el sentido, y lo instalaron también dentro, en uno de los sillones de la sala de mandos. Lo recogieron todo, y se prepararon para partir.

Habían transcurrido tan solo unas pocas horas desde que Usta se enfrentara a ellos; el doble sol de Proción había empezado a aparecer, y una difusa claridad se esparcía por lodo el planeta. Los hombres azules no habían despertado todavía de su sueño cataléptico; probablemente no despertarían ya nunca. Y así, llegaría el fin. Que sería el principio.

Los temblores se habían reproducido varias veces, con creciente intensidad, desde que Doa llevara a Roni a la montaña. No lejos del poblado se había abierto una gran grieta en el terreno, y el río había sido desviado de su curso. Una parte del bosque se había incendiado de nuevo, aunque la estampida de los animales se había producido en otra dirección. Las convulsiones del planeta eran cada vez más frecuentes, y aquello anunciaba un próximo fin.

A Roni, todo, desde el momento en que la muchacha le mostró por primera vez la nave, desde que oyera su historia, le parecía un sueño. La preparación de su partida, la nave de los hombres azules, el persistente sueño cataléptico de éstos... Y Doa. Doa, allí, con ellos, ayudándoles, preparando su partida. Aquello .10 era real, se decía. No podía ser real. Y sin embargo, a pesar de todos sus deseos, lo era.

¡Oh, Dios!, ¿cómo empezó todo? ¿Cómo empezó?

Habían transcurrido sólo días; sin embargo, parecían siglos. Siglos enteros. Y ahora iban a volver a la Tierra, a la eterna Tierra, que ahora se le antojaría fría, más fría que nunca. Si pudiera quedarse allí, si pudiera, al igual que los hombres azules, cerrar los ojos y dormir...

Pero era un mundo distinto, un mundo extraño, que debía abandonar, Eran sólo niños, y debían volver a su rincón de juegos, a la Tierra, a seguir jugando. Con naves, con planetas, con civilizaciones...

Llegó el momento de la partida. Sólo Doa estaba allí, con ellos Los demás seguían durmiendo, en el interior de sus respectivas cuevas, esperando el final.

Roni hubiera querido decir muchas cosas, infinidad de cosas. Pero ninguna de ellas salía de su garganta. Sabía que aquello era ya el final, que ya nada volvería a suceder. Y aquello le ponía un espeso nudo en la garganta.

—Los hexágonos de la sala de mandos son pantallas reflectoras —le dijo Doa—. Por ellas podréis ver el espacio, en el momento de la partida y en el de vuestra llegada a la Tierra. Lo demás, el modo de salir de la nave, el de ajustar las puertas de seguridad, ya lo sabes.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—Debes prometerme una cosa —siguió la muchacha—. Sé que entre vosotros las promesas son sagradas. Antes de llegar a la Tierra, debes hacer algo.

—¿Qué? —inquirió Roni.

—Destruir la nave. Destruirla completamente, para que tus compañeros no puedan examinarla, intentando hallar su secreto. Sería para ellos una gran catástrofe que llegaran a descubrirlo.

Roni asintió con la cabeza. Pensó en lo que le había dicho la muchacha referente a los planetas que habían intentado civilizar, y a los resultados de dicha civilización, y comprendió claramente el sentido de aquellas palabras.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué precisamente yo? Indudablemente podéis hacerlo vosotros mismos, disponer algo, algún mecanismo que la destruya cuando haya cumplido su misión.

Ella negó con la cabeza.

—No. Debes hacerlo tú.

—¿Cómo?

—Bastará tan solo con que lo desees intensamente, Lo demás vendrá por sí mismo.

—¿Y si no lo hago?

Ella sonrió.

—Lo harás —dijo—. Estoy segura de que lo harás.

La gran nave era un mundo extraño, enormemente extraño en su grandiosidad. Un mundo opaco, vacío y misterioso, en el cual los doce hombres iban a encontrarse perdidos, extranjeros en un mundo incomprensible. No sabían cuanto duraría el viaje, y Roni no tuvo fuerzas para preguntárselo a Doa. Un día, un mes, un año… El tiempo no importaba ya. Sólo ellos, ellos y la Tierra.

—Iros. No debéis demoraros más.

Roni hubiera querido hablar aún con la muchacha, seguir hablando hasta que ya fuera tarde, hasta que llegara el fin. Hubiera deseado pedirle que se fuera con ellos, con él, en la nave, o que le dejara quedarse con ella allá, en el planeta. Pero sabía que era imposible. Sus destinos eran opuestos, y por más que lo intentara nunca podría alcanzarla a ella.

Contempló una vez más a su alrededor, a todo el planeta. Un

hondo sentimiento de frustración le invadía. La voz se ahogó en su garganta.

—Hasta nunca, Doa —murmuró.

—Hasta siempre —rectificó la muchacha—. Si tú quieres.

La gran compuerta de la nave se cerró como una losa sobre Roni. Como una losa pesada y fría, que le separara para siempre de aquel mundo maravilloso que apenas había empezado a conocer. Todo habla concluido.

Y Roni, en un arrebato furioso, empezó a golpear la maciza compuerta, gritando, gritando, hasta que su voz se enronqueció y se convirtió en un sollozo de impotencia, en un triste sollozo de animal vencido, que tras su derrota se derrumbaba pesadamente, sin fuerzas apenas para seguir viviendo.

EPILOGO

Nadie se apercibió de que la nave despegaba del planeta ni de que se alejaba de él, hasta que las placas hexagonales se encendieron de repente, y mostraron a los ocupantes de la nave la inmensidad del espacio que los rodeaba.

Allí, en un lugar frente a ellos —no sabían si delante, atrás, a la derecha o a la izquierda—, se veía el planeta, empequeñeciéndose rápidamente en la distancia. A un lado, el sol, el doble sol de Proción, brillaba en su doble tonalidad de color, inundando de luz la cabina, como si lo contemplaran a través de un gigantesco mirador, en toda su esplendidez.

Se habían recluido allí, en la cabina de mandos, abandonando el inhóspito y desagradable resto de la nave, centrando su núcleo en aquella amplia estancia, única que tenía algo de similitud con una estancia terrestre. Allí estaban los doce, contemplando absortos el inmenso espectáculo del espacio, y del planeta que poco antes acababan de abandonar, sintiendo en su interior algo así como una desesperada frustración, por algo inconcreto que no habían podido alcanzar.

En aquellos momentos, Usta empezó a dar de nuevo señales de vida. Primero dejó escapar un suave y prolongado quejido, y se removió levemente. Luego, empezó a emitir algunos sonidos inarticulados, e intentó abrir los ojos. Poco a poco fue volviendo a la lucidez, e intentó enderezarse. Se llevó las manos a la cabeza, con un gemido.

Permaneció un tiempo así, casi inmóvil. Luego, lentamente, se fue recuperando. Sus ojos parecieron enfocar su visión, y pudo tener conciencia de lo que tenía a su alrededor. Se puso en pie de un salto.

—¿Qué es esto? —gritó vehementemente. Y casi al mismo instante dejó escapar un gemido y se hundió de nuevo en su sillón, apretándose la cabeza con las manos. Tardó todavía algún tiempo en reaccionar de nuevo.

Poco a poco fue calmándose, y pudo coordinar las impresiones de sus sentidos. Miró a su alrededor, y luego hacia las placas hexagonales, donde se reflejaba el exterior. Dejó escapar una maldición en voz baja.

—Maldita... ¡Entonces, lo hizo! ¿Y los hombres azules?

Por primera vez pareció ver a Roni, muy cerca de él. Haciendo un esfuerzo, repitió su pregunta.

—En su planeta —respondió Roni—. Como debe ser.

Usta fue a decir algo, pero hizo un gesto de dolor y cerró los ojos. Todo en su interior parecía rebelársele a cualquier esfuerzo, y sus ojos veían de cuando en cuando un conjunto de puntos y círculos de colores vivísimos, que le herían las pupilas. No sabía exactamente lo que le había sucedido, pero no le era muy difícil de adivinar. Murmuró:

—¿Quién me golpeó?

—Nadie —dijo Roni—. Mejor dicho, sí, Doa lo hizo.

—¿Me está tomando por idiota? —gimió el comandante—. Cuando me golpearon la muchacha estaba demasiado lejos de mí. No pudo hacerlo.

Por toda respuesta, Roni se encogió de hombros. Y Usta pareció empezar a comprender algo. Miró hacia adelante, hacia las placas reflectoras, como si quisiera taladrarlas con la vista y ver más allá.

—De modo que lo hizo —repitió—. Lo hicieron. Y los hombres azules han quedado allá, en el planeta, condenados a su suerte. Me inutilizaron a mí para que no pudiera oponerme, y aprovechando las circunstancias abandonaron el planeta. Esto es un motín, no sé si lo saben.

—Simplemente, salvamos nuestras vidas —dijo Alna—. No nos importa lo que hagan los hombres azules, si es su gusto, con tal de que podamos regresar a la Tierra.

Usta movió la cabeza negativamente.

—No lo creo yo así. Todos ustedes son reos de motín, y usted el primero, E-E-812. Usted fue quien los instigó a todos, y quien llevó adelante todo el plan. Le prometo que, cuando lleguemos a la Tierra, voy a hacer que le juzguen por ello. Tienen muchos motivos de que acusarle. Y le prometo que haré que le condenen a la máxima pena. Se lo prometo.

Roni se encogió de hombros. Al fin y al cabo, ¿qué le importaba ya lo que pudiera suceder? Ya todo estaba perdido: el planeta, Doa... Todo era un mundo lejano en el tiempo. Ya no importaba nada.

Usta tenía razón. Cuando llegaran a la Tierra, habría muchas cosas que tendría que explicar. Debería exponer lo que sabía respecto a los hombres azules, toda la verdad. Aunque, ¿serviría para algo?

Sonrió amargamente. No, no serviría para nada. Podría explicarlo al Consejo de Mundos Exteriores, al Consejo del Imperio Solar. Pero todos ellos eran como Usta; hombres prácticos, que no sabían ver nada más que la realidad. No lo comprenderían.

Miró a su alrededor. Allí estaban ellos, encerrados en aquel mundo extraño que era la nave, viajando hacia la Tierra, aunque en realidad

sin saber adónde iban, inactivos, sin nada más que hacer salvo esperar, eternamente esperar. Al igual que los hombres azules, al igual que todo en el universo. Esperar, sólo esperar.

Recordó las últimas palabras de Doa. ¿Qué le había dicho? ¡Ah, sí!, algo que debía hacer. Cuando llegaran a la Tierra, destruir la nave. Aunque, ¿para qué? Para que no pudieran examinarla y desentrañar su secreto, sí. Aunque, ¿qué importaba todo aquello ya? ¿Qué importaba todo en el mundo? ¿Qué importaban Usta, los demás, él mismo? Sólo eran juguetes, meros juguetes.

—Acaba de violar uno de los más sagrados artículos del Código de Mundos Exteriores —seguía diciendo Usta—; ha permitido que los hombres azules mueran por sí mismos, y por su culpa. Unicamente por su culpa Deberá explicar muchas cosas a Mundos Exteriores, E-E-812. Y no creo que pueda librarse tan fácilmente de lo que le espera.

Le entraron unas ganas violentas de reír, de reír a carcajadas. Y de repente se detuvo. Porque una frase acababa de sonar, como en un eco, en su cerebro. Una frase del comandante.

«Deberá explicar muchas cosas a Mundos Exteriores, E-E-812. Deberá explicar muchas cosas. Deberá explicar...».

Y de repente, como en un ramalazo, su mente se abrió a la verdad. Los últimos rincones de su cerebro se iluminaron, y finalmente, comprendió. Lo comprendió todo. Y supo, al fin el porqué.

Fue como un rayo de luz en medio de la oscuridad, en medio de su desesperación final, De repente, supo que todo no había terminado todavía. Y que lo que él había creído el final no era más que el principio, el verdadero principio.

Porque su misión no había acabado al abandonar Carao, sino que recién empezaba ahora. Precisamente ahora.

Recordó todo lo vivido en los últimos días, en las últimas horas. La muchacha le había contado su historia, la historia de los hombres azules. Al hacerlo, sabía que luego él debería repetirla ante el Consejo del Imperio Solar, que no tendría más remedio que hacerlo así.

Y allí se encontraba la clave de todo.

Allí, en aquella misma historia, en la propia historia de los hombres azules. Porque los hombres azules habían llegado al borde de su destrucción, pero un grupo de hombres, un reducido grupo, había encontrado antes la verdad. Y se habían salvado.

Aquello era. El Imperio Solar también seguía el mismo camino. Y sin embargo, tenía la solución al alcance de su mano. Sólo bastaba que...

¡Dios mío, Dios mío, aquello era! El Imperio Solar estaba

constituido por millones de personas, cientos de millones, miles de millones. Todas ellas podían conocer su historia.

Y quizás entre ellas existieran algunas...

Un pequeño núcleo, sólo un pequeño núcleo. Con ello sería bastante.

Sonrió ligeramente. Sí, ahora comprendía. Como en un ramalazo, ahora lo veía todo. Por ello Doa le había pedido que destruyera él mismo la nave. «Bastará tan solo con que lo desees plenamente. Lo demás ocurrirá por sí mismo». Ella había tenido confianza en él.

Y se lo había dejado ver claramente.

De repente, todo desapareció a su alrededor. Su frustración, su cansancio, su pesimismo. Ahora comprendía claramente. Y veía que tenía una misión concreta en la vida. Ahora ya tenía un fin, una meta. Como los hombres azules, había encontrado la verdad. El camino se había abierto ante él. Sólo faltaba seguirlo.

Usta le observaba fijamente, sorprendido por su repentina transformación. Todos los demás le contemplaban también, no menos asombrados. Pero no importaba. No importaba nada, nada salvo aquello.

La nave seguía su camino inexorable hacia la Tierra. No importaba cuánto tiempo tardaran, no importaba que fueran días, meses, años incluso. Lo único que importaba era el fin en sí. Y éste va habia sido hallado.

—Gracias, Doa —murmuró, en voz muy baja—. Donde quiera que te halles, donde quiera que te encuentres, donde estés y como estés, muchas gracias.

Carno, allá delante, perdido en el fondo estrellado del universo, era sólo un punto de luz entre miles de puntos de luz en el firmamento.

FIN